

PUNTO DE VISTA

AÑO XIV
NUMERO 40
JULIO-SETIEMBRE 1991
A 50.000

REVISTA DE CULTURA

Saer: El concepto de ficción

García Canclini: Los estudios culturales

Richard: Trampas postmodernas

Giordano: Borges ensayista

La Guerra del Golfo:

Bourdieu ● Touraine ● Said

Walzer ● Sarlo



El concepto de ficción



Juan José Saer

Nunca sabremos cómo fue James Joyce. De Gorman a Ellmann, sus biógrafos oficiales, el progreso principal es únicamente estilístico: lo que el primero nos trasmite con vehemencia, el segundo lo hace asumiendo un tono objetivo y circunspecto, lo que confiere a su relato una ilusión más grande de verdad. Pero tanto las fuentes del primero como las del segundo —entrevistas y cartas— son por lo menos inseguras, y recuerdan el testimonio del “hombre que vio al hombre que vio al oso”, con el agravante de que para la más fantásica de las dos biografías, la de Gorman, el informante principal fue el oso en persona. Aparte de las de este último, es obvio que ni la escrupulosidad ni la honestidad de los informantes puede ser puesta en duda, y que nuestro interés debe orientarse hacia cuestiones teóricas y metodológicas.

En este orden de cosas, la objetividad ellmaniana, tan celebrada, va cediendo paso, a medida que avanzamos en la lectura, a la impresión un poco desagradable de que el biógrafo, sin habérselo propuesto, va entrando en el aura del biografiado, asumiendo sus puntos de vista y confundiendo paulatinamente con su subjetividad. La impresión desagradable se transforma en un verdadero malestar en la sección 1932-1935, que, en gran parte, se ocupa del episodio más doloroso de la vida de Joyce, la enfermedad mental de Lucía. Echando por la borda su objetividad, Ellmann, con argumentos enfáticos y confusos, que mezclan de manera imprudente los aspectos psi-

quiátricos y literarios del problema, parece aceptar la pretensión demencial de Joyce de que únicamente él es capaz de curar a su hija. Cuando se trata de meros acontecimientos exteriores y anecdóticos, no pocas veces secundarios, la biografía puede mantener su objetividad, pero apenas pasa al campo interpretativo el rigor vacila, y lo problemático del objeto contamina la metodología. La primera exigencia de la biografía, la veracidad, atributo pretendidamente científico, no es otra cosa que el supuesto retórico de un género literario, no menos convencional que las tres unidades de la tragedia clásica, o del desenmascaramiento del asesino en las últimas páginas de la novela policial.

El rechazo escrupuloso de todo elemento ficticio no es un criterio de verdad. Puesto que el concepto mismo de verdad es incierto y su definición integra elementos dispares y aun contradictorios, es la verdad como objetivo unívoco del texto y no solamente la presencia de elementos ficticios lo que merece, cuando se trata del género biográfico o autobiográfico, una discusión minuciosa. Lo mismo podemos decir del género, tan de moda en la actualidad, llamado, con certidumbre excesiva, *non-fiction*: su especificidad se basa en la exclusión de todo rastro ficticio, pero esa exclusión no es de por sí garantía de veracidad. Aun cuando la intención de veracidad sea sincera y los hechos narrados rigurosamente exactos —lo que no siempre es así— sigue existiendo el obstáculo de la autenticidad de

las fuentes, de los criterios interpretativos y de las turbulencias de sentido propias a toda construcción verbal. Estas dificultades, familiares en lógica y ampliamente debatidas en el campo de las ciencias humanas, no parecen preocupar a los practicantes felices de la *non-fiction*. Las ventajas innegables de una vida mundana como la de Truman Capote no deben hacernos olvidar que una proposición, por no ser ficticia, no es automáticamente verdadera.

Podemos por lo tanto afirmar que la verdad no es necesariamente lo contrario de la ficción, y que cuando optamos por la práctica de la ficción no lo hacemos con el propósito turbio de tergiversar la verdad. En cuanto a la dependencia jerárquica entre verdad y ficción, según la cual la primera poseería una positividad mayor que la segunda, es desde luego, en el plano que nos interesa, una mera fantasía moral. Aun con la mejor buena voluntad, aceptando esa jerarquía y atribuyendo a la verdad el campo de la realidad objetiva y a la ficción la dudosa expresión de lo subjetivo, persistirá siempre el problema principal, es decir la indeterminación de que sufren no la ficción subjetiva, relegada al terreno de lo inútil y caprichoso, sino la supuesta verdad objetiva y los géneros que pretenden representarla. Puesto que autobiografía, biografía, y todo lo que puede entrar en la categoría de *non-fiction*, la multitud de géneros que vuelven la espalda a la ficción, han decidido representar la supuesta verdad objetiva, son ellos quienes deben suministrar las pruebas de su eficacia. Esta obligación no es fácil de cumplir: todo lo que es verificable en este tipo de relatos es en general anecdótico y secundario, pero la credibilidad del relato y su razón de ser peligran si el autor abandona el plano de lo verificable.

La ficción, desde sus orígenes, ha sabido emanciparse de esas cadenas. Pero que nadie se confunda: no se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exige el tratamiento de la "verdad", sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. Al dar un salto hacia lo inverificable, la ficción multiplica al infinito las posibilidades de tratamiento. No vuelve la espalda a una supuesta realidad objetiva: muy por el contrario, se sumerge en su turbulencia, desafiando la actitud ingenua que consiste en pretender saber de antemano cómo esa realidad está hecha. No es una claudicación ante tal o cual ética de la verdad, sino la búsqueda de una un poco menos rudimentaria.

La ficción no es, por lo tanto, una reivindicación de lo falso. Aun aquellas ficciones que incorporan lo falso de un modo deliberado —fuentes falsas, atribuciones falsas, confusión de datos históricos con datos imaginarios, etc.—, lo hacen no para confundir al lector, sino para señalar el carácter doble de la ficción, que mezcla, de un modo inevitable, lo empírico y lo imaginario. Esa mezcla, ostentada sólo en cierto tipo de ficciones hasta convertirse en un aspecto determinante de su organización, como podría ser el caso de algunos cuentos de Borges o de algunas novelas de Thomas Bernhard, está sin embargo presente en mayor o menor medida en toda ficción, de Homero a Beckett. La paradoja propia de la ficción reside en que, si recurre a lo falso, lo hace para aumentar su credibilidad. La masa fangosa de lo empírico y de lo imaginario, que otros

tiene la ilusión de fraccionar a *piacere* en rebanadas de verdad y falsedad, no le deja, al autor de ficciones, más que una posibilidad: sumergirse en ella. De ahí tal vez la frase de Wolfgang Kayser: "No basta con sentirse atraído por ese acto; también hay que tener el coraje de llevarlo a cabo".

Pero la ficción no solicita ser creída en tanto que verdad, sino en tanto que ficción. Ese deseo no es un capricho de artista, sino la condición primera de su existencia, porque sólo siendo aceptada en tanto que tal, se comprenderá que la ficción no es la exposición novelada de tal o cual ideología, sino un tratamiento específico del mundo, inseparable de lo que trata. Este es el punto esencial de todo el problema, y hay que tenerlo siempre presente, si se quiere evitar la confusión de géneros. La ficción se mantiene a distancia tanto de los profetas de lo verdadero como de los eufóricos de lo falso. Su identidad total con lo que trata podría tal vez resumirse en la frase de Goethe que aparece en el artículo ya citado de Kayser ("¿Quién cuenta una novela?"): "La Novela es una epopeya subjetiva en la que el autor pide permiso para tratar el universo a su manera; el único problema consiste en saber si tiene o no una manera; el resto viene por añadidura". Esta descripción, que no proviene de la pluma de un formalista militante ni de un vanguardista anacrónico, equidista con idéntica independencia de lo verdadero y de lo falso.

Para aclarar estas cuestiones, podríamos tomar como ejemplo algunos escritores contemporáneos. No seamos modestos: pongamos a Solienitsin como paradigma de lo verdadero. La Verdad-*Por-Fin-Proferida* que trasuntan sus relatos, si no cabe duda que requería ser dicha, ¿qué necesidad tiene de valerse de la ficción? ¿Para qué novelar algo de lo que ya se sabe todo antes de tomar la pluma? Nada obliga, si se conoce ya la verdad, y si se ha tomado su partido, a pasar por la ficción. Empleadas de esa manera, verdad y ficción se relativizan mutuamente: la ficción se vuelve un esqueleto reseco, mil veces pelado y vuelto a recubrir con la carnadura relativa de las diferentes verdades que van sustituyéndose unas a otras. Los mismos principios son el fundamento de otra estética, el realismo socialista, que la concepción narrativa de Solienitsin contribuye a perpetuar. Solienitsin difiere con la literatura oficial del estalinismo en su concepción de la verdad, pero coincide con ella en la de la ficción como sirvienta de la ideología. Para su tarea, sin duda necesaria, informes y documentos hubiesen bastado. Lo que debemos exigir de empresas como la suya, es un afincamiento decidido y vigilante en el campo de lo verificable. Sus incursiones estéticas y su gusto por la profecía se revelan a simple vista de lo más superfluos. Y por otro lado, no basta con dejarse la barba para lograr una restauración *dostoyevskiana*.

Con Umberto Eco, las amas de casa del mundo entero han comprendido que no corren ningún peligro: el hombre es medievalista, semiólogo, profesor, versado en lógica, en informática, en filología. Este armamento pesado, al servicio de "lo verdadero", las hubiese espantado, cosa que Eco, como un mercenario valeroso que cambia de campo en medio de la batalla, ha sabido evitar gracias a su instinto de conservación, poniéndolo al servicio de "lo falso". Puesto que lo dice este profesor eminente, piensan los ejecutivos que leen sus novelas entre dos aeropuertos, no es necesario creer en ellas ya que

pertenecen, por su naturaleza misma, al campo de lo falso: su lectura es un pasatiempo fugitivo que no dejará ninguna huella, un cosquilleo superficial en el que el saber del autor se ha puesto al servicio de un objeto fútil, construido con ingeniosidad gracias a un *ars combinatoria*. En este sentido, y sólo en este, Eco es el opuesto simétrico de Solienitsin: a la gran revelación que propone Solienitsin, Eco responde que no hay nada nuevo bajo el sol. Lo antiguo y lo moderno se confunden, la novela policial se traslada a la edad media, que a su vez es metáfora del presente, y la historia cobra sentido gracias a un complot organizado. (Ante Eco, me viene espontáneamente al espíritu una frase de Barrés: "*Rien ne déforme plus l'histoire que d'y chercher un plan concerté*"). Su interpretación de la historia está puesta de manera ostentosa para no ser creída. El artificio, que suplanta al arte, es exhibido continuamente de modo tal que no subsista ninguna ambigüedad.

La falsedad esencial del género novelesco autoriza a Eco no solamente la apología de lo falso a lo cual, puesto que vivimos en un sistema democrático, tiene todo el derecho, sino también a la falsificación. Por ejemplo, poner a Borges como bibliotecario en *El nombre de la rosa* (título por otra parte marcadamente borgiano), es no solamente un homenaje o un recurso intertextual, sino también una tentativa de filiación. Pero Borges —numerosos textos suyos lo prueban—, a diferencia de Eco y de Solienitsin, no reivindica ni lo falso ni lo verdadero como opuestos que se excluyen, sino como conceptos problemáticos que encarnan la principal razón de ser de la ficción. Si llama *Ficciones* a uno de sus libros fundamentales, no lo hace con el fin de exaltar lo falso a expensas de lo verdadero, sino con el de sugerir que la ficción es el medio más apropiado para tratar sus relaciones complejas.

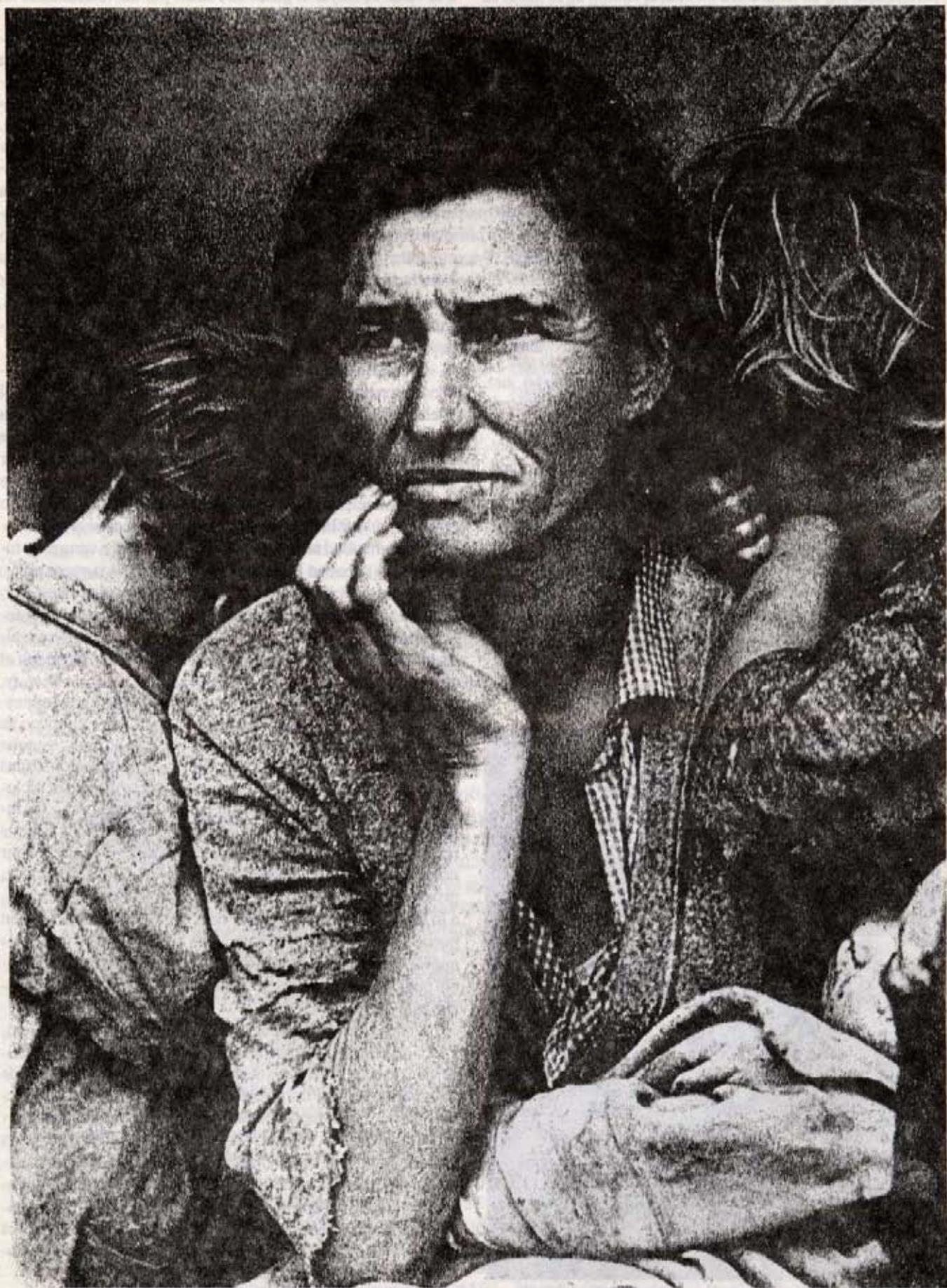
Otra falsificación notoria de Eco es atribuir a Proust un interés desmedido por los folletines. En esto hay algo que salta

a la vista: subrayar el gusto de Proust por los folletines es un recurso teatral de Eco para justificar sus propias novelas, como esos candidatos dudosos que, para ganar una elección local, simulan tener el apoyo del presidente de la república. Es una observación sin ningún valor teórico o literario, tan intrascendente desde ese punto de vista como el hecho, universalmente conocido, de que a Proust le gustaban las *madeleines*. Es significativo en cambio que Eco no haya escrito que a Agatha Christie o a Somerset Maugham le gustaban los folletines, y con razón, porque si pone de testigo a Proust para exaltar los folletines es justamente porque escribió *A la recherche du temps perdu*. Es detrás de la *Recherche* que Eco pretende ampararse, no del supuesto gusto de Proust por los folletines. Basta con leer una novela de Eco o de Somerset Maugham para saber que a sus autores les gustan los folletines. Y para convencerse de que a Proust no le gustaban tanto, la lectura de la *Recherche* es más que suficiente.

Mi objetivo no es juzgar moralmente y mucho menos condenar, pero aun en la más salvaje economía de mercado, el cliente tiene derecho a saber lo que compra. Incluso la ley, tan distraída en otras ocasiones, es intratable en lo que se refiere a la composición del producto. Por eso, no podemos ignorar que en las grandes ficciones de nuestro tiempo, y quizás de todos los tiempos, está presente ese entrecruzamiento crítico entre verdad y falsedad, esa tensión íntima y decisiva, no exenta ni de comicidad ni de gravedad, como el orden central de todas ellas, a veces en tanto que tema explícito y a veces como fundamento implícito de su estructura. El fin de la ficción no es expedirse en ese conflicto sino hacer de él su materia, modelándola "a su manera". La afirmación y la negación le son igualmente extrañas, y su especie tiene más afinidades con el objeto que con el discurso. Ni el *Quijote*, ni *Tristram Shandy*, ni *Madame Bovary* ni *El Castillo* pontifican sobre una supuesta realidad anterior a su concreción textual, pero tampoco se resignan a la función de entretenimiento o de artificio: aunque se afirmen como ficciones, quieren sin embargo ser tomadas al pie de la letra. La pretensión puede parecer ilegítima, incluso escandalosa, tanto a los profetas de la verdad como a los nihilistas de lo falso, identificados, dicho sea de paso, y aunque resulte paradójico, por el mismo pragmatismo, ya que es por no poseer el convencimiento de los primeros que los segundos, privados de toda verdad afirmativa, se abandonan, eufóricos, a lo falso. Desde ese punto de vista la exigencia de la ficción puede ser juzgada exorbitante, y sin embargo todos sabemos que es justamente por haberse puesto al margen de lo verificable que Cervantes, Sterne, Flaubert o Kafka nos parecen enteramente dignos de crédito.

A causa de este aspecto principalísimo del relato ficticio, y a causa también de sus intenciones, de su resolución práctica, de la posición singular de su autor entre los imperativos de un saber objetivo y las turbulencias de la subjetividad, podemos definir de un modo global la ficción como una *antropología especulativa*. Quizás —no me atrevo a afirmarlo— esta manera de concebirla podría neutralizar tantos reduccionismos que, a partir del siglo pasado, se obstinan en asediarla. Entendida así, la ficción sería capaz no de ignorarlos, sino de asimilarlos, incorporándolos a su propia esencia y despojándolos de sus pretensiones de absoluto. Pero el tema es arduo, y conviene dejarlo para otra vez.





Periferias culturales y descentramientos postmodernos

(marginalidad latinoamericana
y recompaginación de los márgenes)



Nelly Richard

La sintaxis fracturada de la postmodernidad llevó al Centro a ser el primero en meditar sobre su crisis de centralidad y en reivindicar la proliferación transversal de los márgenes. La Periferia —uno de estos márgenes ahora reintegrados al complejo retórico de lo desintegrado— se ve hoy forzada a rediagramar sus ejes de confrontación polémica debido a esta flexión perversa del Centro que juega a arrebatarse su protagonismo de lo alterno, de lo contra-hegémico.

Parte del desafío gira en torno a la reconversión del tema postmoderno en clave latinoamericana y contiene la pregunta por el valor —insurgente o rendido— de los nuevos cruces entre: marginalidad latinoamericana y defensa postmoderna de los márgenes, crisis de autoridad y metarrelato de la crisis, teoría del descentramiento y función-centro de esta teoría acreditada por los símbolos del prestigio cultural, retórica de la diferencia y política de la diferencia.

Pretendo aquí rondar en torno a esta pregunta —intersticial— sobre jerarquías de autoridad y poder cultural, desde algunas de las relaciones de términos (Modelo/Copia u Original/Traducción) que estructuraron el comportamiento de la periferia latinoamericana frente al paradigma universalizante del Centro: dependencia e imitación como reflejos colonizadores, pero también parodia y reciclaje como estrategias descolonizadoras. La pregunta es si los desarreglos introducidos por

el registro postmoderno en las cadenas de sentido que rodean la idea de Centro, alteran —o no— las reparticiones de poder cultural que separan decididores y ejecutantes, sujetos “fuertes” y sujetos “débiles” en el escenario de los discursos, prácticas e instituciones.

Modelo y copia: la ceremonia primermundista

Ser extensión periférica de los modelos centralmente promovidos por las redes metropolitanas, significa pertenecer a una cultura discriminada como *secundaria* respecto de la anterioridad y superioridad del Modelo: cultura de la “reproducción” en la que cada imagen es imagen de una imagen copiada hasta que la idea misma de origen se pierda en lejanías. Iniciarse a las imágenes mediante réplicas deformadas por sustitutos bastardos obligó —en prescindencia de los originales— a sacar partido (latinoamericano) del déficit de originalidad exagerando la copia como vocación autoparódica: retocando la falta de identidad-propiedad con la sobremarca cosmética del disfraz en la brillosidad de lo prestado o robado, en la ornamentalidad de lo postizo.

La exacerbación retórica de esta fascinación por la copia como rito plagario y comedia ilusionista de una latinoamericanidad que le debe más a la ficción derivativa de las apropiaciones

ciones que a la verdad originaria de lo propio, parecería estar destinando el imaginario colonial a protagonizar el reparto de figuraciones paródicas hoy celebrado como postmodernista. Esta retrolectura neobarroca de la copia como ejercicio signífico de travestismo cultural (proeza cosmética, alegoría del doblaje, mímica transfigurativa) se ha visto estimulada por el artificio postmoderno. La declinación postmodernista del postmodernismo permite —gracias a la revalorización de la copia— la siguiente inversión de escena: de dependiente por imitativa y siempre atrasada respecto de la consigna internacional de lo Nuevo, Latinoamérica pasaría a ser ahora precursora de novedades por cómo anticipó el simulacro postmodernista desde las simulaciones y disimulos ya contenidos en la firma colonial que fingía obediencia al código europeo desviando el ícono hacia mensajes alternativos. Esta inversión de papeles (de retrasada a adelantada, de secundaria a principal, de figurante a protagonista) revertiría la sanción colonialista que castigaba la repetición con el desprestigio del “*dèja vu*”, ya que el “*dèja vu*” de la copia es ahora el supuesto adulterado que teatraliza la periferia para burlarse de la creencia europea-dominante en la integridad del modelo. Al estilo postmoderno, pero usando el pastiche cultural como sátira que revierte la jerarquía primermundista del modelo a imitar, aunque el modelo sea —en esta fase postaurática— la desacralización del modelo. Al *sobreactuar* la copia como herencia colonial, la periferia desordena el protocolo fundacional de los antes y los después, reinagurándose a sí misma —pero caricaturísticamente— como *pre del post*.

Asistimos entonces a uno de los trucajes de sentido elaborados desde la periferia latinoamericana: ella usa —abusa— del modelo postmodernista en competencia internacional (la cita paródica) para autoconsagrarse postmodernistamente como simuladora e impostora de roles en la ceremonia de las precedencias y de las sucesiones del Primer Mundo: para autoconsagrarse como usurpadora del rol de maestra de ceremonias.

Pero ¿hasta dónde esta estrategia de revertimiento logra efectivamente desadaptar el mecanismo de autoridad fijado entre *original* (el texto postmoderno del centro) y *traducción* (la lectura postmodernista de la periferia)?

Descentramientos y re-centramientos: el subterfugio retórico de la “diferencia”

Original y traducción son los términos marcados por una jerarquía (el sentido primero, la referencia canónica) que valida la superioridad del Centro —prescripción y control— en relación a la Periferia —seguimiento y obediencia. La mutación postmoderna trastorna varios de los predomios que sustentaban esa jerarquía: por una parte, la multiplicidad contaminante y diseminante del sentido afectó el supuesto de univocidad según el cual los originales eran depositarios de una verdad fundante; por otra parte, las funciones-centro han experimentado varios procesos desintegrativos que llevaron al estallido sus imágenes de totalidad como ficción homogénea. Urge averiguar si estos trastornos valóricos de la función-centro lograron también desestabilizar la red de sujeciones al poder cultural simbolizado por el tramado institucional que resguarda el privilegio de una cierta “posición de sujeto” en

complicidad de ventajas —tanto epistemológicas como operacionales— respecto de ubicaciones subalternas.

El discurso postmoderno de lo “otro” se distingue por su rescate de lo divergente y de lo alternativo, de lo minoritario. Esta nueva disposición heterológica parecería estar beneficiando el re-surgimiento de todas aquellas periferias culturales hasta ahora censuradas por la dominancia europeo-occidental y su fundamento universalista de una representación auto-centrada. Una de las hipótesis postmodernistas lanzadas para decretar el fin del eurocentrismo es que su crítica a la modernidad vulneró la superioridad del modelo europeo al debilitar sus fantasías de dominio por relativización de los absolutos, por deslegitimación de los universales. Esta caída del modelo occidental-dominante invitaría las subculturas del margen o de la periferia a ser partes destacadas de la nueva modulación anti-autoritaria de una postmodernidad finalmente respetuosa de la multiversidad.

Pero siguiendo la lección de la misma postmodernidad que erigió la sospecha en método desencubridor, nos hace falta también *dudar* de esta nueva “centralidad de los márgenes” que súbitamente recompensa categorías hasta hoy fuera del reparto, como sería lo femenino o lo latinoamericano. Feminismo (clave sexuada de desmontaje crítico del aparato de representación de la masculinidad hegemónica) y latinoamericanidad (práctica disidente del fragmento transcultural) son hoy categorías relegitimadas por el nuevo tránsito hacia los bordes de la cultura centrada. Pero mujer y tercermundo son categorías más bien *habladas por* la postmodernidad sin que la institución cultural afloje el monopolio discursivo de las tomas de la palabra: sin que les ceda mayor derecho a autonomizarse como sujeto de la enunciación: como *posicionalidad* crítica susceptible de *intervenir* (desorganizar) las reglas del discurso que fijan pertenencias y pertinencias.

Celebrar la “diferencia” como festividad exótica (complemento de “otredad” destinado a matizar —más que subvertir— la ley universal) no es lo mismo que otorgarle al sujeto de esa “diferencia” el derecho a autogestionar sus propias condiciones de manejo discursivo: a practicar su “diferencia” en sentido —intervencionista— de rebeldía y disturbio frente a las significaciones prefijadas por el repertorio oficial de la “diferencia”. Si bien lo latinoamericano ya no calza con la búsqueda de “identidad” (nostalgia esencialista de lo propio como origen y ser), tampoco se ciñe tan sumisamente al recorte de la “diferencia”: simple marcación funcional a la retorción postmoderna de la otredad. Lo latinoamericano se potencia más bien como reclamo frente a porqué el conflicto identidad/diferencia sigue arbitrado por la discursividad del Primer Mundo. Incluso cuando la hipótesis vigente es la del descentramiento, quienes la formulan siguen rodeados del crédito —académico o institucional— que les otorga el ubicarse en “el centro” del debate: en su punto de mayor densidad articuladora. Si se trata de heterogeneidad, de fragmentación y pluralidad, habrá que desemblematizar la “diferencia” abriéndola al *múltiple diferencial* de prácticas no comprendidas en el área de prestigio teórico-cultural de las firmas autorizadas. Escapar al control de la firma centrista y descontrolar su poder de autoreferencia son estrategias a concertar mediante el recurso *desviante* de la cita periférica: del fragmento movilizado por una política *situacional* de resignificación crítica de la operatoria misma de la transferencia cultural.

La guerra del Golfo

La guerra del Golfo reveló posiciones que no sólo remiten a la agresión de Saddam o la hegemonía norteamericana del conflicto. En los últimos meses de 1990 se pudo imaginar un nuevo orden internacional, basado sobre el derecho y la organización de las naciones. El 15 de enero de 1991, horas antes de que comenzara la ofensiva dirigida por el comando estadounidense, el mundo vio de qué modo la violencia parecía inevitable. Sin embargo, muchos pensaron que la guerra hubiera podido ser evitada, por la profundización del bloqueo. Lo que se escribió y discutió durante esas semanas formará parte del debate de los próximos años. Como contribución a ese debate, publicamos algunos textos donde intelectuales franceses o americanos apoyaron o se opusieron a la guerra.



Contra la guerra



E. Balibar, T. Ben Jelloun, P. Bourdieu, S. Breton, M. Harbi, A. Laabi, E. Terray, K. Titous

Desde hace un mes, la guerra del Golfo acumula muerte, destrucción y resentimiento. A partir de los ataques iraquíes contra Israel y la respuesta israelí contra los palestinos, la guerra desbordó su encuadramiento original. Uno y otro bando anuncian el inicio de operaciones terrestres extremadamente sangrientas y el empleo de armamentos de destrucción masiva, como los ya utilizados B52.

En esta situación cada vez más trágica para el destino del mundo y particularmente del mundo mediterráneo al que pertenecemos, nos parece indispensable volver a traer la verdad de los hechos ante la opinión pública. No somos pacifistas por principio; creemos que existen guerras inevitables y justificadas. Tal fue el caso cuando los aliados enfrentaron la agresión de la Alemania hitleriana, de la Italia y el Japón fascistas; también cuando pueblos coloniales tomaron las armas para su liberación nacional. No es el caso hoy. Dos imperialismos quieren y quisieron la guerra del Golfo: uno, mundial, el de Estados Unidos, que aspira a controlar las fuentes de energía, a supervisar de manera absoluta toda una región estratégica y a afirmar su capacidad universal de intervención militar, en un período en que su potencia económica declina y la caída soviética pone en cuestión el reparto del mundo en zonas de influencia; el otro imperialismo es local: Irak aspira a hegemonizar Medio Oriente y a unificar por la fuerza a la nación árabe. La agresión del segundo fue impulsada bajo cuerda por el prime-

ro (las indicaciones al respecto jamás fueron desmentidas), o en todo caso, sirvió de pretexto para una operación desproporcionada, inscrita en la lógica de la hegemonía y no en la del respeto al derecho internacional.

La violación del derecho internacional y del derecho de los pueblos por la invasión iraquí—cualquiera sea la opinión que se tenga sobre los orígenes y las funciones del estado kuwaití— es incontestable e inaceptable. Este recurso a la fuerza no fue borrado por ningún hecho nuevo. Debía ser sancionado y combatido mediante una acción concertada en el marco regional y mundial. Esta acción hubiera sido tanto más legítima cuanto que hubiera comportado, simultáneamente y sin excepción, la sanción de todas las violaciones al derecho, incluso las que se perpetúan despreciando las resoluciones de las Naciones Unidas. Hubiera sido tanto más eficaz cuanto que hubiera considerado jurídica, política y moralmente las condiciones que hicieron posible la agresión, respecto de las que la comunidad internacional y, en especial, los países del "Norte" cargan una pesada responsabilidad. Hagamos una enumeración aunque sea sólo parcial: indiferencia frente a la dictadura impuesta por Saddam sobre el pueblo iraquí y frente al empleo de gas contra las poblaciones kurdas; incitación diplomática y militar para la agresión contra Irán, que provocó millones de muertes causadas por armas convencionales y no convencionales de destrucción masiva, entregadas por Occidente, en lo

que Francia tiene una responsabilidad particular; perpetuación, a partir del intervencionismo en Medio Oriente, de un orden social y económico injustificable. No debe olvidarse, además, la complicidad activa o pasiva con la política de Israel tendiente a la anexión del sur del Líbano, de la Cisjordania y de Gaza; el desprecio de los derechos nacionales del pueblo palestino y la indiferencia frente a la represión israelí de la Intifada, datos sin los cuales Saddam Hussein nunca hubiera tenido la posibilidad de presentarse abusivamente como vengador de la causa árabe ni, probablemente, de entrar en guerra.

Si la dictadura iraquí asumió el riesgo de sacrificar a sus ambiciones a su propio pueblo y a pueblos vecinos, Estados Unidos y los gobiernos "aliados" agregaron a esta primera transgresión del derecho una segunda, cuyas consecuencias serán terribles. Estados Unidos aprovechó la ruptura de los equilibrios de poder internacionales para manipular a las Naciones Unidas. Si suscribió la política de embargo y de sanciones diplomáticas, fue para introducir en Medio Oriente una fuerza expedicionaria superior incluso a la que había desplegado en Vietnam. Antes y después de aprobada la resolución 678, hizo fracasar las tentativas para destrabar por medios diplomáticos el conflicto, especialmente aquellas que tomaban en cuenta la situación de conjunto en Medio Oriente; ridiculizó al secretario general de las Naciones Unidas y colocó a los demás países frente a un hecho consumado, antes de guardar en un armario a la organización internacional que ya no servía a sus fines.

Ahora bien, la defensa del derecho internacional no puede ser percibida sino como contradicción en los términos desde el momento en que la dirige un estado que jamás vaciló, incluso en el pasado más inmediato, en transgredirlo cuando sus intereses estaban en juego. Todos lo sabemos: el derecho es indivisible. Y ahora, su pretendida defensa en el Golfo está acompañada de concesiones que la vuelven todavía peor, ya que se hacen a costa de los pueblos palestino, libanés y kurdo. Con el pretexto de derrotar una dictadura, otras dictaduras no menos peligrosas y otros regímenes no menos inhumanos resultan fortalecidos. La guerra que debía sancionar una primera violación al derecho supera día a día los objetivos fijados para tender a la destrucción del estado iraquí y la imposición, por la fuerza exterior, de un nuevo orden regional. Si esto no estaba previsto (aunque, en realidad, fue anunciado desde el comienzo por Bush en nombre de los "intereses vitales" de Estados Unidos y de "la lucha del Bien contra el Mal") era, por lo menos, previsible. Y contradice por completo la Carta de las Naciones Unidas.

Los estados que participan directamente en esta cruzada, o que la financian, tienen una pesada responsabilidad frente a la historia. Por otra parte, no hacen buen negocio: su capacidad de acción independiente en la escena internacional no se verá acrecentada sino, más bien, comprometida. Pese a sus declaraciones de intención, cada día que pasa los acerca más a la "guerra total". La discusión de los "objetivos de la guerra" es irrisoria y siniestra ya que la acompaña el anuncio de que la escalada es inevitable y sólo puede confiarse en que los efectos

incalculables de la guerra sean anulados por un milagro. La verdad es que cada día de esta guerra injusta e ilegítima, de resultados inciertos y destrucciones gigantescas, hace más difícil la solución de los problemas que están en su origen. Retroceden en décadas las luchas por la democracia, los derechos del hombre y la justicia social, la libertad de los pueblos de Medio Oriente y todo el mundo árabe. Se ciernen graves amenazas sobre la paz social y las libertades democráticas en Francia e, incluso, en toda Europa.

En estas circunstancias, sólo la paz es el medio adecuado para lograr un arreglo justo y duradero. Los ciudadanos, los pueblos de los países beligerantes y de todos los otros, en especial, los europeos, los países de Medio Oriente y del Maghreb, deberán jugar todo su peso en el sentido de una solución inmediata y global, que excluya toda pretensión de victoria por parte de uno u otro adversario. Es necesario rechazar la polarización en dos campos hacia la que se pretende impulsarnos y frente a la cual nos resignamos. Es necesario, en medio de esta lucha, puesto que hay lucha, reencontrar las vías de la concertación en vistas a un futuro común.

Es necesario que los intelectuales se comprometan como supieron hacerlos en otros tiempos, para que prevalezca el punto de vista de los pueblos sobre el de los imperialismos y los aparatos estatales, para elevar una resistencia frente a la propaganda y liberar la información.

Es necesario que se constituya un frente de estados no alineados tanto en el Norte como en el Sur, capaces de exigir la reunión de la Asamblea de las Naciones Unidas y sustrarla a las maniobras de una o varias superpotencias, a fin de discutir democráticamente la aplicación de la Carta. Al mismo tiempo, es necesario preparar el salvataje y reforma de las Naciones Unidas que esta guerra puede desprestigiar a los ojos de los pueblos de todo el mundo, justamente cuando una incontestable instancia internacional de negociación y mediación es más urgente.

Es necesario que se proponga y se prepare sin más dilación la o las conferencias en cuyo marco se negocien los diferentes conflictos implicados unos en otros en Medio Oriente, empezando por la que dará por fin una patria al pueblo palestino, teniendo en cuenta cómo se condiciona al estado de Israel. Al mismo tiempo, se comenzará a elaborar una concepción más eficaz y justa del derecho internacional, que incluya el respeto de las fronteras pero también el derecho de los pueblos a la existencia y la seguridad, a la democracia y la justicia social, a la independencia y a disponer libremente de sus recursos. Una concepción del siglo XXI y no de la época del tratado de Versalles o de Yalta.

Resistámonos a la ebriedad belicista: toda demora en el cese del fuego y en la ejecución de estas exigencias promete un mundo de barbarie y de enfrentamientos sin fin. Pero lo peor jamás es seguro si los hombres y las mujeres quieren evitarlo.

[Acompañado de 71 firmas más, este texto fue publicado el 27 de febrero de 1991.]

Una guerra necesaria



A. Finkelkraut, E. de Fontenay, J. F. Lyotard, J. Rogozinski, K. Ryjk, D. Sallenave, P. A. Taguieff, A. Touraine

Siempre habrá algo de indecente en declararse a favor de una guerra que pone miles de vidas en peligro. Porque la guerra es odiosa y lo es más cuando es presentada, como lo hace la propaganda iraquí, como una cruzada de los poderosos contra un país del Tercer Mundo. Debemos, sin embargo, comprometer nuestra responsabilidad. En tanto intelectuales, afirmamos: la guerra de la coalición internacional contra Irak es necesaria, justa y debe ser llevada hasta su término.

Crear que todavía era posible evitar esta guerra o exigir el "retiro inmediato de las tropas francesas" y "la paz ya" implica adormecerse en ilusiones munichistas. Es evidente que Saddam Hussein no es Hitler, ni el desierto de Kuwait, los Sudetes. Cuando evocamos Munich, no afirmamos una identidad esencial sino una analogía. Esta palabra designa una figura histórica, una situación en la que, frente a la agresión de una potencia expansionista, se vuelve necesario detener la expansión y atacar al agresor. De otro modo, el rechazo a combatir equivale a diferir un enfrentamiento inevitable, al que se nos obligará más tarde y en peores condiciones. Este es el espíritu de Munich (donde una moral angélica se enfrenta con el realismo cínico) al que es preciso resistirse.

Es falaz negar a la coalición internacional el derecho de actuar en nombre del Derecho, argumentando que todos, lo mismo que Irak, son culpables de faltar al derecho. Culpable

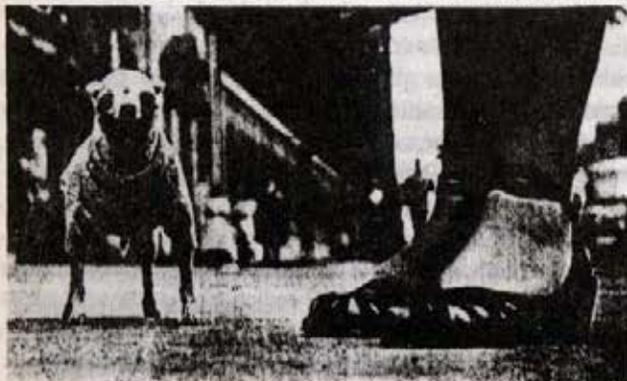
Siria de ocupar el Líbano, Estados Unidos de haber agredido a Panamá y Grenada, Israel de existir. A partir de la exigencia de defender el derecho en todos los lugares y siempre, se pasa a la interdicción de que sea defendido en parte alguna, con el pretexto de que ningún estado es moralmente digno de combatir en nombre del derecho. Hay que recordar, frente al moralismo de las almas bellas, que los derechos del hombre, del ciudadano y de los pueblos son abstracciones impotentes si no se inscriben en el terreno político, en un proyecto y una acción que les den consistencia, los hagan respetar, si es necesario por la fuerza. La justicia debe ser fuerte si deseamos evitar que sólo la fuerza pueda pretender ser justa.

Que la coalición internacional sea dirigida por las grandes potencias occidentales y enfrente a un país del "Tercer Mundo" no cambia nada ni autoriza a que se considere esta intervención militar como una "guerra de los ricos contra los pobres", "del Norte contra el Sur" o de "Occidente contra el Islam", cuando la mayoría de los estados árabes y musulmanes condenan la invasión y la anexión de Kuwait, estado soberano y miembro de la liga árabe, y la mayoría de estos países, son parte de la coalición. ¿Qué esperamos para reconocer que el derecho no se identifica siempre con el "pobre" o el "más débil", y que por haber sido colonia y ser un país empobrecido del "Tercer Mundo" no se adquiere el derecho de agredir a un vecino?

Ciertamente, la justicia no se confunde con la legalidad formal y una causa puede ser conforme a derecho sin ser por ello legítima. Este, precisamente, no es el caso de la intervención contra el Irak de Saddam Hussein, que se revela al mismo tiempo *legal* (autorizada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas), *legítima* (destinada a liberar Kuwait), y finalmente, *necesaria* desde un punto de vista político, estratégico, económico, ya que se trata de oponerse a una ofensiva expansionista que amenaza desestabilizar gravemente una región del mundo. Que la región sea también aquella de donde se extrae el cuarenta por ciento de los recursos mundiales de petróleo no hace sino agravar el caso y volver más necesaria aún la intervención. ¿Cómo negar que sería políticamente irresponsable abandonar los recursos en manos de un déspota que, después de haber atacado Irán, invade Kuwait, y después de haber gaseado poblaciones civiles en el Kurdistan intenta dotarse de armamento nuclear y promete liquidar a Israel?

Si por una vez convergen de hecho las necesidades económicas, estratégicas y las exigencias del derecho y la justicia, es lamentable reducir estas exigencias a una simple justificación ideológica de intereses mercantiles. En 1938-9, las industrias francesas e inglesas de armamentos estaban interesadas en una guerra contra Alemania. ¿Se debía concluir por eso, coincidiendo con los Doriot y los Déat, que hacer la guerra contra Hitler equivalía a morir por los mercaderes de cañones? Declarar hoy que la guerra contra Saddam Hussein está destinada sólo a defender los beneficios de las compañías petroleras, es simplemente admitir que ningún principio jurídico o ético sea irreductible a los intereses materiales y a las relaciones de fuerza. Quienes, con el mismo realismo cínico, todavía esperan "vincular" la retirada iraquí de Kuwait con la convocatoria a una conferencia sobre los problemas regionales, como lo propuso Saddam Hussein, no hacen sino desacreditar la causa legítima del pueblo palestino y del Líbano. Al ceder a la lógica del chantaje y de la intimidación, fortalecen al agresor. Lo que en verdad "vinculan" es el derecho de los pueblos al derecho del más fuerte.

Ciertamente, se puede temer que la intervención contra Irak perturbe el juego de equilibrios regionales y agrave la misma crisis que debe resolver. Como sea, no debe olvidarse que con la invasión a Kuwait, y el rechazo a todo intento de negociación por parte de Saddam Hussein, la comunidad internacional se ha enfrentado a un fenómeno político sin precedentes. En el mundo de la posguerra fría, la anexión pura y simple de un estado por otro inaugura un nuevo tipo de crisis.



Pues esta anexión promete otras y obedece a una lógica de conquista: la avidez de Saddam Hussein amenaza a Arabia Saudita, y podría amenazar a Jordania y, finalmente, a Israel. Este proyecto expansionista puede afectar a cualquier estado, puesto que ya no se funda en los intereses de una u otra superpotencia. Una lógica de conquista no se rompe por la protesta, sea de principio o acompañada por un embargo. La intervención militar internacional es el único modo de detenerla.

Abordemos lo más grave, lo más inquietante: la humillación de las "masas árabes". Es verdad que la derrota de Irak va a reanimar los sentimientos antioccidentales, debilitar a los regímenes árabes moderados, profundizar la fosa entre Norte y Sur. Es comprensible la humillación que, convertida en deseo de revancha, impulsa a cientos de miles de musulmanes. Pero explicar no es justificar. Los alemanes de 1933 también se sentían humillados por el tratado de Versalles y la crisis económica. Por eso, es necesario afirmar que la desesperación de las "masas árabes" no puede excusar estos sueños de pogrom, esta pasión que las conduce a aclamar a un tirano en la medida en que éste les prometa gasear a los judíos. Toca a los pueblos árabes y musulmanes cuestionar a fondo las causas políticas, históricas y culturales de sus derrotas y del bloqueo que se origina en ellas. En lugar de culpar siempre al Otro y buscar en Israel un chivo emisario de sus fracasos.

La responsabilidad de los estados occidentales es inmensa. No sólo apoyaron y armaron a Saddam Hussein haciendo ojos ciegos ante el sometimiento de su pueblo y encubriendo sus exacciones, sino que también prestaron oídos sordos a la miseria del mundo árabe y a sus reivindicaciones. La significación histórica de esta guerra dependerá en gran parte de sus consecuencias. Si los dirigentes occidentales y sus aliados árabes se contentan, después de la derrota de Irak, con la perpetuación del *statu quo*, en detrimento del derecho de los pueblos, la frustración y la cólera de las "masas árabes" crecerán y el antagonismo actual entre Occidente y el mundo árabe se exasperará. Es necesario que, después de la derrota de Saddam Hussein, los dirigentes norteamericanos, europeos e israelíes aprovechen la ocasión para intentar responder, junto con los representantes de los pueblos de Medio Oriente, a sus legítimas reivindicaciones. Con la condición de que se reconozca el derecho de Israel a la existencia dentro de fronteras seguras, el pueblo palestino tiene derecho a un estado independiente, y es tarea de los intelectuales y de los hombres de paz judíos e israelíes el sostenimiento activo, contra todo irredentismo, de esta exigencia de justicia. Del mismo modo, la participación interesada de Siria en la coalición anti-iraquí no debe servir de pretexto para permitir que el dictador Assad siga sometiendo el Líbano y termine de convertirlo en un protectorado sirio. El pueblo libanés tiene derecho a la paz y a la independencia nacional en un estado democrático, libre de milicias y de tropas de ocupación extranjeras.

Contra las tentaciones conjugadas del moralismo angélico y del realismo cínico, la vía difícil de una política moral debe ser preservada. Nuestro deber es trabajar desde ahora para que la victoria contra Irak sirva a la causa de la democracia y de la justicia y refuerce las oportunidades de la paz.

[Aparecido en *Libération*, febrero de 1991.]

Errores y prejuicios



Edward Said

Estados Unidos atraviesa un momento extraordinariamente sangriento en su historia de superpotencia. Quizás porque provengo del mundo árabe, pienso, con creciente ansiedad durante las últimas semanas, que una guerra como ésta en la que estamos comprometidos, con sus objetivos, su retórica, su violencia y destrucción, sólo podía tener lugar contra un país árabe e islámico del Tercer Mundo. Nadie se honra con ella y no producirá ninguno de los grandes resultados que se predicen, pese a la victoria de uno de los contendientes y los resultados que esa victoria imponga al otro. No resolverá los problemas de Medio Oriente, ni los de Estados Unidos que seguirá enfrentado a la recesión, el desempleo, la crisis urbana, educativa y sanitaria.

Una guerra como ésta sólo pudo ocurrir en una zona del planeta caracterizada por enormes desigualdades de riqueza y poder, con una historia de promesas pospuestas y traicionadas por Occidente, que ahora explota en una agonía de odio, anti-americanismo y rebelión casi impredecible. No busco justificativos para la invasión de Irak a Kuwait. La condené desde el principio, como condené los excesos de Saddam Hussein y los de otros gobiernos de la región, fueran árabes o israelíes. En ningún lugar de Medio Oriente hay democracia en un sentido real del término: sólo existen oligarquías o grupos étnicos privilegiados. Las grandes mayorías viven aplastadas por dictaduras o gobiernos antipopulares tenaces e insensibles. Pero

Estados Unidos no es un inocente virtuoso sumergido en este conflicto; disiento con quienes piensan que esta guerra no es entre Bush y Saddam —ciertamente lo es—, y que Estados Unidos actúa única o principalmente en interés de las Naciones Unidas. Ya se han excedido las resoluciones de este organismo y los bombardeos sobre la población de Irak son ciertamente homicidas. En el fondo, esta es una lucha personalizada entre un dictador tercermundista del tipo de los que Estados Unidos ha apoyado y favorecido, y el presidente de un país que ha recogido el manto imperial de Francia e Inglaterra, decidido a permanecer en Medio Oriente por motivos que tienen que ver con el petróleo y con posiciones políticas y geoestratégicas.

Mucho se ha hablado sobre los 'vínculos', palabra que me disgusta y me parece confusa. 'Analogía', 'relación', 'asociación' son términos alternativos que sugieren que Estados Unidos carece de antecedentes de oposición sistemática a agresiones anteriores —allí están los ejemplos de Namibia, Sudáfrica, Chipre, Panamá, Nicaragua y los territorios ocupados por Israel—, y que Irak y Kuwait no existen en una región ahistórica o sólo en el mapa que decora las oficinas del Departamento de Estado. Durante dos generaciones, Estados Unidos casi siempre se ha alineado, en Medio Oriente, con regímenes tiránicos e injustos. Desafío a que se mencione una sola lucha por la democracia, por los derechos de las mujeres, por la se-

cularización, o las minorías que fuera apoyada por Estados Unidos. En cambio, hemos sostenido clientes indescabables y antipopulares, abandonando a los pueblos que se esforzaban por liberarse de ocupaciones militares, mientras subsidiábamos a sus enemigos. Desplegamos un militarismo sin límites y realizamos grandiosas ventas de armas a cualquiera en la región, pero fundamentalmente a gobiernos que hoy cometen acciones desesperadas como resultado de la obsesión norteamericana por el poder de Saddam, sin duda muy exagerado. No es creíble, ni desde un punto de vista intelectual ni desde una perspectiva moral, que el mundo árabe de la posguerra sea dominado por los dirigentes egipcios, sauditas y sirios unidos en una nueva paz americana.

Dos hechos ocurrieron veloz y completamente durante los últimos meses. En el *blitz* informativo que se desarrolla desde agosto, los medios, con pocas excepciones, han internalizado normas que impiden el análisis desapasionado e inducen a la autocensura, al mismo tiempo que incurren en presentaciones superficiales de la noticia. Por otro lado, no hemos desarrollado un discurso que logre algo más que una identificación con el poder, pese a los peligros abiertos por ese poder en un mundo cada vez más pequeño e interconectado. Estados Unidos, con un seis por ciento de la población mundial, no puede declarar beligerantemente su derecho a consumir el treinta por ciento del petróleo; tampoco puede declarar unilateralmente un nuevo orden mundial, sólo porque está en condiciones de ejercer un poder militar que le permitiría destruir algunos pequeños países. No había pruebas de que la expansión iraquí continuaría después de la invasión a Kuwait. Más aún, ya hay pruebas fehacientes de que un arreglo entre Irak, Arabia Saudita, Jordania y Egipto estaba en marcha a principios de agosto, acuerdo que habría incluido el retiro de Irak y un espacio de mediación para su disputa con Kuwait. Como todo compromiso regional, éste también fue rechazado por Estados Unidos. Teníamos, en cambio, pruebas suficientes de que Irak iba a preferir la destrucción universal al retroceso, si Estados Unidos insistía en su amenaza de exterminio. Incluso la oposición a Saddam en el exilio ha cerrado filas contra Estados Unidos.

Muchos árabes creen, como lo creo yo mismo, que la invasión y ocupación iraquí debían revertirse, pero pocos acuerdan con la estrategia del envío inmediato de tropas, porque Bush y Thatcher decidieron que los blancos deben enseñar a comportarse a los árabes: una misma actitud de desprecio hacia el mundo árabe une el envío de una fuerza expedicionaria británica a Egipto en 1882 para terminar con la rebelión orabi y los ataques de 1956 a Egipto encabezados por Anthony Eden en colusión con Francia e Israel (la actitud de Eden, su tozudez vengativa y mezquina, extrañamente prefiguran el odio personalizado de Bush hacia Saddam). Ningún medio periodístico se ha interrogado sobre el derecho de Estados Unidos a enviar una fuerza militar masiva al otro lado del mundo para atacar a Irak, sintiéndose, al mismo tiempo, como un predicador invencible. Lo hecho es muy diferente a oponerse a la agresión, algo que muchos árabes deseaban. Estados Unidos convirtió una cuestión regional en cuestión imperial, sobre todo porque no se había preocupado antes por otras agresiones (las propias, o las de Israel, a quien ha apoyado y ayudado). Bush convirtió a Saddam en una Moby Dick que debe ser castigada y des-

truida —a eso responde el diseño del plan de guerra—, como si el hecho de bombardear e intimidar a los nativos fuera un modo eficiente para torcer su voluntad.

En otros momentos me referí a la terrible situación dentro del mundo árabe: en países que hoy son aliados de Estados Unidos y en los que no lo son, hay infinidad de situaciones alarmantes, no atribuibles al temperamento islámico sino a distorsiones sociales y políticas que podrían remediarse a través de programas reformistas decididos. Lo que me preocupa ahora es Estados Unidos.

Durante décadas América se ha enfrentado culturalmente con el Islam y los árabes: las más terribles caricaturas racistas difundieron la idea de que son todos terroristas o jeques y que la región es una inmensa y árida villa miseria donde sólo se puede lucrar o hacer la guerra. Nunca se aceptó que allí hay una historia, una cultura, una sociedad o, en realidad, muchas sociedades, y que pueden encontrarse interlocutores. Un flujo de libros triviales, escritos por periodistas, invadió el mercado difundiendo un puñado de estereotipos deshumanizantes. Casi todo nuevo film sobre comandos americanos enfrenta a un musculoso Rambo o una Fuerza Delta con desesperados terroristas suicidas árabes o musulmanes. Y ahora nos gobierna un deseo casi metafísico de derrotar a Irak, motivado no por el crimen iraquí sino porque un país no blanco y pequeño ha encolerizado a una super-nación imbuyéndola de un fervor que sólo puede satisfacerse con la liquidación de jeques, dictadores y terroristas. Los únicos árabes aceptables son aquellos como Sadat que casi parecen completamente purificados de su ser nacional: invitados folklóricos de los programas periodísticos.

Los árabes sólo son un ejemplo atenuado de otros que, en el pasado, incurrieron en la ira del severo hombre blanco, esa especie de super yo puritano cuyos vagabundeos por la barbarie conoce pocos límites, y que es capaz de todo para lograr sus fines. Uno de los ingredientes más ostensiblemente ausentes de la actual discusión sobre el Golfo es la palabra 'imperialismo'. Sin embargo es difícil no percibir, en el tono moralizador de la cúpula americana y en sus obedientes ecos periodísticos, repeticiones de la grandiosa autoatribución imperialista (disimulada por la afirmación piadosa de que lo que Saddam le hizo a Kuwait debe resolverse dentro del marco de las Naciones Unidas). Y a medida que la infracción iraquí crece, Saddam se convierte en Hitler, el carnicero de Bagdad, el loco a quien hay que darle una lección.

"Todos los caminos conducen al bazar", "los árabes sólo entienden con el uso de la fuerza", "la brutalidad y la violencia son centrales en la civilización árabe", "el Islam es una religión fanática, medieval, segregacionista y cruel". De ningún otro grupo cultural podría hablarse de este modo; sin embargo, el marco de la discusión actual se ha congelado a partir de tales ideas. Existe una especie de placer en pensar que los árabes, representados por Saddam, van a encontrar finalmente la horma de su zapato. Así se arreglarían cuentas con los palestinos, el nacionalismo árabe, la civilización islámica. Y, además, muchos de estos viejos enemigos de 'Occidente' tienen la ventaja suplementaria de ser antiisraelíes.

Los peores, al respecto, fueron los expertos académicos en el mundo árabe, sujetos con los que se puede contar para un

montaje egregio de falso conocimiento. Su tono general se caracterizó por descontextualizar y aislar a Irak, exagerar fantásicamente sus fuerzas, subsumir a toda su población bajo dos palabras invariablemente mal pronunciadas ("Saddam Hussein"), como si todo lo que 'nosotros' estuviéramos haciendo fuera luchar contra el espectro del mal. Esto nos permite bombardear Irak sin una sombra de remordimiento y hacerlo, por el contrario, con una especie de entusiasmo hipócrita. Los medios fomentaron esta actitud, como si la mejor forma de ver a Irak fuera a través de la mira de un F15 o de un misil inteligente. Además la guerra fue dirigida por un gobierno que carece de profesionales con conocimiento y experiencia en Medio Oriente, sus lenguas y sus pueblos. Los puntos de vista de Irak y las razones de su posición frente a Kuwait —posición que, de algún modo y en algún momento, fue fortalecida por Estados Unidos como lo demuestra el informe de April Glaspie, la embajadora americana que conversó con Saddam una semana antes de la invasión— no fueron jamás tomados en cuenta, convirtiendo a la guerra en única salida. Mi hipótesis es que Irak está siendo sometido a destrucción no porque haya invadido Kuwait, hecho cuya reversión hubiera sido posible pacientemente a través de esfuerzos políticos y económicos regionales, sino porque Estados Unidos desea tener una presencia física en el Golfo; porque quiere tener control directo sobre el petróleo que necesitan Europa y Japón; porque quiere definir la agenda mundial; porque Irak es percibido como una amenaza contra Israel.

Sé que la lealtad y el patriotismo se entrelazan contradictoriamente con todo esto: pero estas virtudes deben fundarse sobre un sentido crítico respecto de los hechos, nuestros intereses en la región y los deberes que los habitantes de este planeta tenemos con nuestros vecinos y el resto de la humanidad. La solidaridad acrítica con la política de un gobierno, especialmente cuando tiene costos tan enormes, es imposible. La supervivencia de Estados Unidos no peligra en el Golfo y nunca ha peligrado allí. ¿Por qué no criticamos afirmaciones como "si no lo paramos ahora, no lo paramos nunca"? ¿Por qué nadie dijo que las resoluciones de las Naciones Unidas fueron presionadas y que nada en ellas indica la destrucción de un país para la liberación de otro o la restauración en el trono de una dinastía que, como todas las monarquías del Golfo, no respeta los derechos humanos ni las necesidades de sus propios pueblos y transfirió miles de millones de dólares fuera del mundo árabe?

En última instancia la guerra es contra el pueblo iraquí: se lo mata o se lo somete como parte del plan para matar o someter a Saddam. Sin embargo, esto no aparece en la televisión norteamericana que muestra la guerra como un indoloro juego de Nintendo (video-game), y a los guerreros americanos como virtuosos y puros. El 27 de enero, el *New York Times* comparaba a Bush con "un severo marqués de Queensberry, atenido a las reglas" como si Estados Unidos no estuviera bombardeando ciudades y aldeas, violando las convenciones de Ginebra y La Haya, destruyendo reservas de agua y de combustible de uso civil y causando un daño difícil de estimar a las fuerzas armadas enemigas. Incluso a los norteamericanos que se interesen poco por la historia puede impresionarles el hecho de que la última vez que Bagdad fue destruida ocurrió en el año

1258, a manos de los mongoles. Ese es el antecedente de lo que estamos haciendo.

Otras imágenes de la guerra son también deliberadamente manipulatorias: los lentos recorridos de las cámaras televisivas en las calles israelíes destruidas por misiles. Es necesario mostrar estas escenas y todos condenamos el uso de Scuds sobre poblaciones civiles. Pero la televisión pone a nuestro alcance sólo el dolor occidental o israelí, como si los árabes no fueran nuestros iguales y sus vidas y dolores no merecieran la misma escucha.

Se ha repetido que Irak empleó gases contra su propio pueblo. En el mejor de los casos, esto no es del todo seguro. Existe por lo menos un informe, de la época en que Irak era aliado de Estados Unidos, que indica que los kurdos fueron gaseados por los iraníes. Nadie en los medios masivos recuerda hoy este informe, aunque fue mencionado por la prensa alternativa. Sin embargo, "gasear a su propio pueblo" ya es un hecho y, en seguida, prueba que Estados Unidos debe destruir a Saddam, como si al hacerlo no estuviera, al mismo tiempo, destruyendo a Irak, matando a miles de personas, sacrificando soldados norteamericanos (en su mayoría pobres o empobrecidos) y dando origen a una multitud de nuevos problemas.

La guerra fue preparada y conducida como guerra colonial, cuyo presupuesto es que un país pequeño del Tercer Mundo no tiene derecho a resistirse a Estados Unidos, nación blanca y superior. Este presupuesto es amoral y anacrónico, hace posible las guerras e impide que la política y la diplomacia jueguen un papel importante. Cuando todo salga a luz, nos enteraremos de lo que hoy ya sabemos en parte: que los Estados Unidos se resistieron a todo intento de mediación, compromiso o arbitraje y quisieron la guerra casi desde el comienzo. Por eso, no había esperanza para la propuesta soviético-iraquí de retirada.

Con esta guerra se demuestra que las naciones inferiores no tienen los mismos privilegios que 'nosotros' gozamos. Si Estados Unidos, desde el comienzo, se hubiera subordinado a las iniciativas árabes y de las Naciones Unidas, expandiendo el imperio de las resoluciones de Naciones Unidas sobre toda la región y no sólo sobre un país demonizado, no hubiera habido guerra y hoy podríamos estar hablando en términos de diálogo y reconciliación. Las palabras de Bush sobre una "recompensa a la agresión" si se resolvía la cuestión palestina, conflicto anterior a la invasión de Kuwait, anterior a Hussein y a Bush, son groceras.

Nada se ha pensado seriamente sobre la posguerra: las terribles pérdidas ecológicas, económicas y humanas; el fortalecimiento de los sentimientos religiosos y la derrota del secularismo; la destrucción de Irak, su desmembramiento posible, el largo y penoso período de depredación que sufrirán sus ciudadanos; el avance del extremismo, los reclamos de venganza y muerte; la inestabilidad de muchos gobiernos, especialmente de los que se aliaron con Estados Unidos como Egipto, Siria y Arabia Saudita; la prolongación indefinida de la presencia americana que deja un legado de muerte, ocupación y colaboracionismo; el crecimiento de la intransigencia israelí que presionará, a través de su lobby norteamericano, para obtener más concesiones. La lista es interminable.

En el último número de 1990 de *Foreign Affairs*, un artículo que lleva como título "El verano del descontento árabe",



contiene el siguiente pasaje: "En cuanto el mundo árabe dijo adiós al odio y la pasión de la cruzada khomeinista, apareció un nuevo líder conflictivo en Bagdad. Este nuevo pretendiente tiene una fibra diferente a la del salvador de Qum: Saddam Hussein no escribió tratados sobre gobierno islámico ni frecuentó eruditos seminarios religiosos. No apeló al corazón ni a la mente de los creyentes. Venía de una tierra dura, un país de frontera entre Persia y Arabia poco relacionado con la cultura, las grandes ideas y los libros. El nuevo pretendiente era un déspota, un guardián turbulento y diestro que conquistó su tierra y la convirtió en una inmensa prisión".

El menos educado de los niños árabes sabe que Bagdad fue sede de la civilización abásida, la más floreciente cultura árabe desde el siglo IX al XII, que produjo una literatura que hasta hoy se lee como son leídos Shakespeare, Dante y Dickens, y construyó una ciudad que es uno de los monumentos del arte islámico. Además, Bagdad, junto al Cairo y Damasco, fue escenario, durante el siglo XIX y XX, de un renacimiento artístico y literario. Bagdad produjo por lo menos cinco de los más grandes poetas árabes de este siglo, y allí nacieron o trabajaron casi todos los grandes pintores y escultores. Afirmar que Irak carece de toda relación con las ideas implica olvidar a Sumeria, Babilonia, Nínive, Hammurabi, Asiria y todos los grandes monumentos de la Mesopotamia. Decir que Irak es una tierra "dura", sugerir la aridez y el vacío, es mostrar una ignorancia suprema sobre las culturas del Tigris y el Eufrates. ¿Por qué se pasó por alto el hecho de que, en todo Medio Oriente, Irak es el país más fértil?

El mismo articulista canta la alabanza de Arabia Saudita, un país verdaderamente duro y poco inclinado a los libros, las ideas y la cultura. Debemos reflexionar lo que significa un artículo de este corte, publicado en la revista norteamericana más influyente en cuestiones de política internacional, precisamente en vísperas de la guerra. Es un síntoma del deseo de agradar al poder, de decirle lo que el poder quiere escuchar, de hacerlo de modo tal que el poder siga adelante con sus planes de ataque y destrucción, ya que lo que va a ser atacado y destruido es en realidad una tierra dura y sin tradiciones culturales. No hay pueblo iraquí; sólo está el dictador, una enfermedad monstruosa que debe ser extirpada.

A partir de informaciones como la citada, no puede esperarse ni espíritu de tolerancia, ni humanidad; todo el país se hunde en una euforia equivocada, los medios producen consentimiento, la gente se vuelve agresiva, las conciencias se enturbian y los espíritus se angustian. Como intelectuales nos debemos a la verdad, como afirmaba Julien Benda, y no a la corriente de las pasiones colectivas que pueden conducir a la muerte de muchos hombres. Cuando filósofos como Michael Walzer o columnistas como Andrew Lewis proclaman que ésta es una guerra justa, caemos en la cuenta de que, una vez más, las palabras son las primeras víctimas de todo conflicto.

[Publicado en *London Review of Books*, 7 de marzo de 1991. Edward Said, crítico de literatura, analista cultural, es autor de *Orientalismo*, *The World, the Text and the Critic*, *Beginnings*; profesor de la Universidad de Columbia, Nueva York, ha representado la perspectiva palestina en varios foros de su país y del extranjero.]

Perplejidad



Michael Walzer

¿ Por qué tanta gente, entre la que me incluyo, se siente perpleja frente al conflicto en el Golfo? La confusión es particularmente visible en lo que podría llamarse la izquierda moderada que no dudó en absoluto durante los años de la guerra de Vietnam. Editoriales del *New York Times* (y, con mayor estridencia de *The Nation*) que plantean la necesidad de evitar la guerra, o de *The New Republic*, que expone la necesidad de hacerla, tienen como objetivo que tomemos una u otra posición. Sin embargo, nos resistimos tozudamente, casi como si creyéramos que, hoy, la respuesta correcta es la incertidumbre. Pero, ¿cómo puede defenderse la incertidumbre cuando se acerca el momento de decisión?

Los norteamericanos experimentan una resistencia considerable, y un poco sorprendente, a entrar en guerra, fundada en la creencia de que ésta será una guerra donde están en juego dinero y petróleo, una guerra sucia que no vale una vida humana o, por lo menos, no vale la vida de un norteamericano. Me parece un error. Las naciones que más necesitan el petróleo del Golfo prefieren un arreglo al combate, confiadas en que el mercado prevalecerá sobre las ambiciones iraquíes y sobre la ideología iraquí (si es que tal cosa existe). En lo que hace a sus intereses económicos, Estados Unidos tiene poco que temer de un arreglo que "recompense" la agresión de Saddam Hussein. A veces me admira el cinismo de los norteamericanos respecto de la política: tiene un conveniente efecto deflacionario so-

bre las muchas variantes del celo hipócrita. Pero no es admirable en la situación actual cuando todo los argumentos "sucios" (es decir, materiales) impulsan al apaciguamiento y no a la guerra.

Lo que confunde a la izquierda es precisamente que esta guerra será limpia y tan indiscutiblemente justa que me inclino a desearla. Al mismo tiempo, las consecuencias del combate son tan inciertas que dudo si debe comenzar. Vietnam fue muy diferente: la guerra estaba territorialmente contenida y era poco probable que desbordara esos límites, excepto como consecuencia de nuestras propias acciones. Pero luchábamos en Vietnam y supuestamente *por* Vietnam, *contra* un número cada vez más grande de vietnamitas. Esa fue una guerra injusta. Aquí, por el contrario, lucharíamos contra el estado iraquí y su jefe para defender la supervivencia de otro país. Desde una perspectiva moral, es difícil imaginar una causa mejor o un enemigo más apropiado. Pero, también por el contrario, no están claros los límites de la guerra. Permítaseme otra comparación: la invasión norteamericana a Panamá fue, en mi opinión, injusta pero no peligrosa (si se exceptúa a los habitantes de unos pocos barrios de la ciudad de Panamá). La guerra con Irak es justa pero peligrosa.

Consideraré, en primer lugar, su justicia y, luego, sus peligros. Resistir una agresión o auxiliar a una víctima de agre-

sión son causas justas de guerra, buenas razones para decidirse a luchar. El agresor, como nos lo enseñó Clausewitz, es un hombre de paz; no desea otra cosa que avanzar sobre un país vecino sin encontrar resistencia. Los que deben defenderse son sus víctimas y los amigos de sus víctimas. La mayoría de nosotros cree que una agresión debe ser resistida y que las víctimas de una agresión deben ser auxiliadas tanto como sea humanamente posible. Hemos aprendido, por supuesto, a manejar un potencial inmenso; no corremos en ayuda de víctimas como los húngaros en 1956 porque combatir en esa circunstancia hubiera implicado conjurar el fantasma de la destrucción global. Pero, en general, resistir es bueno. Este argumento engloba otra consecuencia: es malo hacer un pacto con el agresor a expensas de la víctima, porque nos volvemos cómplices de la agresión y de toda otra agresión futura que nuestra acción aliente, como lo fueron los británicos y los franceses de la conquista de Checoslovaquia después de Munich.

Intencionalmente emplee el más sencillo lenguaje moral ("bueno", "malo") porque estos son juicios relativamente simples. Mucha gente los considera complejos porque, en este caso, la víctima es un estado muy poco atractivo políticamente. Pero la aristocracia feudal kuwaití es irrelevante. Debería ser, sin duda, derrocada, pero derrocada por los kuwaitíes. Y la agresión es siempre un ataque al statu quo. Al resistir no aceptamos el statu quo; sólo pedimos que sea cambiado por otros medios y por otra gente.

Nuestros juicios también se complican por el hecho de que el estado agresor representa una poderosa amenaza militar. ¿La defensa de Kuwait no será un mero pretexto para desarrollar una guerra preventiva contra Irak a causa de su potencial químico, bacteriológico y nuclear? Sin embargo, la dirigencia norteamericana no buscaba pretextos antes de la invasión a Kuwait y ahora parece afirmar que una retirada de Irak es razón suficiente para no atacarlo. Una guerra preventiva no es nunca simple. Un país como Israel, que ha sido abiertamente amenazado con gas y que está formalmente en guerra con Irak, podría tener una opinión diferente. Pero, en el caso de Estados Unidos, la cosa está clara: si luchamos para liberar Kuwait, podríamos destruir el arsenal del agresor. Si no luchamos, deberemos enfrentarlo por otros medios.

¿Por qué no enfrentarlo por otros medios? Un buen número de obispos católicos, que invocan la teoría de la guerra justa, han subrayado que el argumento moral no termina con el hecho de la agresión. Debemos preguntarnos si hay otros medios, aparte de la guerra, para derrotar al agresor y si la derrota puede alcanzarse con costos proporcionales a los valores conculcados. Por desgracia, ni la teoría de la guerra justa ni ninguna otra perspectiva filosófico-moral ayudan a responder esta pregunta. Los juicios políticos o militares son necesarios, y en estos puntos los teólogos o los filósofos carecen de saber especial.

La guerra como "último recurso" es una posibilidad esgrimida fundamentalmente por aquellos que prefirieran no enfrentar una agresión con el uso de la fuerza. Después de todo, siempre se puede hacer algo, enviar una nueva nota diplomática, convocar otra reunión. En este caso, esperar a que el embargo rinda sus frutos es una posibilidad indefinidamente



abierta. ¿Cuándo llega el momento del "último recurso"? De hecho, tanto la política como la guerra disponen del tiempo de un modo que está generalmente interconectado. El embargo a Irak no es un sitio convencional, que puede prolongarse indefinidamente hasta que la muerte por hambre fuerce una rendición. Estamos comprometidos (y así debe ser) a dejar entrar alimentos y medicinas antes de que la gente empiece a morir. El embargo atenta, sobre todo, contra el potencial industrial-militar iraquí. Pero Saddam puede permitir que su capacidad disminuya indefinidamente si está convencido de que no será atacado. Por eso, la efectividad del embargo depende de una amenaza de guerra creíble y, tanto por razones morales como logísticas, esta amenaza sólo puede sostenerse durante un lapso definido. En algún momento Saddam debe rendirse o nosotros debemos combatir. Si él no se rinde y nosotros no combatimos, la victoria será suya porque habrá desaparecido el "último recurso". Podemos posponer ese momento de decisión más allá del 15 de enero, pero ese momento debe tener una fecha. La otra alternativa es pactar ahora, pero la fuerza de la posición contraria a la agresión es tan grande que nadie se anima a decir esto en voz alta.

La proporcionalidad también es un tema que el argumento moral toca sólo de manera muy general. Nadie elegiría una guerra que produjera millones o ni siquiera cientos de miles de muertes o que conllevara la amenaza de destrucción nuclear, sólo en nombre de la independencia de Kuwait. Una guerra poco costosa en vidas humanas sería aceptada por muchos norteamericanos que se oponen a la guerra porque piensan que está próxima. Stanley Hoffman, presentando los mejores argumentos contra la guerra que yo conozca, afirma que "la guerra sería un buen precedente para la seguridad colectiva futura, si lograra ser rápida, fácil y tuviera como fin una paz que debilitara al país agresor sin destruirlo por completo..." (*New York Review of Books*, 17 de enero). La proporcionalidad se inserta entre estas dos posibilidades: enorme destrucción o victoria fácil. Pero una vez insertada allí, ignoro de qué modo puede ser calculada. Supongamos que se les asegurara a los obispos que una estimación sería de las muertes ronda los 20.000 hombres de cada lado. ¿Insistirían afirmando que estas cifras son desproporcionadas respecto de los valores en juego? ¿Si las cifras fueran 5.000 o 10.000, serían más proporcionadas? La proporcionalidad es una relación matemática; en cambio valores como la independencia de un país o el castigo a la agresión no pueden ser expresados matemáticamente. Siempre perderán frente al recuento de los cadáveres, aunque hay momentos en que, si deseamos proteger un sentido de dignidad, debemos prepararnos para contar cuerpos humanos.

Lo expuesto parece una argumentación en favor de la guerra. Sin embargo siento poca confianza frente a la argumentación y me veo poco inclinado a unirme a los que gritan "peleemos". Hay muy buenas razones para temer una pelea. Medio Oriente es una región extremadamente volátil. ¿Quién puede pronosticar hasta dónde se extenderá la violencia? La tecnología militar moderna es enorme e impredecible en sus efectos: ¿cuántos de nuestros blancos serán alcanzados por nuestras armas? ¿cuántos hogares, escuelas, hospitales serán destruidos por ellas? El ejército y la fuerza aérea norteamericana no han

rendido demasiadas pruebas: ¿cuán eficientes serán en el combate? Una guerra rápida y fácil debería ser, sobre todo, aérea, pero ¿es esto posible? Un ataque por tierra que quede atasgado aunque sea sólo por un mes o dos, puede representar una victoria "moral" de Saddam Hussein (quizás mayor que un pacto diplomático), y, entonces, ¿cuáles serán las consecuencias para el mundo árabe? ¿Llevaría Irak la guerra hasta Israel y luego hasta las calles de Ammán y Cairo?

No creo que estas preguntas expresen una preocupación moral. Quizás sólo expresen una ausencia de coraje moral. Todas pueden ser respondidas con grados diferentes de probabilidad. Dado un conjunto determinado de respuestas, yo apoyaría un ataque norteamericano. Como sea, no me siento preparado para unirme al movimiento contra la guerra que repite el modelo de los años de Vietnam y cuyos protagonistas afirman que una guerra contra Irak sería injusta. Puede ser equivocada desde un punto de vista político o militar, pero eso no da pie para organizar una marcha.

Una vez que se han enfrentado y respondido los argumentos de la moral y la prudencia del mejor modo posible, debemos tomar una decisión. Cuando este artículo aparezca, sus lectores ya estarán discutiendo esa decisión en tiempo pasado. No habrá sido tomada democráticamente. Ni el pueblo ni sus representantes han sido sistemáticamente consultados. Pero otro rasgo de la confusión en la izquierda moderada es el hecho de que nos resulta muy difícil imaginar las modalidades de esa consulta.

Supongamos que la única forma de derrotar la agresión sin combatir sea la amenaza de combatir. ¿Puede la democracia hacer y sostener esa amenaza? No se puede jugar al póker por delegación, y mucho menos si las reuniones de los delegados son públicas. Y si el Congreso debe aprobar una guerra después de que la amenaza ha fracasado, ¿cuáles son sus posibilidades de elección? Estamos, me parece, en manos de nuestros dirigentes; nuestra situación no es tan diferente de la del pueblo iraquí, excepto en el hecho de que nuestros dirigentes no lo son a perpetuidad. No serán reelegidos si fracasan en su respuesta a la agresión o si el conflicto militar abre el camino de nuevas catástrofes.

La verdadera prueba de la democracia norteamericana sobrevivirá si Saddam Hussein retrocede. Ello representaría una victoria política y moral considerable pero incompleta. La agresión se revertiría pero el potencial militar del agresor permanecería intacto. En ese caso, deberemos encontrar el modo de forzar una desmovilización iraquí o, por lo menos, de impedir mayores innovaciones tecnológicas en su arsenal. Tal política tendría costos y el Congreso dispondría de tiempo suficiente para discutirlos. Los norteamericanos que se oponen a una guerra caliente en el golfo deben decidir si tienen estómago para soportar una guerra fría. Esa también sería una guerra justa y no entrafaría relaciones tensas con muchos de nuestros aliados. Pase lo que pase después del 15 de enero, los estados democráticos (y no sólo nosotros) todavía estarán enfrentados a la difícil tarea de contener y desarmar potenciales agresores.

[*The New Republic*, 28 de enero de 1991. Michael Walzer es filósofo. Miembro del Consejo Editorial de la revista *Dissent* y del Institute for Advanced Studies de la Universidad de Princeton.]

El precio de la guerra



Stanley Hoffmann

I. Terminada la guerra fría, la sociedad de las naciones se encuentra en una posición prevista, sin saberlo, por los redactores de la Carta de las Naciones Unidas. Desde hace cuarenta y cinco años la parálisis del Consejo de Seguridad impidió la aplicación de las disposiciones de la Carta en problemas de seguridad colectiva. Frente a la crisis del Golfo, provocada por la invasión iraquí a Kuwait, el Consejo de Seguridad se desempeñó por fin según lo que se esperaba de él. Es por eso que el equipo de Bush, en varias oportunidades, presentó esta crisis como prueba cuyo resultado configurará la seguridad colectiva en el futuro y determinará si las Naciones Unidas van a ser capaces de jugar el papel fundamental que Gorbachov, en su discurso frente a la Asamblea General en diciembre de 1988, les propuso. Esto no debe ocultar el hecho de que el futuro no será sencillo, incluso en el caso de que la actual coalición se impusiera a Saddam Hussein, ya que la política norteamericana en la crisis del Golfo podría volver mucho más difícil la tarea de las Naciones Unidas en los próximos años.

En el mundo tal como emerge de la guerra fría, se ha desvanecido la influencia todopoderosa de las grandes potencias sobre sus respectivas clientelas. Pero siguen siendo explosivas las viejas rivalidades entre estados: en Cachemira, en Chipre y, por supuesto, en Medio Oriente. Las dificultades internas, suscitadas por minorías étnicas o religiosas, provocarán inter-

venciones exteriores. La caída de naciones, a causa de turbulencias económicas, hambre, pobreza, tiranía y guerra civil, puede desencadenar migraciones gigantescas de refugiados. Ningún estado, por sí mismo, estará en condiciones de asumir el rol de árbitro mundial. De allí la importancia de las Naciones Unidas.

¿La ONU será capaz de garantizar la paz en el mundo? Dos razones inducen al escepticismo. La primera es que factores que hicieron fracasar la seguridad colectiva en el pasado no desaparecieron junto con la guerra fría. Las Naciones Unidas nunca consiguieron un éxito cuando intentaron intervenir en el marco de guerras civiles. Si el enfrentamiento norteamericano-soviético agravó la crisis del Congo en 1960, de todos modos la complejidad de las luchas facciosas ya había superado a la organización internacional. El artículo VII de la Carta, sobre seguridad colectiva, fue redactado por hombres imbuidos del espíritu de los años treinta. Aspiraban a que el Consejo de Seguridad fuera capaz de enfrentar con rapidez y firmeza las agresiones contra fronteras establecidas y contra la integridad territorial o la independencia política de sus vecinos. Pero esta modalidad de agresión dejó de ser la más corriente en el contexto de la posguerra y, desde este punto de vista, el caso de Irak parece atípico. En efecto, en muchos ejemplos (Cachemira o el conflicto árabe-israelí), la frontera misma es la fuente del conflicto y la sucesión de crisis hace difícil identificar

quién fue el primero en violar la frontera e incluso quién es la víctima y quién el agresor.

En varias oportunidades, el Consejo de Seguridad eligió procedimientos "blandos" para encarar conflictos; los procedimientos de negociación y mediación del artículo VI que tratan a las partes de modo igualitario en vez de considerar a unos culpables y a otros, víctimas. Pero estos procedimientos son inevitablemente lentos y abstractos porque el Consejo de Seguridad, en tales casos, sólo hace recomendaciones no acompañadas por el uso colectivo de la fuerza.

La segunda razón es que, si las grandes potencias deciden que el Consejo de Seguridad juegue un rol más activo en la resolución de los conflictos, en especial si quieren verdaderamente que pueda recurrir a las disposiciones de la Carta que condenan la amenaza y la utilización de la fuerza y organice una acción colectiva contra el agresor, deberán comportarse de modo diferente a como lo hacen hasta ahora. Durante la larga parálisis del Consejo de Seguridad, las potencias toleraron muchas agresiones, no preocupándose por algunas (como la invasión china al Tibet), o denunciándolas sólo formalmente sin tomar medidas colectivas, o contentándose con un llamado al cese del fuego (como en la guerra de Irak contra Irán). Sin duda, muchos de los estados que atacan a sus vecinos tienen reclamos en contra de ellos —incluso Estados Unidos los tuvo cuando intervino en Grenada o Panamá—. Pero también es cierto que los agresores suelen esgrimir reivindicaciones convincentes y la función precisa de la Carta es impedir que se sirvan de ellas como pretexto. Es preciso terminar con el doble estándar de una actitud permisiva frente a la agresión protagonizada por una gran potencia o sus aliados y firme cuando el agresor es un adversario o un paria.

Este doble estándar es odioso desde una perspectiva moral, pero simplificó las tareas de las grandes potencias y les proporcionó una brújula. Pero, si se toma en serio la Carta, cada conflicto y cada agresión requerirán una nueva coalición de fuerzas. Los estados están acostumbrados a cambiar sus campos de alianza y reorganizar los alineamientos a fin de mantener el equilibrio de poderes. Hacerlo para asegurar el orden mundial y el triunfo de los principios sería una revolución diplomática. Como mínimo, requeriría consultas políticas extensas y una actividad coordinada bastante más laboriosa que la que es habitual entre aliados, además de la activación del comité militar del Consejo de Seguridad para planificar colectivamente la resistencia a la agresión; esto último, a su vez, exige la organización de una policía mundial, tal como lo sugieren los soviéticos. Invasiones como las de Tibet por China, Timor por Indonesia, Líbano por Siria e Israel y Chipre por los turcos no podrían ser pasadas por alto como lo fueron. No seguiríamos confiando en el juego de movimientos unilaterales como lo hicimos durante mucho tiempo. Pero ¿están listas las potencias para adoptar este curso? La significativa coalición organizada por Estados Unidos contra un país que recurrió a la fuerza, quizás no se repita en casos más borrosos o en regiones menos ostensiblemente vitales para la seguridad de muchos estados.

II.

Más aún, la crisis del Golfo puede conducir a un desastre para el futuro orden mundial. El gobierno norteamericano su-

brayó, con razón, que apaciguar a Saddam Hussein o resignar la reivindicación de la independencia de Kuwait, sería un desastre de este tipo. Sin embargo, su propia política implica riesgos igualmente serios.

La crisis del Golfo nos obliga a enfrentar el hecho de que la defensa de la seguridad colectiva puede incluir una guerra. El recurso a la fuerza para castigar un delito cambia las bases morales de una guerra, cuando no se lo considera libre elección de un estado soberano. Pero no cambia la naturaleza de la guerra. En el pasado, incluso los intentos más ambiciosos de implantar un régimen de seguridad internacional nunca superaron las sanciones económicas y los embargos de armas. Pero, frente a estados que pueden burlar las sanciones o que no retroceden excepto por la fuerza, podría esgrimirse la amenaza de guerra.

Si la defensa de la seguridad colectiva significa que toda agresión concierne legítimamente a la comunidad internacional, ello no significa que la capitulación sin condiciones es el único modo de terminar con un agresor. Tal actitud sólo reforzaría la decisión de los agresores que, en un primer momento, no retrocedieran frente a la advertencia de una respuesta colectiva. Una política de capitulación sin condiciones conduciría también a ir más allá del mandato de la coalición que se pone al servicio de seguridad colectiva.

Recién en el siglo XX la capitulación sin condiciones se convierte en vía privilegiada para la terminación de conflictos. Antes, muchos conflictos (incluso los que se enfrentaban a los "buenos" con los "malos") podían concluir con negociaciones. Es cierto que no parece fácil encontrar, sin claudicar en los principios de la Carta, un equilibrio entre la decisión de lograr, por la fuerza, el retroceso del agresor y la perspectiva conciliadora que da preferencia a una resolución no violenta del conflicto; así como un equilibrio entre una negociación que recompense al agresor cuando acepte retirarse de un territorio invadido, y otra que permita la restauración de los derechos de la víctima sin humillar al agresor por completo.

El principio de vigilancia internacional no debe conducir automáticamente a guerras sangrientas y destructivas que provocarían catástrofes políticas impredecibles. La diplomacia debe conciliar exigencias contradictorias. Permitir que se consolide el reino de la agresión implica transformar el mundo en una jungla. Al mismo tiempo, también sería peligroso identificar la seguridad colectiva con la guerra total excluyendo todo empeño diplomático. Cuanto más nos preocupemos de la seguridad colectiva tanto más deberemos evitar medios de acción que la contradicen y la vuelven ineficaz al obstaculizar la constitución de coaliciones y debilitar el apoyo de la opinión pública.

Las alternativas diplomáticas posibles varían en cada caso. La crisis de Kuwait tiene lugar en una región extremadamente contenciosa. En ningún otro lugar del mundo existen tantos reclamos interconectados, tantos líderes audaces y duros, tanta competencia por la hegemonía, tantas armas mortíferas, tantos recursos vitales, fronteras tan disputadas, conflictos religiosos e ideológicos tan intensos. Esto debe hacernos pensar que, incluso una victoria completa sobre Saddam Hussein puede desencadenar fuerzas difíciles de controlar, en especial si, desesperado, Saddam intentara dividir la coalición que lo enfrenta, convirtiendo esta guerra en un conflicto que incluya



a Israel y avive la hoguera del antiamericanismo en un subcontinente muy volátil. [...]

Hay otras maneras —control de armamento y una política de contención respecto de Irak— mediante las cuales puede encararse la amenaza de Saddam, evitando los costos de una guerra en vidas norteamericanas como de otras nacionalidades, tanto civiles como militares, costos que podrían no guardar ninguna proporción con lo que se obtenga después de la victoria. La mejor estrategia es seguir presionando militarmente a Saddam Hussein y darle tiempo a las sanciones económicas, sin dejar de exigir su retiro de Kuwait. El gobierno debe dedicarle por lo menos tanta atención a la preparación de un arreglo diplomático como a construir la coalición o planificar la guerra.

III.

El contenido de tal acuerdo ya fue plausiblemente esbozado por George Ball en este mismo medio a comienzos de di-

cembre, y por Zbigniew Brzezinski ante la comisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano. Se basa en el reconocimiento explícito de un vínculo entre todos los problemas de la región [como reclama Irak] y ello no significa recompensar al agresor; por eso debería recurrirse a lo que denominaríamos un vínculo implícito. Así como no recompensamos a los soviéticos, cuando retiraron sus misiles de Cuba, retirando los misiles americanos de Turquía, aunque hicimos eso poco después, podríamos dar a entender a Irak que estamos dispuestos a comprometernos en: (1) una conferencia internacional sobre el conflicto árabe-israelí; (2) otra sobre el control de armamentos que tenga como objetivo terminar con la entrega de cierto tipo de armas a los países de la región, así como controlar las armas nucleares y químicas de todos los estados de Medio Oriente; y (3) un arbitraje entre Irak y Kuwait, efectivo sólo después de la evacuación iraquí. También podría organizarse un sistema de seguridad regional contra toda nueva agresión de los estados más pequeños, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, con la participación de los cascos azules,

y sobre el que Estados Unidos no implante su hegemonía.

No humillar a Saddam Hussein no es la única razón para convocar una conferencia sobre el problema palestino. El contraste entre la reacción de los países occidentales ante la agresión iraquí y su indulgencia frente a la ocupación israelí de nuevos territorios seguirá proporcionando una excusa a los ataques contra los intereses occidentales y será una fuente de dificultades para los gobiernos árabes vinculados con Estados Unidos.

Hay buenas razones para temer que no se adopte este curso de acción. Se ha señalado que la misma magnitud del despliegue norteamericano acelera el tránsito hacia la guerra, ya que las negociaciones que podrían conducir a un acuerdo (que no implique ni el apaciguamiento ni la humillación de Saddam) tomarían mucho tiempo. La resolución de las Naciones Unidas al poner una fecha (el 15 de enero), en vez de limitarse a autorizar el uso de la fuerza, junto con la desconfianza del gobierno norteamericano respecto de la eficacia de las sanciones económicas (justamente en un caso en el que podrían tener efectos profundos sobre la economía y la fuerza militar de Irak) aumentan la probabilidad de una guerra, si no se llega a un arreglo antes de esa fecha, porque la decisión de esperar y confiar en las sanciones parecería una retirada. No hacer nada después del 15 de enero, en el mejor de los casos, dejaría en claro que estamos negociando, y ello también parecería una retirada ya que el gobierno ha proclamado, con apresuramiento y ligereza, que las conversaciones propuestas no son una negociación.

Nos hemos colocado en una posición poco prudente. Si queremos evitar una guerra sin abandonar nuestro objetivo de restaurar la independencia de Kuwait, debemos negociar. [...] Una guerra sería un buen precedente para el futuro de la seguridad colectiva si pudiera ser rápida, fácil y condujera a una paz que sea una advertencia para el agresor, dándole al mismo tiempo un rol modesto pero constructivo en los asuntos mundiales. El problema es que nadie puede estar seguro de que la guerra sea fácil y algunos expertos temen que sea muy costosa. Más aún, una guerra rápida destruiría a Irak y no sólo a Saddam Hussein, afectado el equilibrio de poder en Medio Oriente.

Los políticos parecen más obsesionados con el pasado que preocupados con la consecuencia de sus actos en el futuro. El gobierno de Bush quiere exorcizar, al mismo tiempo, a Munich y a Vietnam. Pero, como lo dijo Brzezinski, "hablar de Saddam Hussein como si fuera Hitler es trivializar a Hitler y sobrevalorar a Saddam". Agregaba que "Irak no es Alemania sino una amenaza regional que podemos contener, rechazar hacia sus fronteras o disuadir, según lo aconseje la situación". Nadie afirma que Kuwait debe sufrir la suerte que Gran Bretaña y Francia infligieron a Checoslovaquia en Munich, y la magnitud y carácter de la coalición anti-iraquí muestra la inadecuación de la analogía. Afirmar que cualquier medida que no sea la guerra conducirá a la hegemonía iraquí sobre Medio Oriente y amenazará mortalmente a Israel, implica pasar por alto todas las medidas que podrían tomarse para limitar el poder de Irak y confiar sólo en una versión burda de la teoría del dominó.

El gobierno norteamericano no quiere repetir los errores de

Vietnam, donde el ejército empleó gradualmente sus fuerzas. Pero si usáramos todas nuestras fuerzas conjuntamente se establecería una enorme desproporción entre nuestros fines y nuestros medios, una contradicción entre el objetivo admitido —la restauración de Kuwait— y la acumulación, en el Golfo, de fuerzas cuya intervención plantea el riesgo de conducirnos, como sucede a menudo en las guerras modernas, a una escalada de objetivos y, en consecuencia, ponga en peligro la coalición internacional y el apoyo de la opinión pública, además de producir conmociones impredecibles. La misma desproporción existe entre el aporte norteamericano y el de sus socios.

Como sea, Vietnam es, por desgracia, una analogía más adecuada que Munich y, dada la norteamericanización del conflicto, parece difícil exorcizarla. Es cierto que la zona no es parecida, que el enemigo no puede ocultarse en la selva y que carece de aprovisionamiento desde el exterior (lo cual, de paso, es otra razón que avala la prudencia de confiar en las sanciones). Pero tiene más armas letales y más combustible. Como en Vietnam, el gobierno minimiza los posibles efectos negativos de una acción bélica y exagera los costos de cualquier otra alternativa. Como en Vietnam, la obsesión con la crisis del Golfo distorsiona las perspectivas norteamericanas y sus prioridades en relación con otras zonas del mundo. Influye negativamente en nuestra relación con aquellos aliados de quienes pensamos que no comparten la "carga" equitativamente; y concentra, en una región que es sin duda importante, recursos que también son necesarios para encarar los problemas de Europa Oriental, América Central o la propia escena doméstica norteamericana. Como en Vietnam, en caso de que la guerra se prolongue o, incluso, en caso de que sea breve pero extremadamente sangrienta, corremos el riesgo de hundirnos en un pantano abierto por nosotros mismos.

La seguridad colectiva será la víctima y no la beneficiaria de este proceso si perdemos de vista la cuestión de las proporciones y desencadenamos una guerra que divida a la coalición y a la opinión pública más de lo que las dividirían las sanciones, y si interpretamos la autorización del Consejo de Seguridad como una luz verde para emplear la fuerza sin la autorización del Congreso. Porque, sin duda, la Carta de las Naciones Unidas no anula la facultad del Congreso para declarar una guerra. Sólo una guerra milagrosamente exitosa, una victoria rápida lograda con fuerzas limitadas, conjuraría todos estos peligros. Los milagros son raros y, en las cuestiones internacionales, las cosas buenas no se presentan nítidamente agrupadas. La guerra puede ser inevitable, en caso de que las negociaciones fracasen, pero tendrá más posibilidades de ser breve y limitada si debilitamos las fuerzas iraquíes a través de un bloqueo prolongado. Existen, sin duda, buenas razones para desear que Saddam Hussein pierda poder y prestigio al retroceder de Kuwait. Pero su humillación sería mucho más costosa que su derrocamiento ya que ésta comporta el riesgo de destruir, en el mismo movimiento, la nueva seguridad colectiva.

[Publicado en *The New York Times Review of Books*, 17 de enero de 1991.]

La invasión iraquí y la política



Anders Stephanson

La invasión iraquí a Kuwait puso fin a un momento notable de la historia contemporánea. En los primeros meses de 1990 no hubo guerras en el sentido tradicional del término. El hecho era coherente con una tendencia que se inicia después de la segunda guerra mundial: menos guerras entre estados, más conflictos armados de diferente tipo. Caracterizaba el momento la erosión simultánea de la política de superpotencias, combinada con una creciente convicción de que la guerra, como medio para resolver contradicciones interestatales, podía ser superada. Uno de los conflictos más sangrientos y menos dotados de sentido desde 1945 (o, incluso, desde 1914) había terminado en 1988 sin otro resultado que un millón de muertos y una terrible devastación para ambos contendientes. El agresor, después de ocho años de guerra, sólo había ganado algunas millas de nuevo territorio y conducido su economía a la ruina.

Ese agresor era Saddam, generosamente apoyado, desde 1982, por los estados occidentales y sus vecinos del Golfo, por la razón geopolítica de que representaba una valla frente a las más desagradables corrientes islámicas. Entonces parecía difícil imaginar que iba a apuntar su máquina de guerra sobre Kuwait. Se sabía, sin embargo, que Irak había intentado, en 1961 y 1972, someter a su vecino por la fuerza; pero, en ambas oportunidades, había sido apaciguado con dinero. No había duda de que el dinero podría tranquilizarlo

de nuevo. Los acontecimientos probaron lo contrario.

Pero si Occidente había calculado muy mal, también Saddam se estaba equivocando. No captó lo inédito de la situación internacional. Esto no es nuevo, ya que su salvaje universo político recuerda la Italia del siglo XV, y su sensibilidad, la de César Borgia. Después de todo, este hombre mató por primera vez a los trece años y ha continuado en ese camino desde entonces. Por eso, se lo vio ostensiblemente sorprendido de que su operación causara tanto estupor y que lo sumergiera en un conflicto diferente y más serio.

Creo que Saddam rompió en pedazos una situación internacional que parecía relativamente deseable. Creo que merece no sólo condenas verbales sino, precisamente, las acciones decididas que la comunidad mundial acordó bajo la forma del embargo y toda la serie de resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La izquierda debe reconocerlas como fundamento justo y razonable de su política.

Este presupuesto se basa en otro: que la izquierda debe tener estrategias políticas, a su vez originado en la idea de que la tarea central de la izquierda en este país es establecerse como 'partido' que pueda competir por el poder, y no seguir siendo una serie amorfa de individuos que tienen opiniones sobre esto y lo otro. El objetivo totalizador, en síntesis, no es construir un 'movimiento', sino articular una posición, a partir de la que se esté en condiciones de intervenir en la coyuntura.

Todo ello exige consideraciones de principio y de estrategia.

En materia de principios la izquierda se opone a los actos de agresión y anexión. Pueden darse situaciones en que sea necesario desviarse de este camino estrecho. Puede afirmarse, por ejemplo, que la invasión vietnamita a Camboya fue correcta porque el principio de prevenir un genocidio tiene precedencia respecto del principio de no agresión. No hay circunstancias de este tipo en la crisis del Golfo. La izquierda, en consecuencia, debe denunciar a Saddam, porque la crisis comenzó con la invasión, así fue concebida y así debe ser abordada.

Sin embargo, buena parte de la izquierda reaccionó de otro modo. Se apresuró en caracterizar la situación (y por tanto en fundar una estrategia) a partir del despliegue de las tropas norteamericanas. Esta caracterización sólo sirvió para calentar los músculos dormidos del antintervencionismo. El movimiento en contra de la guerra, por ejemplo, no puede decidir si está en contra de la presencia norteamericana o también en contra del embargo resuelto por las Naciones Unidas. Muchos de sus argumentos parecen apologías de Saddam sólo levemente disfrazadas, cuyo objetivo es minimizar la importancia de la agresión iraquí. Así se sostiene que todo el conflicto sólo es pertinente a los árabes, y que, por lo tanto, su mejor solución es interna. Se escuchan también ecos de posiciones ortodoxas: estaría en juego un enfrentamiento de clases y no de estados ("el régimen kuwaití es reaccionario; el de Irak, aunque no exactamente agradable, es objetivamente antimperialista. ¿De todos modos, por qué sostener a las oligarquías petroleras?"). Otra versión de la perspectiva es 'histórica'. Se nos explica que las causas reales del conflicto deben ser buscadas en las manipulaciones del imperialismo británico durante y después de la segunda guerra. En este contexto, se nos dice, la acción de Saddam es comprensible o, por lo menos, de orígenes más complejos que lo que aparece en la superficie. Están aquellos, por fin, que señalando el acuerdo Estados Unidos-URSS, definen a la crisis como conflicto Norte-Sur.

Estas perspectivas son incorrectas. Repito: la presencia norteamericana no es lo primero a considerar, ya que tanto cronológica como políticamente es una cuestión subordinada. Las perspectivas ortodoxas, para peor, imaginan que nada ha cambiado desde las traiciones de 1914. La posición 'interna' pretende que todo quede como está, recompensando de ese modo a Saddam, ya que el 'mundo árabe' (incluyendo esas masas cuya autoridad se invoca a menudo tan acriticamente) está dividido y nada podría esperarse como resultado de una acción inmediata. Por esta razón, la crisis no es un conflicto Norte-Sur: muchos países del Tercer Mundo, además de los regímenes inmediatamente amenazados por Saddam, consideran esta agresión como un acto repugnante. Sólo una visión parroquial y condescendiente acerca de estos países puede pensar que ello resulta de las presiones norteamericanas. En lo que concierne al aspecto histórico, vale la pena recordar que Irak es tan producto de la manipulación británica como Kuwait y, en consecuencia, que no tiene más legitimidad ni más derecho a existir que su víctima. ¿Por qué imitar las justificaciones stalinistas para la anexión del Báltico y de buena parte de Polonia en 1939, como partes 'históricas' del imperio de los zares? Dejemos algo en claro de ahora en más: el régimen

iraquí es, desde toda perspectiva, peor que el kuwaití. Es fascista. Es racista. Es asesino.

¿Qué hacer entonces con la posición norteamericana? ¿No se trata acaso de un uso hipócrita de los principios para embellecer un conflicto sobre el petróleo? Lo es. ¿No hizo Estados Unidos todos los esfuerzos posibles para apoyar a Saddam en su guerra de agresión contra el desagradable régimen antinorteamericano de Teherán? Sin duda. ¿Se desplazarían 400.000 soldados para proteger los principios de soberanía e independencia si, supongamos, Uganda invadiera y anexara Rwanda? No, y nos sorprenderíamos grandemente si sucediera algo más que una expresión de consternación y desagrado. ¿Dónde estaba el respeto por la soberanía y la independencia durante la operación contra Panamá?

Todas estas consideraciones deben formar parte de cualquier balance de la invasión y de la subsiguiente política norteamericana. El cinismo desplegado por Washington en sus tratos con Irak en la década de 1980 es sorprendente. Hoy, como potencia capitalista central, Estados Unidos debió reaccionar frente a la agresión. El gobierno de Bush decidió intervenir (después de bastantes desacuerdos internos) porque el régimen saudita, vitalmente importante, debía ser preservado para preservar la estabilidad de la región. La palabra clave es "estabilidad": lo que importa es asegurar el flujo continuo y predecible de petróleo. Lo que importa poco, ahora que se ha evaporado la amenaza soviética, es la naturaleza de los regímenes, en la medida en que se logre evitar versiones fuertes de pan-islamismo antinorteamericano. Irónicamente, el despliegue de fuerzas norteamericanas puede haber sido ejecutado mediante simulaciones de computadora cuya hipótesis fueran conflictos regionales de nivel medio, en un escenario donde la URSS configurara el agresor.

En esta situación, la izquierda puede tener algo que decir sobre la política norteamericana eligiendo una de estas dos vías. Puede afirmar que Estados Unidos es un país imperialista al cual hay que oponerse de cualquier forma, haga lo que hiciera. O puede argumentar, más realistamente, que Washington tiene intereses legítimos en la región, pero que, pese a ellos, no debió haber reaccionado en una escala tan enorme; ni tampoco dar por descontado, en un acto de arrogancia, que el petróleo del Golfo es un recurso norteamericano que está allí para la perpetuación del *American way of life*. Creo que esta segunda vía es más sensata. Y, sin embargo, la posición americana no debe ser el centro de la cuestión. Porque los intereses particulares de Estados Unidos son diferentes del dato político general que nos ocupa y que es la invasión y liquidación de Kuwait.

Si esto es así, ¿qué política estratégica y tácticamente, debe proponer la izquierda? Una que esté fundamentalmente centrada en las Naciones Unidas y su resoluciones, que son sólidas y apropiadas. Significan un nuevo consenso normativo que condena este tipo especial de agresión, entre todos los tipos de agresión y de violencia que existen en el mundo. Por eso debemos exigir que sea un comando de las Naciones Unidas el que dirija el bloqueo, y que no se desencadenen acciones ofensivas. Esta política, basada en sólidos principios, le permitirá a la izquierda plantear otras cuestiones de manera favorable: la ocupación israelí, el apoyo de facto que Estados



Unidos brinda a esa ocupación, la aspiración a que la 'nueva' filosofía internacional en materias bélicas se extienda a un orden económico más equitativo. En el primer aspecto, ya hay indicadores de que el respeto norteamericano a las resoluciones de las Naciones Unidas podría causar serias dificultades a Israel. Este es un buen signo del tipo de desenmascaramiento que la izquierda puede realizar si adopta esta línea: puede señalar la hipocresía del rechazo oficial norteamericano a apoyar resoluciones del Consejo de Seguridad que Estados Unidos mismo votó; puede hacer responsable al gobierno de su apoyo a Saddam y los intentos, hasta pocas semanas antes de

la invasión, de congraciarse con él. Más aún, nos permitiría (a nosotros junto con buena parte del mundo) obligar al gobierno a que respetara nuevos estándares cuando se trata de intervenir en América Latina o en cualquier otra parte. En síntesis, se abriría un espacio político para una izquierda con perspectivas diferenciadas y correctas sobre la guerra y la política exterior. Tal espacio es imprescindible porque el sistema internacional ya no es lo que era y toda estrategia política verosímil debe comenzar aceptando este dato nuevo.

[Publicado en *Social Text*, número 27. Anders Stephanson es profesor de historia en la Universidad de Columbia, Nueva York.]

La posguerra y los intelectuales



El siguiente texto, redactado por Paul Thibaud y difundido por Esprit, tiene como finalidad reunir firmantes de orígenes y compromisos diferentes, menos preocupados por tomar posición a favor o en contra de la guerra que por valorizar un acuerdo mínimo sin el cual la posguerra se precipitará en una guerra de culturas. La responsabilidad de una revista como Esprit es contribuir, sean cuales sean las respectivas posiciones sobre la conducción de la guerra, a un apaciguamiento que pasa ineluctablemente por el reconocimiento de la sensibilidad de unos y otros.

Los combates en el Golfo y la fascinación producida por su desarrollo cristalizan inquietantes visiones del mundo. El espectáculo de la guerra libera, por un lado, ignorancia y desprecio, por el otro, odio y rencor. Una guerra local se convierte en origen de un fantasmático conflicto mundial donde las imágenes, las representaciones, las calificaciones son armas y en el que todos participamos con el riesgo de comprometer valores esenciales. Ciertamente, la sociedad francesa, y en primer lugar las comunidades de inmigrantes o surgidas de la inmigración, logró evitar rupturas graves; sin embargo, algunos hombres de la cultura justifican lo peor cuando se trata de su partido. Vemos despuntar, sobre todo en los medios, una satanización mutua de pueblos y culturas (Occidente, el mundo árabe) que hace siglos que se interpenetran y que deben seguir

coexistiendo. Nunca fue más evidente la diferencia entre los principios universalistas que se reverencian y los sentimientos que se exhiben.

La desaparición de la amenaza totalitaria había abierto la perspectiva de un mundo más sereno, más consensual, mejor organizado. Esta esperanza se ve amenazada (incluso en Europa, como lo muestran los acontecimientos de los países bálticos) si el derecho que justifica el orden del mundo se convierte en una apuesta de guerra o en objeto de rechazo. Las bases de un saber vivir conjunto, que la humanidad necesita, están comprometidas si cedemos ante Saddam Hussein (que es el agresor inicial y podría detener la lógica de la guerra). Pero también están amenazadas si una guerra en nombre del derecho destruye el fundamento mismo del derecho: ser aceptado por todas las partes.

El rechazo a encerrarse en una lógica de enemigos y la adopción, no sólo en las proclamas autojustificadoras sino también en la práctica, del punto de vista del derecho, comportan ciertas consecuencias tanto en lo que respecta a la conducción de la guerra como al enunciado de los objetivos de guerra.

1. En las operaciones militares nada debe cederse a la política de lo peor, al espíritu de venganza, a la impaciencia por concluir, al gozo del justiciero. La limitación de la violencia no es un signo de debilidad, sino una preparación para la paz.

2. Los objetivos de la guerra deben ser definidos de modo tal que los que no se identifiquen con la coalición de las Naciones Unidas, encuentren también allí sus preocupaciones y sus demandas de justicia. Ello implica que no se debe dejar de considerar ninguno de los puntos de crisis ni de las situaciones más contrarias al derecho en la región, en especial las cuestiones palestinas, libanesa y kurda. Quienes se apoyan en el derecho internacional no pueden cerrar las puertas de ese derecho a nadie. De ellos depende en parte que los adversarios prefieran el realismo y la estima de otros antes que la venganza simbólica.

3. No se puede plantear una solución para todas las cuestiones pendientes, pero se puede indicar una metodología para abordarlas. El ejemplo de los acuerdos de Helsinki y su funcionamiento durante los últimos quince años muestra cómo es posible, a partir de puntos de acuerdo prácticos y principios admitidos, reducir progresivamente los conflictos. Ciertamente, en Medio Oriente, los acuerdos son más difíciles que en Europa ya que ni las fronteras, ni la existencia de los Estados es indiscutible. Sin embargo, lo esencial es posible. El primer paso: en lugar de pensar en reducir al otro, tratar de administrar el enfrentamiento, apostando a la dinámica de las interacciones económicas, culturales, jurídicas, políticas. Con la participación, como en el caso europeo, de los países de la región y de algunas de las potencias externas a ella, se puede instituir una coexistencia no guerrera que tenga como horizonte la puesta en marcha de principios aceptables por todos: que las fronteras no sean modificadas por la fuerza, que todos los pueblos tengan derecho a la seguridad y a una vida digna.

Pensamos que más allá de la guerra y a través de ella, la fantasmaticación del pueblo enemigo, de la cultura extranjera, prepara inquietantes regresiones. La obra pacífica debe, por el contrario, al mismo tiempo que rechaza la agresión, hacer progresos en un mutuo reconocimiento fundado en puntos de acuerdo subsistentes o posibles. Esta es una responsabilidad de todos, pero en primer lugar de los políticos y de quienes, como los comunicadores, los periodistas y los comentaristas, contribuyen a formar la opinión.

[Las primeras firmas del texto son: Gilles Bataillon, Jamel Eddine Ben Cheikh, Fahti Ben Slama, Yves Bernard, Pierre Bouretz, Monique Camau-Romagnan, Gerard Chaliand, Guy Coq, André Costes, Philippe Dewitte, Jean-Luc Domenach, Jacques Donzelot, Olivier Douville, Christian Du Tertre, Thierry Fabre, Luc Ferry, Antoinette Fouque, Hafidi Abderrahim, Pierre Hassner, Jacques Hassoun, Pascale Hassoun-Lestienne, Héliodoro Ibarra, Tassadit Imache, Ramin Jahanbegloo, Francis Jeanson, A. Laget, Zaki Laidi, Anne Laurent, Yvon Le Bot, Bernard Lefort, Pierre Lévy, Jean Liberman, Antonin Liehm, Daniel Lindenberg, Joseph Maila, Abdelwahab Meddeb, Alberto Memmi, André Miquel, Najet Mizouni, Olivier Mongin, Bujor Nedelcovici, Paul Noirot, Marc Ozouf, Luiz Rezende, Charles Rojzman, Joel Roman, Olivier Roy, Jean-Louis Schlegel, Antoine Sfeir, Daryush Shayegan, Bernard Sichere, Jacques Sommet, Benjamin Stora, Paul Thibaud, Alain Touraine, Loup Verlet, Pierre Vidal-Naquet, Jean Weydert. Publicado en *Esprit*, Nº 3-4, marzo-abril, 1991]



La guerra del Golfo: representaciones pospolíticas y análisis cultural



Beatriz Sarlo

La guerra del Golfo dramatizó el significado ideológico de las estrategias de representación. Por un lado, según la estética de la guerra electrónica, las bombas parecían menos reales que en un video-game y las computadoras utilizadas por los bombarderos entraban a formar parte del stock de imágenes que transmitían los canales del mundo entero, de acuerdo con dispositivos de información centralizados que correspondían, en la distribución de la noticia, a una unificación de la mirada planetaria sobre el escenario militar. La guerra era electrónica y teledirigida por dos motivos: las nuevas formas de ataque y las nuevas formas de representarlo. Ninguna de estas dos novedades lo era tanto, pero, conjugadas como se dieron a comienzos de 1991, potenciaron los elementos que vinculaban, para decirlo de algún modo, naturalmente, la tecnología militar y la tecnología comunicacional.

Acostumbrados a otras guerras, esperábamos el momento en que aparecieran los cuerpos de la guerra, lo 'particular concreto', el detalle. Sin embargo, los escasos close-ups de la guerra del Golfo se intercalaban en las conferencias de prensa, donde la puesta en escena de la información merecía los primeros planos y los planos medios de los que la representación de las batallas prescindía. Y también estaban los primeros planos de las "notas de color", la sección *Modas, Curiosidades* o *Vida cotidiana* del conflicto. La guerra tenía sólo dos dimensiones no porque se la viera sobre las pantallas bidimen-

sionales de televisión sino porque la referencia de lo representado también era bidimensional: se proponía así una estructura de representación en abismo, donde la pantalla de un monitor era transmitida por la pantalla de otro monitor. El manierismo de esta representación fundaba la distancia, la perspectiva aérea, la complejidad visual producida por la muy baja definición de las minucias humanas o geográficas y la muy alta definición del momento destructivo por excelencia, cuando se produce el estallido de la bomba. La reificación de la guerra en esta sintaxis comunicativa volatilizaba el pormenor, y prescindía de los recursos que tienden a construir un verosímil. La guerra, en el abismo de las pantallas sucesivas, casi no podía creerse.

Al costado de la representación según esa estética electrónica, se agregaba la representación según las pautas del realismo costumbrista de Hollywood: soldados, hombres y mujeres, blancos, hispanos y negros, recostados contra las carcasas de sus jeeps, vestidos con ropa de camoufflage, preparados pero no tensos, convencidos pero sonrientes (con ese uso típicamente norteamericano de la sonrisa, que desconcierta a otras convenciones gestuales). El verosímil era por completo el de las malas películas: la guerra como juego poco jerárquico, respetuoso de las diferencias legítimas, y que admite todas las minorías: así, el sistema de reclutamiento del ejército norteamericano que favorece el ingreso de pobres, hispanos, negros y

mujeres no por razones democráticas sino porque son quienes tienen menos posibilidades y alternativas de elección, encontraba en la representación televisiva un ícono de pluralismo e igualdad de oportunidades.

La otra imagen de la guerra fue la de la destrucción ecológica y en este caso la referencia siniestra (que remite a la muerte del planeta) no era escamoteada por la representación recurriendo a la estética del video-game sino entregada al uso del primer plano: el albatros cubierto de petróleo fue el ícono de la destrucción ecológica, espectacularmente adaptado a un uso no político del programa ecologista, a la romantización del conservacionismo y a la constitución del medio ambiente en hipóstasis de lo político. El público podía indignarse tanto con Saddam como se había indignado con la Exxon y podían repetirse los lamentos ecológicos vacíos de toda política: la destrucción ecológica no comenzaba en el uso irracional de las fuentes de energía en occidente, destrucción que si fuera imitada por todos los países del tercer mundo volvería al planeta inmediatamente inhabitable, sino que era inaugurada por el gesto homicida y bárbaro de Saddam. El origen remoto de ésta, como de otras guerras, perdía nuevamente sus particularidades concretas (que algo tienen que ver no sólo con la irracionalidad salvaje de Saddam sino también con las atestadas autopistas californianas).

Como la invasión a Panamá, la guerra del Golfo fue una intervención massmediática, cuya puesta en escena tuvo a la televisión como principal instrumento de agitación y propaganda: por eso el inédito dispositivo de censura a la prensa mundial, que debía ver sólo aquello que el ejército norteamericano instituyó como visible. Los expertos norteamericanos decidieron en cada momento del conflicto el recorrido del tour periodístico, montaron los escenarios, dispusieron a los actores y figurantes. Cuando los periodistas, que lograron permanecer en territorio iraquí, enviaban imágenes no preparadas, se respondía a ellas deslizándose la sospecha de que, también en el caso de esos occidentales, su cerebro habría sido lavado por el aparato de Saddam. Lo que se vio de la guerra fue, ni más ni menos, lo que decidieron los expertos del comando norteamericano, y cuando algunas imágenes se escapaban a ese control, los periodistas que las producían fueron acusados de colaboracionismo o sospechada su lealtad a la causa occidental.

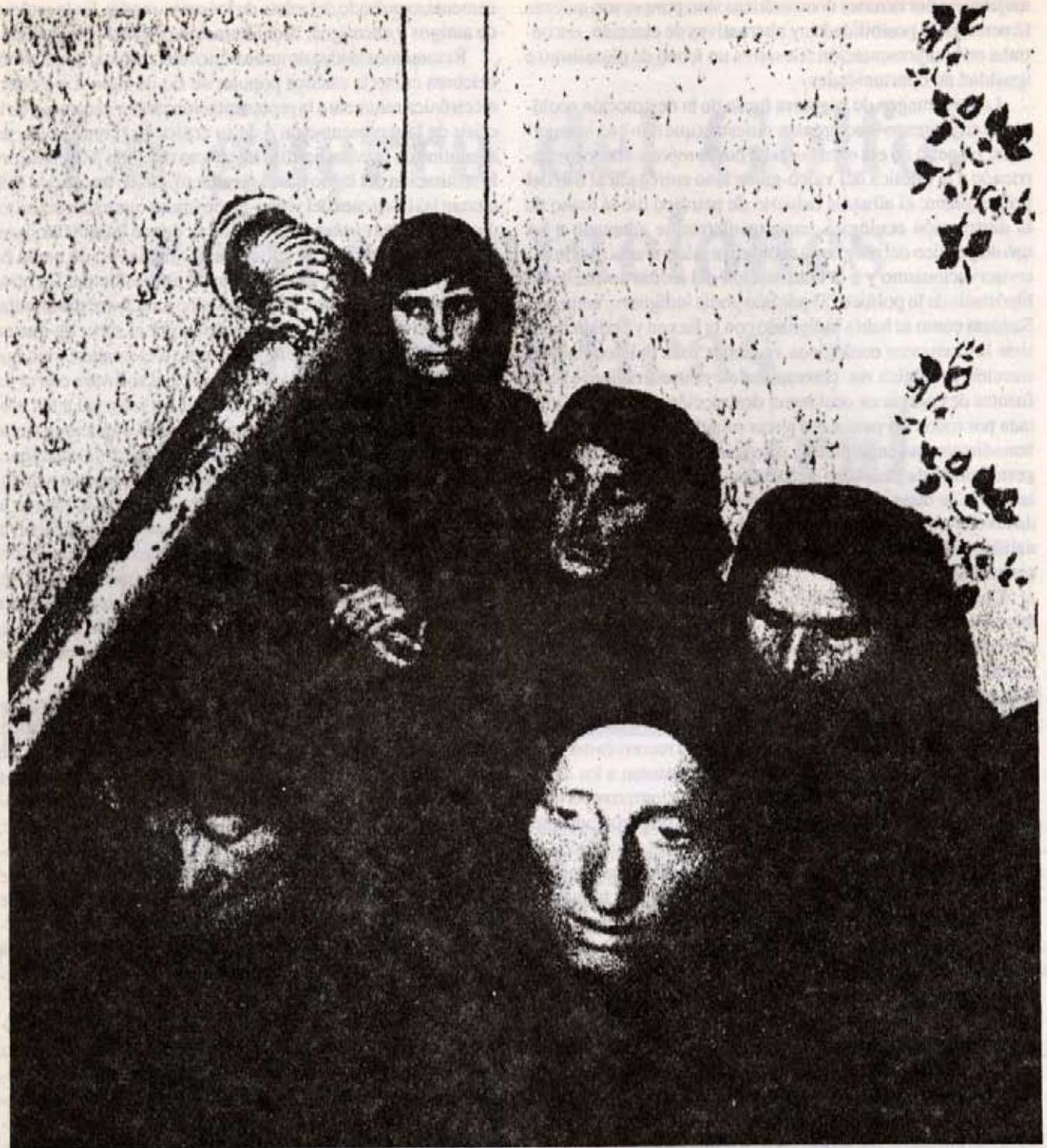
Razonar sobre la guerra desde una perspectiva no belesista era extremadamente complicado y requería de disposiciones ideológicas, hábitos de discusión, capacidades analíticas que, en general, se adquieren en el ejercicio discursivo de la deliberación política.¹ Para millones en todo el mundo esta guerra se impuso apoyada en consignas que participan de la estética massmediática de nuevo y viejo tipo: por un lado, fuerte dramatización de los personajes, sistema de representación que impulsa a las identificaciones inmediatas, suspensión de la capacidad analítica y de la discriminación entre valores en favor de la constitución de un campo unificado de aliados y enemigos, identificación de los valores en juego con los de un sistema de vida que se postula como deseable. Se dirá: las guerras producen estos efectos de alineamiento y es verdad, porque el jingoísmo no es un producto de los medios audiovisuales tal como jugaron en este conflicto. Pero, al mismo tiempo, lo que es necesario saber para debatir la guerra estaba retóricamente

expulsado del relato de los mass-media. En la retórica de amigos y enemigos, la deliberación política es imposible.²

Retomemos la idea de una estética electrónica, que algunos celebran como la estética popular de fin de siglo. La estética electrónica renuncia a la representación no por el camino de la crisis de la representación o de su crítica (tal como podía ser el camino de las vanguardias históricas del siglo XX), sino por la sustitución del signo por el simulacro. No de otro modo funcionan las imágenes del video-game (de las que están llenas todas las grandes ciudades de América), donde la pantalla simula la naturaleza, objetos de cultura, seres humanos, de modo tal que no remitan a otro referente que al producido por las posibilidades del software. El naturalismo³ creciente del simulacro está invariablemente acompañado por el saber de que no hay un referente previo temporalmente a la imagen, sino que el simulacro es producto del encuentro del software con el jugador. Nada remite a una exterioridad del juego ni a los problemas que la existencia de una exterioridad plantearon siempre al arte de elite o popular. Las imágenes son simulaciones en el sentido más fuerte y ello no disminuye sino que aumenta su poder hipnótico: como no existe una pregunta sobre la verdad, todas las preguntas tienen que ver con la eficacia, la destreza, la velocidad y la distancia. La obsesión moderna por la distinción entre niveles de representación (que tiene que ver con la también moderna obsesión por el lenguaje) desaparece porque ya no existen niveles de representación. No existen escenarios diferenciados, en la medida en que todo es escenario de simulación.

Ahora bien, el escenario constituye el espacio fundamental de lo simbólico: en el escenario se produce la instauración de la política, de la ley, de la moralidad y, por consiguiente, en el escenario es posible el cambio y el conflicto sobre esas tres instancias de constitución de lo social. Transformada en un video-game, la guerra ofrece los problemas de un video-game, afectando en el nivel discursivo las posibilidades de su procesamiento simbólico y naturalizado como simulacro lo que posee referentes exteriores bien concretos. No hay nada que descifrar sino lo que aparece en pantalla, y si una realidad exterior logra postularse como referente va a ser procesada según las reglas del maniqueísmo representacional que también pertenecen a la estética audiovisual.

Del video-clip la guerra también tomó algunos rasgos estéticos. Como el video-game, el clip construye su referencia *por completo*: adquiere su unidimensionalidad y su alejamiento de los particulares concretos no por el camino de la abstracción, sino por el recurso a la fragmentación y a lo que denominaría *narración simulada*, esto es sintaxis de fragmentos que operan como si fueran narración sin serlo del todo, pero no porque se nieguen abiertamente a la diegesis sino porque presentan una acción que carece, al mismo tiempo, de progresión y de repetición, de estructura funcional y de personajes, de relación espacio-temporal o de negación de esa relación, de sistema hipotético o cualquier otro tipo de subordinación. Narración sin ley, el video clip se impone como el espacio donde no se negocian valores, no se desorganizan las percepciones porque no se parte de un discurso perceptivo organizado, no se rompe con la narración, sino que, simplemente, no se la tiene en cuenta. Puro efecto de la química de transformación



de imágenes y de técnicas de montaje que tienen más de medio siglo, el video-clip considera a la velocidad como la principal de sus virtudes. El desorden referencial del video-clip tiene mucho que ver con la ausencia referencial del video-game.

Quisiera apoyar estos puntos de vista en algunas consideraciones históricas. Si no se puede decir que la novela realista o el folletín modelaron las percepciones en el siglo XIX en ausencia de otros factores, no es imposible, en cambio, afirmar que una forma de organización proporcionada por la poética del realismo formó parte del aprendizaje cultural que acompañó a los procesos de alfabetización y escolarización que cons-

tituyeron un nuevo tipo de público (muy definitivamente en los sectores populares). La reorganización de la narración por el realismo desplaza o se mezcla con otras posibilidades narrativas (las del folklore, la religión y el mito, entre otras). Fue precisamente con las estéticas decimonónicas que se constituye una esfera pública en América Latina: desde el nacionalismo cultural de los románticos hasta el darwinismo social de los positivistas liberales. La novela (y el folletín que la acompaña como su fantasma popular) fueron bancos de aprendizaje discursivo y práctico de destrezas que se ejercitarían en la agitación política, en el periodismo y en la fundación de las redes

sociales que incluyeron los primeros sindicatos, las asociaciones de ayuda mutua, las bibliotecas públicas y las universidades populares.⁴ Política y pedagogía están unidas en el discurso progresista de fin de siglo XIX y comienzos del XX, tal como aparece en el paradigma socialista, pero también en el anarquista y en el ideal democrático avanzado.

Todavía no sabemos lo suficiente acerca del impacto cultural de las nuevas formas audiovisuales en su período ya no de emergencia sino de la generalización; como sea, el escenario massmediático de la guerra no pudo resultar demasiado extraño en una perspectiva latinoamericana donde, por lo menos en dos naciones (Argentina y Brasil), la estrategia electoral tuvo un espectacular procesamiento audiovisual y el diseño massmediático de los entonces candidatos, hoy presidentes, constituyó una de las bases de las respectivas campañas⁵, que tuvieron a comunicadores audiovisuales como agentes de primera línea, productores de algunas de las nuevas condensaciones significativas según las que se dispusieron los tópicos electorales. Menem y Collor encarnan la nueva figura del político massmediático, que ha llegado para reemplazar a las tipologías del parlamentario y el agitador de masas, proponiendo un discurso que, alejado de la oratoria tradicional y también de la concatenación lógica de proposiciones, se apoya en la repetición y, muy básicamente, en la retórica de la gestualidad. El 'aura' de estos políticos tiene más relación con el star-system de los medios que con el cursus honorum de las instituciones.

Encarando los años noventa, han cambiado nuestras preguntas de los últimos diez años, en cuyo transcurso varios países de América Latina han pasado de dictaduras militares a procesos de transición democrática y, en el marco de la transición, a gobiernos de derecha que prescinden de los valores que habían reconfigurado la cultura política a comienzos de los ochenta. Esto por una parte. Por la otra, están los cambios en la esfera audiovisual electrónica, las culturas populares y la cultura juvenil, que pueden ser celebrados o criticados bajo el rótulo de posmodernidad, pero que significan, básicamente, un nuevo tipo de relación con la política, considerada en términos institucionales, y con lo público como espacio de prácticas colectivas generalizables. O, si se quiere frasearlo de modo más optimista, un retiro de lo político hacia zonas que es complicado definir en los términos de la separación tradicional entre lo privado y lo público.

En este marco, la hegemonía massmediática de la esfera cultural realiza, una cuarto de siglo después, las predicciones de MacLuhan: junto a ella, la crisis y el aislamiento de las vanguardias históricas inducen a repensar los fundamentos de valor que legitimaron discursos y prácticas en el siglo XX. Una vuelta de lo que Benjamin y Adorno denominan "lo siempre igual", parece marcar el discurso de las culturas industriales del fin de siglo.

La guerra del Golfo subrayó dramáticamente las consecuencias de este giro cultural. Lo sucedido remite a una crisis de nuestros instrumentos de análisis y, probablemente, de nuestro lugar. ¿Celebraremos las transformaciones de la posmodernidad, porque, como el Lucky Man de Lindsay Anderson, Cándido moderno que ni siquiera tiene a Pangloss de su lado, encontramos siempre una ocasión de optimismo, para el

caso en la impronta que la industria cultural imprime sobre la dimensión simbólica de lo social? ¿Es posible vivir nuestro presente como si fuera un pasado: una formación que puede ser objeto de discurso explicativo pero no punto de oposición o resistencia? El optimismo algo juvenilista, asombrado y solemne frente al carnaval massmediático, refleja en espejo el pesimismo que lo acompaña como su sombra.

Ante el último video-clip, el análisis cultural cuando cree explicar, con frecuencia también celebra o justifica, renunciando a la tensión crítica que, precisamente, hizo que la crítica fuera significativa en la constitución de la esfera pública, como lo expone Eagleton, d'après Habermas.⁶ Pero, al mismo tiempo, la insatisfacción adorniana respecto del presente pone límites a una crítica que quiera disputar un lugar ideológico y político en la esfera pública. Estamos encerrados en esta doble pinza: hijos de la crisis de las vanguardias, pero, al mismo tiempo, constituidos en ellas; sumergidos en la obscena abundancia comunicativa de la industria cultural, oscilamos entre la tentación (imposible) de convertirla a la religión del arte o destruirla como a un *deus ex machina* infernal, última arma inventada por el capitalismo en su ocupación implacable y progresiva de las dimensiones culturales.

No tenemos, me parece, respuestas teóricas que superen la celebración populista del *fait accompli*, cuando se nos confunden públicos populares y estrategias de la industria cultural, olvidando los procesos de conformación social del gusto y de los hábitos de consumo simbólico. Pero también está en juego la posibilidad de una esfera pública como espacio global que se plantee como alternativa y complemento de la atomización de lo público en cuestiones totalmente regionalizadas (por sexo, por pertenencia étnica, por edades, etc.). Esta sería la consecuencia verdaderamente grave, celebrada o no celebrada, de la dispersión posmoderna. De nuevo se trata, entonces, de pensar qué hacer con estos discursos y estas prácticas. Y la pregunta es particularmente significativa para nosotros porque difícilmente puedan separarse nuestras perspectivas de decisiones respecto de valores.

El destino del arte en su relación con la comunicación y, en consecuencia, de las relaciones entre política y cultura, el de su lugar y el de los intelectuales como interlocutores significativos en la esfera pública, dependerá de las respuestas que se encuentran a estas cuestiones.

¹ Algo similar sucedió con la guerra de Malvinas, igualmente lejana desde el punto de vista de la representación y también difícil de razonar fuera de los marcos simplificadores de patriotismo triunfalista que había impuesto la dictadura militar.

² Véase el análisis de esta problemática en: Pietro Ingrao, "Contra la reducción de la política a guerra", *Punto de Vista*, n° 20, 1984.

³ Respecto del naturalismo en vías de exasperación del video-game, me remito a los nuevos software programados para simular figuras humanas: verdaderos replicantes de la tecnología de la representación.

⁴ Véase al respecto: Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *La cultura de los sectores populares en Buenos Aires: 1920-1945* (mimeo), Buenos Aires, CISEA.

⁵ Véase mi trabajo "Basuras culturales, simulacros políticos", en *Punto de Vista*, n° 37, 1990. El surgimiento de dirigentes de tipo "Fujimori", también puede leerse en este marco de reconfiguración de lo político.

⁶ Véase: Terry Eagleton, *The Function of Criticism*, Londres, Verso, 1984.

Borges: la forma del ensayo



Alberto Giordano

Por cierto que este autor, en cuanto yo lo conozco, es con frecuencia bastante insidioso. No porque afirme una cosa y piense otra, sino en cuanto fuerza el pensamiento hasta el extremo y le confiere una prioridad absoluta de tal suerte que si el lector no lo capta con la misma energía, puede comprender lo dicho en un sentido muy diverso.

Soren Klerkegaard, *La repetición*

A Judith Podlubne y Juan Pablo Dobove

Introducción

A penas si hemos comenzado a leer los ensayos de Borges. Quiero decir: apenas si hemos comenzado a leerlos como ensayos. Hasta hace no mucho tiempo era difícil encontrar, en la monumental bibliografía crítica, un trabajo en el que se apreciaran esos ensayos sin remitirlos, casi de inmediato, a las narraciones o a los poemas del mismo autor. Parecía evidente, a los ojos de los lectores especializados, que el valor de los ensayos de Borges era relativo a la posibilidad de iluminar, a partir de ellos, algún aspecto de su obra literaria: los ensayos valían en tanto facilitaban la comprensión,

orientaban la lectura de los poemas y de las ficciones¹. Por obra en parte de la teoría y de la crítica, de las mutaciones de método e incluso de objeto que ellas sufrieron, pero también, sobre todo, por obra de la literatura —que atraviesa y descompone las convenciones con que se quiere interpretarla—, nuestros hábitos de lectura hoy son otros. Attendemos, a un tiempo, a lo que en los ensayos borgianos *se dice* (las opiniones de Borges acerca de la literatura, la filosofía, el cine) y a lo que, en el modo en que eso está dicho (las estrategias enunciativas), *se muestra*. A veces, cuando el azar o la necesidad nos son propicios, cuando nuestra lectura percibe (inventa) el juego inquietante de las múltiples relaciones entre lo enunciado y su enunciación, conseguimos desplazar a esos ensayos desde los rigores de la reflexión hacia el lugar, apenas entrevisto, al que ellos nos atraen: la literatura.

Situados en perspectivas diferentes, de acuerdo a diferentes horizontes conceptuales y protocolos de lectura también diferentes, las bibliografías más actualizadas incluyen un conjunto de trabajos que tientan un encuentro con los ensayos de Borges sin limitarlo a la comprensión —y la reproducción— de lo que ellos dicen. Están, por un lado, aquellos estudios que sirven de complemento a desarrollos anteriores, que añaden nuevos conocimientos a los ya producidos sin que esto provoque ninguna clase de conflictos². Por otro lado, un lado menos cierto y más próximo —por lo mismo— a los artificios de la

literatura, están aquellas tentativas que perturban y discuten algo de lo ya conocido, que transforman la imagen de Borges ensayista con la que estábamos familiarizados³. Por un desvío que encuentra en la polémica las condiciones de su trazado, las notas que siguen intentan participar en esta transformación⁴.

Invitación a la polémica

En el N° 16 de la revista *Punto de vista*⁵, Beatriz Sarlo publicó un ensayo titulado "Borges en *Sur*: un episodio del formalismo criollo", que nos interesa por varios motivos. En primer lugar, porque se trata ciertamente de un *ensayo*. Sarlo elude los tópicos de la crítica borgiana y lo hace no sólo en cuanto a su modo de lectura —que no se sujeta a ningún método y toma prestado de varios los elementos que necesita— sino también en cuanto a los objetos que elige para practicarla: un conjunto de notas que Borges publicó en los primeros años de *Sur*, a comienzos de la década del '30, y que en algunos casos no fueron recogidos luego en volumen. De acuerdo a la estrategia de desplazamiento que anima a los mejores ensayos, Sarlo descubre en esa marginalia la formulación de una poética: hace sensible algo fundamental donde un lector menos inteligente sólo hubiese encontrado algo curioso. A este movimiento de desvío lo acompaña otro acaso más temerario: el que produce el encuentro, fuera de la ley que distribuye los discursos, de un argentino extraviado en la retórica y un teórico del formalismo ruso. (Aunque nuestro desacuerdo con los resultados a los que llega Sarlo es —como se verá luego— considerable, no dejamos por eso de admirar la ejecución de su lectura, la fuerza de los procedimientos con los que se realiza el trabajo. Más aún, si nos disponemos a polemizar con ese ensayo, es porque creemos encontrar en él suficiente riqueza como para seguir, en otra dirección, hacia otras conclusiones, explotándola). En segundo lugar —en el orden de esta exposición, no de las razones—, el trabajo de Sarlo nos interesa por su tema: la escritura ensayística de Borges y la posibilidad de encontrar en ella (dicha o actuada) una poética; porque no estamos de acuerdo con lo que en él se afirma a propósito de ese tema y porque el desacuerdo tiene que ver, en lo fundamental, con una apreciación diversa de lo que son los ensayos borgianos.

El lector no familiarizado con el trabajo de Sarlo al que hacemos referencia agradecerá un resumen. En las páginas de *Sur*, al margen de las preocupaciones fundamentales de la revista, Borges publicó una serie de notas literarias: "Séneca en las orillas", "El Martín Fierro", "El arte narrativo y la magia", "Noticia de los Kenningar", "Elementos de preceptiva" y "Los laberintos policiales y Chesterton". A veces en forma explícita, otras por lo que deja entredicho, Borges inventa en esas notas una poética fundada en la combinación de dos líneas hasta entonces antagónicas: el "criollismo urbano" y la "estética del procedimiento". A la pregunta por la identidad de los materiales con que construir la literatura argentina —en estos términos plantea la cuestión Sarlo— Borges responde transformando al "suburbio" en una nueva materia literaria, convirtiendo a las orillas en un espacio mítico, es decir, en una "construcción estético-ideológica" nueva. Sobre este aspecto de la caracterización no vamos a volver en adelante: con él estamos

de acuerdo. Es a la otra vertiente de la supuesta poética a la que queremos dirigirle nuestros reclamos. Para enunciarla, Sarlo se vale de un rodeo: recuerda algunas de las tesis propuestas por Víctor Sklovski en su clásico "El arte como procedimiento": el valor artístico de un objeto depende del modo en el que éste es percibido; percibir artísticamente es percibir extrañadamente, en ruptura con los automatismos; lo artístico en sí reside en el poder de innovación respecto de las formas conocidas. De inmediato, Sarlo vuelve la mirada sobre los ensayos de Borges y decide la semejanza: como a Sklovski, a Borges le "importa más el cómo que el por qué"⁶; para el escritor argentino, como para el teórico ruso, "el procedimiento decide el destino (la eficacia) de una invención"⁷. Como no se trata simplemente de sorprender, de dejar al lector admirado —y atontado— por la inesperada reunión de dos nombres extraños entre sí, Sarlo se ocupa de fundamentar la ocurrencia, de "probar" por la lectura de los ensayos la consistencia de su interpretación. Cuando lo hace, es difícil no quedar persuadido. Porque ¿desde dónde, sino desde la afirmación del procedimiento, se pueden valorar —como lo hace Borges— las inscripciones de carro, los Kenningar y la letra de una "chabacana" milonga? ¿Y quién, sino alguien que supone que lo específico literario es la puesta en evidencia del procedimiento, puede hacerles un lugar a esas formas populares y rudimentarias junto a las obras de Milton o de Cummings? Para Borges son tan literarios el tango "Villa Crespo" y los rípios de la epopeya germana como el *Paraiso perdido*, porque han sido producidos, como él, "desde la preocupación estética por el procedimiento"⁸. Y si de lo que se trata es de dar pruebas del formalismo borgiano, cuál más convincente, menos recusable que citar esta afirmación tomada de "Elementos de preceptiva": "La literatura es fundamentalmente un hecho sintáctico".

Antes de poder determinar las fallas de su lectura —si es que las hay—, incluso antes de disponer de medios para arriesgar una interpretación antagónica; antes de avanzar siquiera un paso en el trabajo crítico, nos enfrenta a la lectura de Sarlo un problema de creencia. No creemos que se pueda identificar a Borges con el formalismo, que en el centro del sistema borgiano domine el procedimiento. Claro que tampoco creemos que se pueda dar por sentado que existe tal sistema, y menos aún que si lo hay, le podamos reconocer un centro. Creemos que para Borges la literatura no es "eso"; creemos que para él es "otra cosa". ¿Pero por qué creemos en lo que creemos y, sobre todo, qué valor tienen nuestras creencias? Hecha de una mezcla imprecisa de saber y de querer (creo en lo que sé porque quiero), la creencia está tan próxima al conocimiento como a la ignorancia; es a un tiempo lo que elijo y lo que acepto, lo que propongo y lo que se me impone. Por eso no hay respuestas directas para las preguntas que nos formulamos. Por eso no queda otro camino que hacer la prueba de la polémica: poner a trabajar una creencia contra la otra. Quizá de esa confrontación podamos obtener algo; algo que eche luz sobre la literatura de Borges, la crítica de Sarlo y sobre nosotros.

Las armas y las letras

Es cierto que Borges afirma en "Elementos de preceptiva"

que "la literatura es fundamentalmente un hecho sintáctico", que lo "particular literario" es el resultado de una combinatoria formal, del uso de técnicas verbales. Pero no menos cierto es que en otros ensayos el sentido de sus afirmaciones es diverso de este, incluso contrario. Pienso, por ejemplo, en las definiciones del tipo: "toda arte es una prefijada costumbre de pensar la hermosura", o en esta obra, que apunta también a lo esencial desde fuera de la reflexión sobre el procedimiento: "la finalidad permanente de la literatura es la presentación de destinos"¹⁰. Si aquí ya nada permite afirmar que para Borges la literatura es nada más que un hecho técnico (¿cómo reducir la "hermosura" a la sintaxis?, ¿acaso son hermosos los Kenningar?), podemos todavía elevar la apuesta y jugar otro par de citas que no dejan lugar a dudas de que para él, en materia literaria, la técnica ocupa un lugar subalterno. En una nota sobre Góngora recogida en *El idioma de los argentinos*, Borges dice que el poeta español "es símbolo de la cuidadosa tecnicuería, de la simulación del misterio, de las meras aventuras de la sintaxis": de eso que él siempre consideró "no literatura"¹¹; y en otro ensayo del mismo libro, "Eduardo Wilde", encontramos esta proposición: "Al gran lector, al hombre con vocación de lector, al poseído por la ajena realidad escrita de un libro, la técnica le resulta tan invisible como las letras individuales que recorre, sin fijarse en sus firuletes y en el abuso o escasez de la tinta. Mala señal es que interese mucho una técnica: si alguien se fija demasiado en nuestra voz, en nuestra manera de articular, en nuestra elocución, no ha de interesarle lo que decimos. Plena eficiencia y plena invisibilidad serían las dos perfecciones de cualquier estilo".¹² ¿Es posible imaginar algo más extraño, menos afín con la valoración de la "puesta en evidencia del procedimiento"?

Nos hemos limitado a subrayar y transcribir algunas afirmaciones de Borges contrarias a las que cita Sarlo y solidarias, por eso, con nuestras creencias. A unos dichos de Borges, que nos parecen no enunciados por él (por lo que creemos que él es), hemos opuesto otros, de los que no dudáramos en afirmar que son "claramente" borgianos. Dichos contra dichos, afirmaciones contra afirmaciones. En este punto, donde un Borges parece ser tan cierto como el otro y cada uno idéntico a sí mismo por la distancia en la que se oponen, parece que no queda más que elegir: o el Borges formalista, que declara la esencialidad del procedimiento, o el Borges... (¿cómo llamarlo?)... que nos dice que lo literario excede "las meras aventuras de la sintaxis". En este punto parece que nos desbarrancamos en el relativismo más absoluto, que si esto y su contrario son igual de ciertos, entonces reina la incertidumbre, que no hay forma de decidir, más allá de lo que cada uno cree, la verdad o la falsedad de lo que Borges dice. Y acaso debamos concluir en un punto semejante —si devolvemos estos ensayos al lugar hacia el que ellos nos atraen—, pero no creemos en verdad que nuestra marcha haya concluído. Antes bien, todo nos indica que estamos a punto de partir y que habremos de comenzar a marchar cuando encontremos un recurso menos estéril que oponer, simétricamente, un dicho a otro dicho, una afirmación a otra afirmación.

Al conjunto de ensayos que es el objeto de su estudio, Sarlo propone añadir uno más, "Modos de G. K. Chesterton", publicado también en *Sur* pero unos años después que el resto¹³.

La sugerencia consta en la primera nota a pie de página, y como en el desarrollo del trabajo Sarlo no vuelve a ocuparse de él, queda abierta la pregunta por las razones de la inclusión de este ensayo. En el párrafo titulado "Chesterton, escritor" creemos que está la respuesta. Del escritor inglés, al que considera —según su reconocida arbitrariedad— "uno de los primeros escritores de nuestro tiempo", Borges valora por sobre todo "sus virtudes retóricas, (...) sus puros méritos de destreza". El punto de vista parece ser el mismo que el de los demás ensayos: la afirmación de que en literatura lo fundamental es la técnica. ¿Se puede acaso leer otra cosa en la frase citada? Tal vez no, pero recordemos nuestra decisión de no limitar el comentario a la transcripción de frases.

Un cierto pragmatismo siempre será pertinente. Consideremos el "contexto" en el que aparece la afirmación citada, o dicho de un modo más pretencioso, sus "condiciones de producción". Borges propone el valor retórico de Chesterton *contra* la opinión de los "críticos realmente informados", que suponen que la literatura es lo más prescindible de un literato, que éste sólo puede interesar "como valor humano (...), como ejemplo de tal país, de tal fecha o de tales enfermedades". La frase que nos ocupa es una afirmación, la declaración de algo que se considera valioso, pero es también una *estocada*, un *golpe* que da Borges a la estupidez de los críticos. Esa frase debe ser leída de acuerdo a la escena en la que ocurre, recostada sobre el horizonte polémico en el que se enuncia. No decimos que de esta forma su sentido cambie absolutamente, pero no dudamos de que se relativiza su valor de verdad. ¿En otras circunstancias, enfrentado a otros críticos, a otro lugar común sobre la literatura, Borges afirmaríala lo mismo?

Confrontemos ya no frases sueltas, sino situaciones de interlocución. ¿Qué ocurre en "La supersticiosa ética del lector"¹⁴, uno de los clásicos de la ensayística borgiana de la década del '30? Porque es otro el referente (Cervantes en lugar de Chesterton), pero sobre todo porque es otro el estereotipo que se quiere disolver (la superstición de que las "tecnicuerías" son lo más valioso de una obra literaria), Borges sostiene "que la pasión del tema tratado manda en el escritor" y que el valor mayor del *Quijote* "(y tal vez el único irrecusable)" es el psicológico. ¿Diremos que este ensayo contradice al anterior, que estamos otra vez en la encrucijada de no poder determinar cuál es la verdadera opinión de Borges acerca de lo que es la literatura y cuál es la falsa? Desde luego que no. En un ensayo se valoran los aspectos técnicos de la literatura y en el otro los temáticos, pero eso no basta para hablar de una oposición entre ambos. En primer lugar, porque las virtudes retóricas de Chesterton no son las "habilidades aparentes" que persiguen los lectores supersticiosos; luego, porque cada ensayo es un *acto* único, un *paso de polémica* que se ejecuta de acuerdo a condiciones únicas, para conseguir un efecto disolvente también único. Y lo que haya de verdad en cada caso (la verdad que el ensayo produce en el acto de la polémica, no una verdad a la que se representa, a la que se obedece) vale sólo para él. Comparar dos ensayos de Borges uno con otro, requiere de un procedimiento para comunicar entre sí dos actos de enunciación (que convergen o divergen) antes que dos enunciados (solidarios o antagónicos). Si diésemos alguna vez con ese procedimiento, el "patrón" con arreglo al cual se realizará la

comparación lo proveerá la física, antes que la lógica o la semántica: el valor-fuerza desplazará el valor-significado y el valor-verdad. Ya no nos preguntaremos si un ensayo es más verdadero que el otro, si dice lo mismo que el otro o si afirma otra cosa. Preguntaremos por la diferencia de intensidad entre ambos; querremos saber — si se trata de ensayos polémicos — qué tan fuerte son los golpes que da cada uno y si es el mismo u otro el objetivo sobre el que los lanzan.

Como en "Modos de G. K. Chesterton", como en "Swinnburne", como en el "Prólogo" a la *Antología poética argentina* que escribió con Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares¹⁵, en "Elementos de perceptiva" Borges afirma la esencialidad de la técnica contra las interpretaciones que reducen la literatura a la servicial — pero subsidiaria — función de documento. El viene a situarse — como lo precisa Sarlo — "lejos de toda estética expresivista"¹⁶. Tal vez sea en referencia a estos ensayos que podamos hablar del "formalismo" de Borges, pero sólo en referencia a ellos, y además, acordándole a "formalismo" un sentido menos doctrinario que polémico, incluso provocador. Cuando las circunstancias presionan, cuando el sentido común — o algún otro sentido atrofiado — quiere arrogarse la verdad "humana" de la literatura, Borges no vacila en proclamar su profesión de fe formalista: "La literatura es fundamentalmente un hecho sintáctico". Pero si las circunstancias son otras — como en "La supersticiosa ética del lector", como en "Menoscabo y grandeza de Quevedo", como en el "Prólogo" a las *Novelas ejemplares*¹⁷, necesaria, estratégicamente, el sentido de lo que se afirma es otro.

¿Una poética de Borges? Tal vez sea más preciso — y más estimulante — hablar de poéticas, *poéticas de combate* — armas para intervenir en la discusión sobre las letras — que se enuncian en cada ensayo. O en cada momento de un mismo ensayo¹⁸.

La dimensión de la literatura

Para volver sensibles los conceptos de su teoría sobre la especificidad literaria, en el momento de la ejemplificación,

LETRA INTERNACIONAL

NUMERO 17 (Primavera 1990)

José Andrés Rojo: Manotazos y burbujas.
La década de los ochenta.

Ingo Kolboom: Ser alemán.

Karl Schögel: Condiciones berlinesas.

Stefan Heym: Mi prima la bruja.

Friedrich Dieckmann: Fiesta de paz.

Juan Carlos Vidal: Invierno en Varsovia.

Leonardo Sciascia: El sicario y la señora.

Vincent Canby: Vivir sin enemigos.

Antonio Cisneros: El fin de la inocencia.

Percy Kemp: Los nuevos traidores de John

Le Carré.

Eugenio Trias: La dialéctica del límite
como doctrina de la verdad y el error.

Ursula K. Le Guin: La hija de la pescadora.

Dorothy Parker: El coste de la vida.

Lourdes Ortíz: Yo a las cabañas bajé.

Annie Dillard: La vida de la que escribe.

María Kodama: Leouor.

Ana Rossetti: Los siributos de la poesía.

Aliza Erza: Poemas de agenda.

Eduardo Subirats: Antarquitecturas.

Francisco F. Longoria: La reinversión de la ciudad.

Vicente Verdú: Arquitectura y barbarie.

Jean Pierre Estrampes: La Exposición

Internacional como utopía contemporánea.

Antonio Fernández-Alba: El espacio

urbano como mediación simbólica.

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

Sklovski recurre a fragmentos de Tolstoi, Gogol y Pushkin y a algunos cuentos y adivinanzas populares.¹⁹ "Bajo la mirada de la ciencia in-diferente" — según la feliz, y nietzscheana, expresión de Barthes²⁰ —, son tan literarios los elementales juegos adivinatorios como los episodios de *Guerra y paz*. Todos fueron creados por medio de procedimientos cuya finalidad es asegurar una percepción "desautomatizada", y eso, para el ojo del científico, es lo único notable. ¿Pero Borges, que estima tan poco a la indiferencia tratándose de los estudios literarios²¹, ¿qué tiene que ver con esto? Es verdad, casi nada.

Releamos "Séneca en las orillas"²². Las inscripciones de carro son elevadas a objeto de la retórica. ¿O habría que decir, mejor, que la retórica es rebajada a un censo de "chirrolas" expresivas? El proyecto es de parodia, como se puede leer. Borges se burla de los procedimientos taxonómicos de la retórica, abusando de su generosidad y su paciencia. Reconoce dos nuevos "géneros literarios", que nos advierte no debemos confundir: la inscripción de carro y el nombre de las empresas comerciales ("género que abunda en apretadas obras maestras como la sastrería *El coloso de Rodas* por Villa Urquiza y la fábrica de camas *La dormitológica* por Belgrano"²³), y una "especie definida" dentro del primero: la inscripción de carritos repartidores. Bastaría con considerar esta diferencia de registros (teórico, en un caso; paródico, en el otro) para notar la distancia que separa a Sklovski de Borges. Pero hay más.

Es cierto, como dice Sarlo, que Borges lee las inscripciones de carro "a la manera de la literatura"²⁴. Pero eso no quiere decir que las lea de la manera en que Sklovski lee las adivinanzas eróticas y los cuentos populares: percibiendo sus procedimientos. En Borges, la dimensión de la literatura es la del *encuentro*. Los Kenningar, "los epigramas de corralón", las estrofas de una milonga o de un tango adquieren dimensión literaria no porque se transformen — bajo una mirada formalista — en una nueva clase de objetos, sino porque participan de una nueva clase de experiencia. Lo literario no es una propiedad — ahora percibida — de esos objetos, sino un modo de relacionarse con ellos. En Borges, la dimensión de la lectura es la de la *experiencia evaluativa* (y no la de la percepción in-diferente). Se lee porque se experimentan atracciones y rechazos (¿caso Borges no habla de "goce" para referirse al lazo que lo une a los kenningar²⁵?). Unos objetos curiosos, marginales, menores, incluso "chabacanos" capturan la atención ("seducción de lo bajo", diría Bataille, otro lector hedónico). Para Borges, que los somete a burla tanto como los toma en serio, esos objetos se convierten en la ocasión para ejercitarse en actividades tan poéticas como los paseos distraídos: para imaginar (un carro, fuerte como el criollo que lo maneja; un carro postergado por el tráfico veloz de la calle Las Heras, que siente su demora como "posesión entera de tiempo, casi de eternidad"²⁶) y para quedarse suspendido, como en un ensueño, a la espera de una respuesta imposible (¿con qué "inflexión de voz eran dichos (los kenningar), desde qué caras, individuales como una música, con qué admirable decisión o modestia"²⁷?).

En un ensayo escrito en 1926, pocos años antes de los primeros publicados en *Sur*, Borges confiesa: "Yo tampoco sé lo que es la poesía, aunque soy diestro en descubrirla en cualquier lugar: en la conversación, en la letra de un tango, en libros de metafísica, en dichos y hasta en algunos versos"²⁸. Pasemos por alto la ironía de "hasta", el juego de inversiones que

él promueve, y retengamos lo siguiente: la literatura está allí donde se la descubre, allí donde se la encuentra, y sobre eso no hay nada que saber (o mejor: lo que se sabe —qué es la literatura en esta ocasión, las razones del encuentro—, se sabe después). Con la indiferencia que pone el botánico en clasificar y describir una planta (¿será la indiferencia su goce?), el formalista responde a la pregunta “¿cómo está construido un texto literario?”. Otra, y en otro tono, es la interrogación que se le impone a Borges en cada descubrimiento (sabemos que hay descubrimiento porque irrumpe esta pregunta): “¿Cómo pueden tocarme estas fantasías, y de una manera tan íntima?”²⁹. (El lector recordará aquí la inscripción de carro que Borges destaca por sobre todas, “el honor, la tenebrosa flor” de su antología). En Borges, la dimensión de la literatura es la de la incertidumbre.

Elementos de preceptiva

Todos hemos leído “El arte narrativo y la magia”, un ensayo de “análisis de los procedimientos de la novela”³⁰. Los problemas de casualidad narrativa sobre los que reflexiona Borges en ese texto pertenecen, aproximadamente, a la clase de problemas que los formalistas rusos llamaban “de motivación”, y sus continuadores estructuralistas “de verosimilitud”. Basta la mención de este ensayo para acordar con Sarlo en que “la interrogación sobre la práctica de la literatura es central”³¹ en la poética de Borges. Pero si el ensayo que se menciona es otro, “Elementos de preceptiva”, y si se mencionan los juicios de Sarlo sobre él, entonces se desencadena el desacuerdo.

Sobre el tejido inadvertidamente clásico de “Elementos de preceptiva”, Sarlo practica una reducción (llamémosla “reducción a poética”³²): un juego de tensiones irresueltas queda reducido en su lectura a un conjunto de afirmaciones; un acto de literatura, a una reflexión sobre ella. ¿El error de Sarlo? Caer en la trampa de la inmediatez de lo dicho, de la evidencia de lo que se dice explícitamente.

Sarlo supone que “Elementos de preceptiva” es “el texto más clásico” de la serie que ella estudia y entiende que la cuestión de la especificidad literaria (la esencialidad del procedimiento) aparece en él “claramente formulada”³³. Claridad y claridad. Estas apreciaciones nos resultan poco convincentes. Pero como apostamos al desvío antes que a la oposición frontal, no diremos que “Elementos de preceptiva” es el menos clásico de esos ensayos, sino que es el más romántico; y en lugar de proponer que las cuestiones esenciales se formulan en él obscuramente, advertiremos que están puesta en una dimensión que no es la de lo visible.

¿Qué encuentra Sarlo en “Elementos de preceptiva”? Como nos suele ocurrir a todos, encuentra lo que buscaba: algunas proposiciones generales (“Ese delicado juego de cambios, de buenas frustraciones, de apoyos, agota para mí el hecho estético. Quienes lo descuidan o ignoran, ignoran lo particular literario”; “Creo en los razonables misterios, no en los milagros brutos”; “La literatura es fundamentalmente un hecho sintáctico”³⁴) y algunos ejemplos en los que se verifica lo que las proposiciones dicen. De lo general a lo particular, de la proposición al ejemplo. Si esto fuera todo, no sabríamos cómo ne-

gar la claridad y la claridad del ensayo de Borges. Pero aquí también hay más.

Comencemos por el título, “Elementos de preceptiva”. Parece imposible imaginar uno más clásico. Pero lo que no tiene nada de clásico es que este sea el título de una breve nota (cuatro páginas en cuerpo menor) publicada en la última sección, la sección suplementaria de una revista. Clásicamente, “Elementos de preceptiva” funciona como nombre de un género: es el título que se da a una clase de manuales o tratados de retórica literaria. Esta discordancia entre el título (tradicional, mayor) y aquello que nombra (marginal, menor), esta primera irrupción de la diferencia (que abre un espacio entre el título y él mismo) ocasiona una perturbación en la lectura, una especie de anticipación fallida que desconcierta al lector. El título nos sorprende, diciendo: “Anuncio que esto que se va a leer es un manual de preceptiva literaria, pero no sé por qué lo anuncio ya que esto que se va a leer (la nota que está aquí abajo) no es, evidentemente, un manual de preceptiva literaria”.

Diferencia y repetición. El primer momento del ensayo profundiza la grieta por la que se desbarrancan las certidumbres del lector. Después de transcribir el comienzo de una milonga que conoció unos años atrás, “en un almacén de campaña cerca del Arapey”, y que quedó grabada en su memoria, Borges declara su propósito: distinguir las operaciones de ese “modesto espécimen literario”, los efectos que la estrofa produce en él, sin ceder a las inútiles valoraciones (“quererla por ingenua o despreciarla”). A continuación sigue el análisis, que consiste en un comentario moroso, verso por verso. A su término, la conclusión: “Hasta aquí el examen. No lo emprendí para simular virtudes secretas en la destartada milonga, sino para ilustrar las actividades que puede promover en nosotros cualquier forma verbal. Ese delicado juego de cambios, de buenas frustraciones, de apoyos, agota para mí el hecho estético. Quienes lo descuidan o ignoran, ignoran lo particular literario”³⁵. Esto es lo que Borges dice antes y después de ejecutar la lectura. Y esto es lo que retiene Sarlo, que cree que Borges dice lo que dice: “No puede resultar sorprendente [dados sus intereses formalistas] que el análisis de la ‘chabacana milonga’ sea un inventario sintáctico-semántico de las ‘sorpresas’ que proporciona al lector. Análisis de los desvíos, realizado para demostrar ‘las actividades que puede promover cualquier forma verbal’”³⁶. Lo que no puede dejar de sorprendernos es que Sarlo dé por sentado que Borges analiza esta milonga, este fragmento de poesía de las orillas, como si se tratara de uno cualquiera, de uno entre otros, sin advertir que, aunque él dice dejarlas fuera, en su forma más elemental: el adjetivo, las valoraciones entraron en juego. De “modesta”, la milonga pasa a ser considerada “chabacana” y “destartada”. El que ocupa a Borges es algo más que un espécimen popular y menor que, por haber sido escrito desde la preocupación por el procedimiento, puede ser puesto junto a la literatura culta y mayor (el *Paraiso perdido*, Cummings). Tal vez la eficacia de la milonga dependa de las técnicas con que fue producida. De lo que no cabe dudas es de que ella es horrible. La referencia puntual e innecesaria a la situación en la que conoció a ese “especimen” y a las condiciones en las que lo transcribe (“la repito con la seguridad de no equivocarme”) no pueden no hacernos pensar que tampoco en esta ocasión Borges está dis-

puesto a prescindir de la propia convicción y de la propia emoción.

¿Podemos imaginar a Sklovski refiriendo las circunstancias en las que conoció alguna de las adivinanzas eróticas que analiza en "El arte como procedimiento"? ¿Podemos imaginarlo deteniéndose en una adivinanza de mal gusto, a él, que pide disculpas al lector cuando sus ejemplos son "groseros"? Más difícil aún nos resulta imaginar que un análisis formalista se realice de acuerdo a un impulso irónico. Releemos el examen de la milonga que ejecuta Borges:

"Una vez había dos globos. En este verso, la inauguración oficial de los cuentos de hadas —la equivalencia criolla del *érase una vez* español— prepara la mención de los globos, que figuran más bien entre los encantos del siglo diecinueve. Este feliz anacronismo sentimental es el primer "efecto" de la milonga. Si Gracián la hubiera perpetrado, yo recelaría otro peor: una discordia espuria entre la soledad de la vez y la dualidad de los globos.

"Y no sabía en cuál subir. Segundo desvío. De golpe, el hecho intemporal del verso anterior se nos convierte en un increíble rasgo biográfico.

"Al punto me dirigí. Tercer desvío. Brusca determinación no esperada.

"Al del viaje de cien años. Cuarto desvío, por donde se viene a saber que el inocente compadrito de la milonga ya conocía los globos y que el destino de uno era una expedición venerable, que confiere (o requiere) longevidad en quienes la acometen. Se calla el derrotero del otro, no menos admirable sin duda.

"Que me llevó a un país extraño. Sorpresa negativa, sorpresa de que no haya sorpresa, porque un *país extraño* es lo menos que puede justificar ese viaje.

"Donde las mulas ladraban. Aquí se aborda por primera vez una maravilla directa —claro que con pobre fortuna. Mulas ladraban quiere ser una incongruencia total, pero se libra felizmente de serlo, por la común conotación de rencor que hay en las dos palabras."⁸

¿Qué tiene de "feliz" y de "sentimental" el anacronismo del primer verso, qué de "increíble" el rasgo autobiográfico del segundo, qué de "venerable" y "admirable" el viaje del cuarto? Si esta profusión de adjetivos sublimes, excesivos, inadecuados en relación a los sujetos a los que se aplican no basta como prueba de que Borges simula "virtudes secretas en la destaralada milonga", de que está obrando paródicamente a la manera de cierta crítica, volvamos sobre las puntuaciones del tercero y del quinto verso: ¿cómo hablar de "desvíos", de "sorpresas" e incluso —reducción al absurdo— de "sorpresa de que no haya sorpresa", cuando es ostensible que el lector no anticipa ni espera nada? En un quiasmo de seguro involuntario, Borges da sus golpes más eficaces, los de mayor intensidad irónica, en el análisis del primero y último verso: un desvío sintáctico-semántico que provoca un efecto de sorpresa en el lector (lo que él anticipaba una comparación entre términos valiosos se transforma, sobre la marcha, en la comparación de dos términos despreciables) y una coherente e inverosímil asociación de sentidos que convierte en otro "efecto" feliz a una incongruencia que no tiene ninguna importancia que lo sea.

Cuando hablamos de intensidad e impulso irónicos, pensamos en la forma más "simple" de ironía, la que Juan B. Ritvo llama "vulgar"⁹ (para distinguirla de otras más específicas): dar a entender lo contrario de lo que se afirma explícitamente. Borges dice que describe el funcionamiento formal de la milonga sin simular que ella posee virtudes secretas, pero al confrontar la insignificancia de cada verso con la riqueza de significaciones que él le descubre, entendemos que le está inventando valores mientras simula describirla. Como el que miente de la forma más inverosímil, para que no tomemos por verdad su mentira, para que sepamos que él miente y que sabe que lo sabemos; Borges simula que está simulando: abre una distancia tan ostensible entre el texto "tutor" y su paráfrasis que el juego de la simulación se hace evidente. Cuando nos situamos en ese lugar hacia el que la estrategia irónica apunta, el ensayo nos susurra: "digo que describo procedimientos cuando en realidad invento valores, pero los invento de un modo tan excesivo (con tan poco disimulo) que no dejo lugar a dudas de que estoy inventando. No quiero que crean que me han desenmascarado, quiero que sean mis cómplices en este juego".

Aquí nos precipitamos en una primera conclusión (primera, porque es lo primero que se nos ocurre, porque ya se nos ocurrió antes): no es literario el "especimen" sino el juego al que da lugar: no encontramos a la literatura en la milonga —que además de ser "chabacana" carece de virtudes formales— sino en el juego doble de simulación. Antes de convencernos de que ya lo hemos dicho todo, recibimos una última señal del ensayo: no cualquier "especimen" puede ser



NUMERO 42 (Invierno 1991)

- Ramón Obols. El conflicto del Golfo.
- Alejandro Cercas. Socialistas y medio ambiente.
- Lucio Colletti. Los comunistas Italianos.
- Carmen González. Las democracias del Este
- Jorge Castañeda. Latinoamérica y la guerra fría.
- François Furet. La disgregación comunista

Suscripción anual: 1.400 ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 38010 Madrid

la ocasión de tal juego. Es necesario que carezca absolutamente de belleza, que su sintaxis sea excesivamente torpe, como para que un elogio de él resulte, a todas luces, insostenible, una burla manifiesta. Tan desagradable y torpe como para que no se lo pueda borrar de la memoria, para que no se puedan olvidar las circunstancias en que se lo conoció. Porque sus delicadezas formales son inexistentes, la milonga pertenece a la literatura: es *condición* de su experiencia. Sólo una fealdad extrema puede ser tan atractiva y memorable como la más espléndida belleza. Aquí llamamos literatura a esa fuerza de atracción.

Si "Elementos de preceptiva" terminase donde termina el comentario de la milonga, estaríamos en condiciones de sustituir una certidumbre por otra: este no es un ensayo de poética sino de parodia, más próximo a las *Crónicas* de Bustos Domecq y a los elogios que Carlos Argentino Daneri se dirige a sí mismo que a un manifiesto formalista. Pero "Elementos de preceptiva" continúa, y lo que sigue está escrito en otro(s) registro(s). De la ironía que domina en el primer momento, apenas si encontramos un eco ligero en el segundo (el comentario de dos versos del tango "Villa Crespo"), y en los análisis que siguen (de un verso del *Paraíso Perdido*, una estrofa de Cummings y un cartel callejero) el impulso irónico parece haberse extinguido por completo. Sin la espectacularidad del comienzo, tan discreto como para que dudemos de su existencia, ese impulso reaparece por última vez en la afirmación que cierra el ensayo: la literatura "es accidental, lineal, esporádica y de lo más común"⁴⁰. En los párrafos que preceden a esta frase (aquellos en los que Borges propone la anterioridad de una estética "de los diversos momentos" por sobre la "de las obras"), todo es seriedad, ausencia de juegos indirectos.

Para Sarlo, "Elementos de preceptiva" es un "artefacto heterogéneo" porque es heterogénea la procedencia de los ejemplos a los que recurre Borges. (De esa heterogeneidad queda poco cuando se entroniza al procedimiento en punto de referencia: sin importar el contexto del que son extraídos, porque habitan en un espacio homogéneo, los ejemplos se vuelven equivalentes. No por azar, la "coherencia" y la presuposición del "sistema" son los conceptos-valores a los que apela Sarlo⁴¹). Para nosotros, la heterogeneidad del ensayo es irreducible porque se localiza no en los ejemplos, sino en el modo de su presentación. Dentro de sus límites, los límites de una dispersión excéntrica, "Elementos de preceptiva" complica dos fuerzas enunciativas diferentes, sin reducir la una a la otra (todos los enunciados del ensayo son paródicos; todos son serios) ni las dos a una tercera (alguna instancia de síntesis). En él se afirman dos acontecimientos enunciativos divergentes, y se los afirma de un modo tal que es la divergencia misma —en su valor positivo— lo que se afirma. "Nos referimos a una operación según la cual [dos modos de enunciación, dos registros enunciativos] son afirmados *por* su diferencia, es decir, no son objetos de afirmación simultánea sino en la medida en que su diferencia es también afirmada, es afirmativa."⁴² Borges dice en serio, Borges dice en broma, y en la distancia que se abre entre uno y otro decir, los opuestos, como opuestos, en tanto se oponen, se comunican. "Resonancia entre dispares" dice Deleuze⁴³, para dejar en claro que no se trata de una identidad de los contrarios. A esta incertidumbre de la enunciación, a es-

ta inestabilidad del sentido, la lectura, complicada en el juego de la diferencia, *responde* afirmando lo incierto e inestable: mostrando que si se quiere fijar un enunciado (como serio o paródico), no se puede evitar que él continúe moviéndose en su lugar bajo la sospecha de que disimula un aspecto diverso.

En este diálogo de la literatura con ella misma, diálogo entre dos incógnitas que poco se parece a la reflexión, la cuestión formalista no es más que un señuelo para atraernos hacia la discusión de otra más esencial: la de la *forma* del ensayo. Tal como la acabamos de describir (una complicación de lo diferente sin mediación), la forma de "Elementos de preceptiva" es la ironía, pero ya no en su sentido "vulgar", sino en el que le daban los románticos alemanes: "La ironía es la forma de la paradoja" (Friedrich Schlegel)⁴⁴. Una forma que "comienza a separarse como película delgada del contenido que, sin embargo, no cesa de formar: (que) se desdobra entre el acto de constituir un cierto y determinado contenido y la contemplación burlona de ese mismo acto"⁴⁵. Para decir lo que es la literatura, la identidad de lo "particular literario", Borges opta por un exceso desconcertante: ¿debemos entender que su alegato formalista es sólo una broma?, ¿lo es por completo?, ¿acaso no hay en este ensayo algo que podamos tomar absolutamente en serio?, ¿cómo saber, sin dejarnos librados a nuestras creencias, dónde está lo serio y dónde lo paródico? Una forma excesiva para un contenido insuficiente. La atracción y el rechazo entre dos registros enunciativos y la ausencia de fundamento. "Esto es la literatura, lo digo en serio. Esto es la literatura, lo digo en broma. Esto es la literatura, ¿lo digo en serio o en broma?"

En cuestiones de literatura, cuando la literatura se vuelve un cuestionamiento de sí misma, parece no haber más que un precepto elemental: cada cual según su juego.

⁴⁰ En un trabajo publicado en Montevideo en 1955, Emir Rodríguez Monegal sitúa los ensayos en el conjunto de la obra borgiana de este modo: "Tal vez estas especulaciones metafísicas o teológicas de Borges carezcan de todo valor filosófico. Es probable que Borges no haya agregado una sola idea nueva, una sola intuición perdurable, al vasto corpus compilado por occidentales y orientales desde las meditaciones de los presocráticos o de las pasivas alucinaciones de Buddha. Pero son fundamentales para comprender el sentido último de su obra creadora. (...) Es evidente que sin examinar estas complejidades es imposible situar precisamente la obra creadora de este singular escritor" ("Borges: teoría y práctica", en *Número*, Nº 27, diciembre de 1955: pág. 137). Para probar que se puede sustituir el léxico sin variar el discurso, casi treinta años después, Rodríguez Monegal insiste: "estas especulaciones (metafísicas o teológicas) son fundamentales para comprender cómo ha sido producida su obra, en qué campo cultural se inscribe, de dónde arrancan sus figuras, sus tópicos" (*Borges por él mismo*, Barcelona, Editorial Laia, 1984; pág. 53). Es un ejemplo de tantos que se podrían dar, pero no uno entre otros: como se sabe, Rodríguez Monegal es uno de los "intérpretes oficiales" de Borges.

⁴¹ Así, por ejemplo, las comunicaciones de Jaime Alazraki sobre la "estructura oximorónica" de algunos ensayos borgianos (que demuestran que Borges fue tan original en la construcción de formas ensayísticas como en la de formas narrativas); así también los trabajos de Graciela Montaldo sobre la ensayística borgiana de la década del '20 (que testimonian cómo Borges, además de enunciar un programa poético y un proyecto ideológico, inventó, en sus primeros libros, una nueva forma de practicar la crítica). Cfr. las *Referencias bibliográficas* al final de este trabajo.

⁴² En esta dirección polémica situamos *Las Letras de Borges* de Silvia Mollay (los momentos de ese libro en los que la autora se ocupa de Borges en-

sayista) y los ensayos de Juan B. Ritvo, Sergio Cueto y Luis Peschiera. Cfr. las *Referencias bibliográficas*.

⁴ Antes de ser escrito, este trabajo fue expuesto en un seminario sobre "Borges: ensayo e ironía", dictado en la Facultad de Humanidades y Artes de la U.N.R. durante 1990.

⁵ Buenos Aires, noviembre de 1982; págs. 3-6.

⁶ Beatriz Sarlo, op. cit., pág. 4.

⁷ Idem; pág. 5.

⁸ Idem.

⁹ En "Ascasubi" en *Inquisiciones*, Buenos Aires, Editorial Proa, 1925; pág. 56.

¹⁰ En "La felicidad escrita", en *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Editorial Gleizer, 1928; pág. 45.

¹¹ En "Para el centenario de Góngora", en *El idioma de los argentinos*, ed. cit., pág. 124.

¹² Fd. cit.; pág. 158.

¹³ Nº 22, Buenos Aires, julio de 1935 (recogido en *Páginas de Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Editorial Celta, 1982; págs. 138-142).

¹⁴ En *Discusión*, Buenos Aires, Editorial Emecé, 1966, 4a. ed.; págs. 45-50.

¹⁵ "Los hábitos literarios ingleses rechazan con parejo rigor la diatriba y el ditirambo, pero la indiferencia y la fatiga son perceptibles. El hombre Swinburne interesa muy poco. La pésima costumbre contemporánea de reducir la obra a un mero documento del hombre, a un puro testimonio de orden biográfico, ha deformado la valoración de la obra. (...) No hay biógrafo de Swinburne que no deplora la pobreza de la biografía de Swinburne. Vida y muerte le han faltado a esa vida, parecen decir todos. Olvidan su opulencia intelectual: su lúcida invención y afinación de melodías verbales" (En "Swinburne", en *Sur*, Nº 33, Buenos Aires, julio de 1937; recogido en *Páginas de Jorge Luis Borges*, ed. cit.; págs. 157-58). "Hará veinte años clasificábamos a los poetas por la omisión o por el manejo de la rima; ese criterio (sin duda, insuficiente y parcial) tenía por lo menos la virtud de señalar una diferencia retórica. Ahora se prefieren las distinciones religiosas o políticas: interminablemente oigo hablar de poetas marxistas, neotomistas, nacionalistas. En 1831 observó Macaulay: 'Hablar de gobiernos esencialmente protestantes o esencialmente cristianos es como hablar de repostería esencialmente protestan-

te o de equitación esencialmente cristiana". No menos irrisorio es hablar de poetas de tal secta o de tal partido. Más importante que los temas de los poetas y que sus opiniones y convicciones es la estructura del poema; sus efectos prosódicos y sintácticos" ("Prólogo" a la *Antología poética argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1941; recogido en *Páginas de Jorge Luis Borges*, ed. cit.; pág. 165).

¹⁶ En op. cit.; pág. 5.

¹⁷ "El ejercicio intelectual es hábil para establecer la virtud de estas artimañas retóricas (metáforas y antítesis), ya que todas ellas estriban en un nexo o ligamen que anuda dos conceptos y cuya adecuación es fácil examinar. La viabilidad de una metáfora es tan averiguable por la lógica como la de cualquier otra idea, cosa que no le acontece a los versos que un anchuroso error llama sencillos y en cuya eficacia hay como un fiel y cristalino misterio" (En "Menoscabo y grandeza de Quevedo", en *Inquisiciones*, ed. cit.; págs. 42-43); "Juzgado por los preceptos de la retórica, no hay estilo más deficiente que el de Cervantes. Abunda en repeticiones, en languideces, en hiatos, en errores de construcción, en ociosos o perjudiciales epítetos, en cambios de propósito. A todos ellos los anula o los atempera cierto encanto esencial. Hay escritores —Chesteron, Quevedo, Virgilio— integralmente susceptibles de análisis, ningún procedimiento, ninguna felicidad hay en ellos que no pueda justificar el retórico. Otros —De Quincey, Shakespeare— abarcan zonas refractarias a todo examen. Otros, aún más misteriosos, no son analíticamente justificables. (...) A esta categoría de escritores que no puede explicar la mera razón pertenece Miguel de Cervantes" (En "Prólogo" a las *Novelas ejemplares*, Buenos Aires, Editorial Emecé, 1946; recogido en *Prólogos*, Buenos Aires, Editorial Torres Agüero, 1975; pág. 45).

¹⁸ En "Modos de G. K. Chesterton", en el párrafo que sigue a aquel en el que declara su admiración por las virtudes retóricas del escritor inglés, Borges se lamenta de que en sus poemas los procedimientos sean demasiado evidentes: "Han sido ejecutados con esplendor (los poemas), pero se nota demasiado en ellos el argumento. Se nota demasiado la distribución, el andamio" (ed. cit.; pág. 142). Cuando la exigencia de ir contra una interpretación que devino norma cede, cuando ya se ha disipado el fantasma del humanismo, el criterio de valoración se modifica.

¹⁹ Cfr. "El arte como artificio", en A.A.V.V.: *Teoría de la literatura de los*



NUEVA SOCIEDAD

MARZO-ABRIL 1991

Director: Alberto Koschütze

Nº 112

Jefe de Redacción: Sergio Chejfec

COYUNTURA: Carmen Sofia Brenes. Guatemala. La transición no ha concluido. Raúl Leis. Panamá. La democracia prometida. Alberto Acosta. Ecuador. La realidad de una fantasía.

ANÁLISIS: Samir Amin. El problema de la democracia en el Tercer Mundo contemporáneo. René Fregosi. Los caminos azarosos de la democracia. El Paraguay en febrero. José Carlos Rodríguez. Los laberintos de la obediencia. Paraguay 1954/1989. Yamandú González Sierra. Reglamentación de la hurra. t. Espada de Damocles y resistencia.

POSICIONES: Apolinar Diaz-Callejas. El Estado de sitio ante la Constituyente colombiana.

LIBROS

TEMA CENTRAL: Eugenio Raúl Zaffaroni. Aspectos prácticos del derecho internacional americano de los derechos humanos. Eduardo Rodríguez M. Pluralismo jurídico. ¿El Derecho del capitalismo actual? Rosa del Olmo. La internacionalización jurídica de la droga. T. Miguel Pressburger. Justicia agraria. La tierra para el que atropella. Emilio García Méndez. Niño abandonado, niño delincuente. Lucila Larrandart. Avance policial y justicia selectiva. Alejandro del Palacio Diaz. Eficacia y reformas constitucionales. Roberto Bergalli. La quiebra de los mitos. Independencia judicial y selección de los jueces.

SUSCRIPCIONES

(Incluido flete aéreo)

América Latina

Resto del Mundo

Venezuela

ANUAL

(6 núms.)

US\$ 20

US\$ 30

Bs. 300

BIENAL

(12 núms.)

US\$ 35

US\$ 50

Bs. 500

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

formalistas rusos, México, Editorial Siglo XXI, 3a. ed., 1978; págs. 55-70.

²⁰ En *S/Z* Madrid, Editorial Siglo XXI, 1980; pág. 1.

²¹ Del editor de una desconocida antología poética, Borges dice: "Creo percibir en él esa resignación peculiar de los historiadores de la literatura y de los filólogos que admiten y clasifican todos los libros como la astronomía clasifica todos los astros y la paciente y generosa dermatología todos los males de la piel" (En "Dudley Fitts: *An anthology of contemporary Latin American Poetry*", en *Sur*, N° 102, Buenos Aires, marzo de 1943). Borges dibuja una transversal irónica, la vía para una risible interdisciplinaria: cuando obedecen a los imperativos de la ciencia, los discursos teórico e histórico se alejan de la literatura para acercarse a la dermatología.

²² En *Sur*, N° 1, Buenos Aires, verano de 1931.

²³ *Idem*, pág. 176.

²⁴ *Op. cit.*, pág. 4.

²⁵ "Noticia de los kenningar", en *Sur*, N° 6, Buenos Aires, otoño de 1932; pág. 208.

²⁶ "Séneca en las orillas", *ed. cit.*; pág. 175.

²⁷ "Noticia de los kenningar", *ed. cit.*, pág. 207.

²⁸ "Ejercicio de análisis", en *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Editorial Proa, 1926; pág. 107.

²⁹ "Prólogo" a Ray Bradbury: *Crónicas marcianas*: recogido en *Prólogos*, *ed. cit.*; pág. 26.

³⁰ "El arte narrativo y la magia", en *Sur*, N° 5, Buenos Aires, verano de 1932; pág. 172.

³¹ En *op. cit.*, pág. 4.

³² En el sentido en que Michel Foucault habla de "reducción a sistema", en "Lo que digo y lo que dicen que digo" (*El viejo topo*, Barcelona, enero-febrero de 1979; págs. 28-29).

³³ *Op. cit.*; pág. 5.

³⁴ "Elementos de preceptiva", en *Sur* N° 7, Buenos Aires, abril de 1933; págs. 159, 160 y 161 respectivamente.

³⁵ *Idem*, pág. 159.

³⁶ Beatriz Sarlo: *op. cit.*; pág. 5.

³⁷ Víctor Sklovski: *op. cit.*; pág. 61.

³⁸ "Elementos de preceptiva", *ed. cit.*; págs. 158-59.

³⁹ En "Mediación y repetición" (2a parte), en *Conjetural*, N° 14, Buenos Aires, noviembre de 1987; pág. 38 y ss. Entre otros, el ensayo de Ritvo tiene el mérito de llamar la atención sobre la complejidad y la problematización de esta forma aparentemente "simple" de la ironía. El enigma de la ironía "vulgar" es, según Ritvo, "el sentido llamado directo. El alcance irónico ¿consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice o en disimular lo que se dice dando a entender, muy ostensiblemente, su contrario?" (pág. 39). El lector encontrará repercusiones de esta pregunta en lo que sigue de nuestro trabajo.

⁴⁰ "Elementos de preceptiva", *ed. cit.*; pág. 161.

⁴¹ "¿Qué significa este conjunto?", se pregunta Sarlo a propósito de la diversidad entre los ejemplos, para responder: "Significa que Borges ya ha completado, de algún modo, el sistema de su literatura. En 1933 y en *Sur*, armó ese artefacto heterogéneo (de Milton a la poesía popular de las orillas) al que su obra ha dotado de una coherencia que hubiera parecido, a priori, imposible" (en *op. cit.*; pág. 5).

⁴² Gilles Deleuze: *La lógica del sentido*, Barcelona, Editorial Paidós, 1989; pág. 179.

⁴³ *Idem*.

⁴⁴ En "Fragmentos", en A.A.V.V.: *Los románticos alemanes*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

Un tiempo después de haber sido escrito este trabajo, el Profesor Darío González me pone en conocimiento de dos ensayos en los que se sugiere un parentesco entre la ironía borgiana y la que practicaron los románticos alemanes: "El último de los exquisitos" de E. M. Cioran y "Borges filósofo" de Louis Vax (Cfr. *Referencias bibliográficas*). Del primero de esos ensayos —uno de los textos que mayor justicia hace a la obra de Borges, transcribo un momento: "El juego en Borges recuerda la ironía romántica, la exploración metafísica de la ilusión, el malabarismo con lo ilimitado. Friedrich Schlegel, hoy en día, se halla adorado a la Patagonia..."

⁴⁵ Juan B. Ritvo: *op. cit.*; pág. 41.

Referencias bibliográficas

ALAZRAKI, Jaime: "Estructura oximorónica en los ensayos de Borges", en A.A.V.V.: *Asedio a Jorge Luis Borges*, Barcelona, Editorial Ultramar, 1982; págs. 117-128.

—: "Borges: una nueva técnica ensayística", en *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*, Toronto, Universidad de Toronto, 1970; págs. 137-143;

—: "Tres formas del ensayo contemporáneo: Borges, Paz, Cortázar", en *Revista Iberoamericana*, N° 118-119, enero-junio de 1982; págs. 11-20.

BORGES, Jorge Luis: *Inquisiciones*, Buenos Aires, Editorial Proa, 1925.

—: *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Editorial Proa, 1926.

—: *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Editorial Gleizer, 1928.

—: *Discusión*, Buenos Aires, Editorial Emecé, 4a. ed., 1966.

—: *Prólogos*, Buenos Aires, Editorial Torres Agüero, 1975.

—: *Páginas de Jorge Luis Borges*. Seleccionadas por el autor, Buenos Aires, Editorial Celta, 1982.

—: "Séneca en las orillas" (en *Sur*, N° 1, Buenos Aires, verano de 1931; págs. 174-179); "El arte narrativo y la magia" (en *Sur*, N° 5, verano de 1932; págs. 172-179); "Noticia de los Kenningar" (en *Sur* N° 6, otoño de 1932; págs. 202-208); "Elementos de preceptiva" (en *Sur*, N° 7, abril de 1933; págs. 158-161); "Dudley Fitts: *An anthology of contemporary Latin American Poetry*" (en *Sur*, N° 102, marzo de 1943).

CUETO, Sergio: "Fragmentos sobre la entonación ensayística", en Sergio Cueto y Alberto Giordano: *Borges y Bioy Casares ensayistas*, Rosario, Ediciones Paradoxa, 1988; págs. 17-27.

CIORAN, E. M.: "El último de los exquisitos", en A.A.V.V.: *Destiempo de Borges*, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, N° 188, México, agosto de 1986; pág. 70.

DELEUZE, Gilles: *La lógica del sentido*, Barcelona, Editorial Paidós, 1989.

GIORDANO, Alberto: "Borges ensayista: avatares de la lectura", en *La pipirola*, N° 2 y 3, Buenos Aires, diciembre de 1987 y abril de 1988; págs. 54-56 y 43-46 respectivamente.

—: "El ensayista argentino y la tradición", en Sergio Cueto y Alberto Giordano: *Borges y Bioy Casares ensayistas*, Rosario, Ediciones Paradoxa, 1988; págs. 5-16.

MONTALDO, Graciela: "Los ensayos del joven Borges", en *Espacios* N° 6, Buenos Aires, octubre-noviembre de 1987; págs. 20-22.

—: "Borges: una vanguardia criolla", en A.A.V.V.: *Irigoyen, entre Borges y Arlt*, Tomo VII de la *Historia social de la literatura argentina*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1989; págs. 215-228.

MOLLOY, Silvia: *Las letras de Borges*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1979; págs. 20-24, 172 y ss. y 184 y ss.

REST, Jaime: *El laberinto del universo*. Borges y el pensamiento nominalista, Buenos Aires, Editorial Librerías Fausto, 1976.

RITVO, Juan B.: "El filósofo sublime", en *Sitio*, N° 4/5, mayo de 1985; págs. 71-73.

—: "Mediación y repetición", en *Conjetural*, N° 10 y 14, Buenos Aires, agosto de 1986 y noviembre de 1987; págs. 55-66 y 33-46 respectivamente.

RODRIGUEZ MONEGAL, Emir: "Borges: teoría y práctica", en *Números*, N° 27, diciembre de 1955.

—: *Borges por él mismo*. Barcelona, Editorial Laia, 1984; págs. 49-72.

SARLO, Beatriz: "Borges en *Sur*: un episodio del formalismo criollo", en *Punto de Vista* N° 16, Buenos Aires, noviembre de 1982; págs. 3-6.

PESCHIERA, Luis: "Nueve ensayos borgianos", en A.A.V.V.: *Borges juegos de lectura*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1988; págs. 27-30.

VAX, Louis: "Borges filósofo", en A.A.V.V.: *J. L. Borges*, Buenos Aires, Editorial Freeland, 1978; págs. 97-104.



Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina



Néstor García Canelini

¿Por qué existen tantas disciplinas para estudiar la cultura? La hipótesis de partida de este texto es que la proliferación de tendencias es resultado de problemas no resueltos en la investigación que dificultan construir un modelo teórico y un conjunto coherente de estrategias de conocimiento ampliamente compartidos. Pero las divergencias derivan también de las condiciones sociopolíticas y las tradiciones institucionales separadas en que se practican las ciencias sociales.

¿Cómo organizar el tratamiento conjunto de las variadas condiciones epistemológicas y sociales en que se desarrollan los estudios sobre cultura? Más que dar una visión enciclopédica sobre la multiplicación de trabajos, me interesa encarar algunas encrucijadas de la investigación. Para hacerlo sugiero como segunda hipótesis que las diferencias entre sociología y antropología tienen su núcleo, actualmente, en una incompatibilidad entre sus concepciones sobre lo tradicional y lo moderno. Es necesario analizar tanto la inconmensurabilidad de sus enfoques como los intentos por superarla para ver si es

posible sacar a los estudios culturales de su situación preparadigmática, en el sentido kuhniano, o al menos establecer por qué es difícil, cuando se analiza la cultura, saber de qué estamos hablando. A partir de esta discusión buscaremos describir cómo se está reformulando hoy el papel de la investigación sobre cultura en la crisis de crecimiento académico y socioeconómico de América Latina.

De las humanidades a las ciencias sociales

Si bien nuestro objetivo no es aquí trazar la historia de los estudios latinoamericanos sobre cultura, conviene recordar que las trayectorias de la antropología y la sociología en relación con ella tienen muy diversa duración y estrategias divergentes. Hasta mediados de nuestro siglo, cuando las cuestiones culturales eran ocupación casi exclusiva de escritores y filósofos, los antropólogos fueron los únicos científicos sociales que las consideraron sistemáticamente como parte de los procesos sociales. Al estudiar los pueblos indígenas y campesinos, analizaron los mitos y el folclore con tanta dedicación como las estructuras económicas y políticas. Aun en los años cincuenta y sesenta, cuando la sociología superó su etapa ensayística mediante la investigación empírica de los cambios demográficos y socioeconómicos, relegaba las diferencias

Este texto, así como el de Nelly Richard (p. 5-6 de este mismo número) y el de B. Sarlo (p. 28-31, corregido respecto de la versión original), fue leído en el Congreso de la Latin American Studies Association, abril de 1991, en paneles organizados por Jean Franco sobre los estudios culturales.

culturales como aspectos insignificantes que serían transformados por la modernización. Los antropólogos, entre tanto, se concentraban en las formas propias de simbolización y ritualización de cada grupo, sobre todo de los más "atrasados".

Por otra parte, frente a los especialistas en la cultura de élite —los historiadores del arte y la literatura— la antropología reivindicaba las culturas populares. Su larga familiarización con la problemática cultural dio a los antropólogos una ventaja en relación con la historia, la sociología y otras disciplinas que comenzaron a elaborar un saber científico sobre esta área en los últimos veinte años. Pero la acumulación antropológica de conocimientos, realizada preferentemente en el universo popular tradicional, limitó los aportes de esta disciplina en el análisis cultural de la modernidad.

La formación de la sociología científica en la segunda mitad de nuestro siglo, basada en estudios empíricos realizados en facultades e institutos independizados de las humanidades clásicas, fue concebida como una empresa solidaria de la industrialización y la urbanización de las sociedades latinoamericanas. Para pasar de lo local y tradicional, o sea del "atraso", a las sociedades modernas había que entender las leyes macro-sociales del desenvolvimiento tecnológico y social. En vez de interesarse por las modalidades antiguas de organización y simbolización (el compadrazgo, el parentesco, los mitos), esos "obstáculos al desarrollo", era necesario que los científicos sociales contribuyeran a conocer las migraciones, la relocalización de poblaciones para construir presas o carreteras, la adaptación de la fuerza de trabajo campesina a las relaciones laborales de las empresas y a las estructuras urbanas. En esos cambios vertiginosos, que una visión sesgada sólo atribuía a impulsos tecnológicos y económicos, no había tiempo para entretenerse con los procesos culturales. Únicamente en países con densa composición indígena —particularmente Perú y México— algunos sociólogos vieron como "tarea primordial estudiar y plantear soluciones prácticas a los problemas nacionales, en especial a los de heterogeneidad cultural, centrándose su atención en el problema indígena".¹ Sin embargo, los sociólogos que por esta razón trabajaron como etnólogos y así atenuaron la escisión entre antropología y sociología, juzgaban lo indígena, según dice esta cita, como problema. Su conocimiento de las culturas indias buscaba cómo subordinarlas a un proyecto nacional moderno.

Un punto en común de esos estudios sociológicos con los que hacían los antropólogos indigenistas es que, al analizar la cultura, se dedicaban, más que a precisar las dificultades teóricas y epistemológicas, a discernir el sentido político de la modernización. La obra más creativa de esta época, *El proceso de aculturación*, de Gonzalo Aguirre Beltrán, presenta una elaboración conceptual imaginativa, pero teóricamente precaria, porque su eclecticismo está menos preocupado por justificarse epistemológicamente que por armar un esquema adecuado a su proyecto político: elaborar una "doctrina que guía y aclara los procedimientos y las metas que persigue la acción indigenista".²

¹ Manuel Villa, "Ideología oficial y sociología crítica en México, 1950-1970", México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales - Centro de Estudios Latinoamericanos, *Estudios*, 16, p. 7.

² Gonzalo Aguirre Beltrán, *El proceso de aculturación*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1982, p. 9.

¿Sirve la antropología para estudiar la modernidad?

Al llegar a los años noventa los tabiques entre antropólogos y sociólogos no han caído, aunque sí cambiaron las condiciones políticas y académicas en que se produce el conocimiento. A veces pareciera que la mayor autonomía conquistada por el trabajo científico frente a poderes externos reforzara las distinciones históricas, las prioridades departamentales, las estrategias de crecimiento y prestigio de cada disciplina. Gran parte de la antropología latinoamericana sigue centrándose en su investigación y su enseñanza en la descripción etnográfica de pequeñas comunidades tradicionales. Los estudios culturales privilegian el conocimiento de los rasgos que dan continuidad histórica a un grupo étnico o un pueblo campesino, o representan su resistencia a la modernización. Los pocos textos que se ocupan de las transformaciones tecnológicas, económicas o generadas por la urbanización y la industrialización suelen detenerse más en las amenazas de esas fuerzas, vistas como extrañas, que en explicar los entrecruzamientos entre lo heredado y lo innovador.

Es raro encontrar investigaciones que se pregunten por qué los grupos indígenas adoptan dentro de sus aún llamadas "comunidades" formas de producción capitalista, asimilan con gusto estructuras ideológicas y bienes de consumo modernos: sabemos muy poco cómo usan los indios y campesinos los créditos bancarios y la televisión, cómo se relacionan con los turistas en los mercados y con la información que obtienen cuando van a las grandes ciudades de su propio país o de los Estados Unidos. Conocemos artículos y algunas tesis inéditas que lo tratan, pero al recorrer las investigaciones extensas, los libros sobre estas cuestiones, la obra clásica de Lourdes Arizpe sobre las Marías y la reciente de Catharine Good Eshelman acerca de los productores de amate son excepciones.³

Aun los estudios antropológicos sobre cultura obrera y grupos marginales urbanos repiten, en espacios donde la organización macrosocial y moderna de la vida es insoslayable, el estilo microetnográfico: observación intensiva y entrevistas en profundidad para conocer la dinámica "aislada" de un barrio o un enclave cultural. Las informaciones originales y densas que esta metodología tiene el mérito de proporcionar no logran ascender a visiones complejas sobre el significado de vivir en la ciudad. Lo que dice Eunice Ribeiro Durham respecto de la antropología brasileña es aplicable a toda América Latina: se hace menos "una antropología de la ciudad que una antropología en la ciudad. Se trata de investigaciones que operan con temas, conceptos y métodos de la antropología, pero volcándose al estudio de poblaciones que viven en las ciudades. La ciudad es, por lo tanto, más el lugar de investigación que su objeto".⁴

³ Lourdes Arizpe, *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las "Marías"*, México, SepSetentas, 1979. Catharine Good Eshelman, *Haciendo la lucha. Arte y comercio nahuas de Guerrero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

⁴ Eunice Ribeiro Durham, "A pesquisa antropológica com populações urbanas: problemas e perspectivas", en Ruth Cardoso (org.), *A aventura antropológica*, Sao Paulo, Paz e Terra, 1986, p. 19.

Resulta coherente con este paradigma de estudios —institucionalizado por organismos de investigación y política cultural, por presupuestos especiales y mecanismos propios de prestigio— que el papel principal de los antropólogos en este fin de siglo latinoamericano sea el de críticos de la modernidad. Su rechazo al evolucionismo y el etnocentrismo los induce a ver en las políticas homogeneizadoras de industrialización y reconversión industrial, de integración nacional y subordinación a patrones transnacionales de desarrollo, imposiciones occidentales a las culturas étnicas y locales, de las clases hegemónicas sobre las subalternas, y en los más radicales, simple etnocidio. Como la contradictoria y dependiente modernización latinoamericana ha engendrado vastos dramas —migraciones masivas, desempleo, gigantismo urbano y polución— no faltan datos ni argumentos para cuestionar la identificación cándida de la modernidad con el progreso y de las tradiciones con el atraso. Hay, entonces, un lugar evidente para que los antropólogos se desempeñen como defensores de las culturas indígenas y campesinas, promotores de sus saberes y sus técnicas, no sólo en la academia sino en organismos gubernamentales y privados⁵. Pero también es posible que el pensamiento antropológico sea útil para complejizar el debate sobre la modernidad, simplificado por el “éxito” de las políticas neoliberales: puede incluir en la discusión diferencias culturales no fácilmente reductibles, otros modos de tratar a la naturaleza, impulsar el desarrollo y resolver solidariamente los problemas colectivos.

La pregunta pendiente es si un paradigma que piensa reactivamente la modernidad, que aún dispone de escasos instrumentos teóricos y metodológicos para entender la industrialización (de los bienes materiales y simbólicos), la masificación de los consumos, la reorganización de las culturas nacionales en un mercado transnacional, es capaz de producir un discurso pertinente para intervenir en las crisis contemporáneas.

Comienzan a aparecer en la antropología latinoamericana estudios que logran responder afirmativamente. Encuentro en Brasil algunos ejemplos: el libro de Roberto de Matta, *Carnavais, malandros e heróis. Para una sociología do dilema brasileiro*,⁶ pese al subtítulo es una obra antropológica porque usa las teorías de esa disciplina sobre ritualidad para elaborar —desde la descripción del carnaval— una interpretación de la sociabilidad nacional. Otros estudios innovadores son los que realizaron sobre el patrimonio cultural Antonio Augusto Arantes y Ribeiro Durham⁷, ya que trascienden la óptica conservacionista y fundamentalista, habitual en este campo, y ubican los usos del patrimonio en las polémicas actuales sobre el desarrollo brasileño. Pienso, asimismo, en las obras de Renato Ortiz, que oscilan entre la investigación antropológica de la identidad nacional y cómo se reformulan las tradiciones en medio del avance de las industrias culturales⁸.

⁵ Entre los autores más incisivos cabe mencionar a Arturo Warman, “Modernizarse ¿para qué?”, *Nexos*, 50, febrero de 1982) y Guillermo Bonfil Batalla (*México profundo*, México, Grijalbo, 1990).

⁶ Roberto da Matta, *Carnavais, malandros e heróis*, Río de Janeiro, Zahar, 1980, 2a. edición.

⁷ Antonio Augusto Arantes (org.), *Produzindo o passado. Estratégias de construção do patrimônio cultural*, São Paulo, Brasiliense, 1984.

⁸ Renato Ortiz, *Cultura brasileira e identidade nacional*, São Paulo, Brasiliense, 1987; *A moderna tradição brasileira. Cultura brasileira e indústria cultural*, São Paulo, Brasiliense, 1988.

En la antropología mexicana de la primera mitad del siglo hubo una reflexión sobre la sociedad nacional muy influyente en el diseño de políticas culturales, pero fue interrumpida cuando la antropología se volvió indigenista o se especializó en comunidades locales. Retomaron la preocupación por analizar globalmente a México algunos estudios de la última década, entre los cuales sobresalen dos de orientación muy diversa: el de Guillermo Bonfil antes citado, y un libro de Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*⁹, que se presenta como una obra antropológica, aunque en rigor es una desconstrucción posmoderna del discurso sobre la cultura nacional, y uno queda con las ganas de que esa imaginativa labor desmistificadora fuera acompañada, como corresponde a una investigación antropológica, por una etnografía de las representaciones de la identidad actuantes en las interacciones cotidianas. Los ejemplos mexicanos más recientes de investigación empírica sobre la cultura que a la vez ofrecen una reflexión teórica innovadora provienen más bien de textos que no se dedican centralmente a la cultura, sino a la antropología médica (los de Eduardo Menéndez y María Eugenia Módena), a la antropología política (Esteban Krotz, Silvia Gómez Tagle, Roberto Varela), a problemas del desarrollo y la reproducción social (Larisa Lomnitz, Lourdes Arizpe, Guillermo de la Peña, Mario Margulis) y a cuestiones de género (Lourdes Arizpe, Mary Goldsmith, Martha Lamas, Angeles Sánchez).

Algunos autores plantean explícitamente los problemas teóricos emergentes cuando se analizan los cambios de tradiciones y su reubicación en el México contemporáneo: tal es el caso de las artesanías y las fiestas (Victoria Novelo, García Canciani, Gobi Stromberg), la religiosidad y los mitos (Gilberto Giménez, Eckart Boege). Entre las líneas de investigación actuales que emplean la antropología para análisis macrosociales sobre México, dedicándose especialmente a sus aspectos modernos y complejos, se hallan estudios acerca de políticas educativas y culturales y de su recepción por diversos actores (Jorge González, Eduardo Nivon, Maya Lorena Pérez, Ana María Rosas, Patricia Safa y José Manuel Valenzuela: el hecho de que estos trabajos sean artículos recientes y algunos tesis de postgrado inéditas revela el carácter incipiente de dicha tendencia). Conviene considerarlos si tratamos de entender hacia dónde va la investigación.

¿Puede la sociología pensar juntas la cultura y la modernización?

La sociología científica nace como socia de la modernización. “Cuando don Lucio Mendieta y Núñez era aún licenciado —recuerda Sara Sefchovich— y en los teléfonos se escribía el nombre de la empresa Ericson antes del número, compuesto por cinco cifras, apareció el primer número de la *Revista Mexicana de Sociología*, publicada por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Era el mes de abril de 1939”¹⁰. Eran los años

⁹ Roger Bartra, *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo, 1987.

¹⁰ Sara Sefchovich, “Los caminos de la sociología en el laberinto de la *Revista Mexicana de Sociología*”, *Revista Mexicana de Sociología*, año I.I, N° 1, enero-marzo de 1989.

en que la estabilidad política permitía a México lanzar su desarrollo industrial, confiar que su autonomía iba a afianzarse sustituyendo importaciones y que las fracturas sociales y culturales irían suturándose mediante la integración nacional del mercado y la exportación de sus productos al extranjero. La sociología, como ciencia positiva, que descartaba prejuicios y se consagraba a conocer los hechos, parecía un instrumento clave para decir cómo debía organizarse esta sociedad que se renovaba y expandía.

En los años sesenta, Gino Germani, fundador de la sociología científica en la Argentina y uno de los teóricos más escuchados en el continente, sostenía que estaba acabándose en el mundo la época de las sociologías nacionales, obligadas a diferenciarse por el "el peso de las tradiciones culturales e intelectuales". Un saber caracterizado por la universalidad de conceptos y problemas, explicaba, cuyas diferencias internas se deberán a la especialización para el conocimiento riguroso de lo social, encontrará "crecientes aplicaciones prácticas" para "controlar racionalmente el cambio" en "la transición de la sociedad preindustrial a la industrial". Los dogmas políticos y religiosos, los "valores descriptivos" de los grupos locales y tradicionales, debían ser desechados para que la sociología cumpliera con su vocación histórica, la que le prescribía la racionalidad estructural-funcionalista, entendida en esos tiempos como culminación del saber moderno¹¹.

¿Qué lugar podía tener en esta sociología positivista, hostil a las tradiciones, que juzgaba las diferencias culturales como prejuicios en vías de extinción, el conocimiento del mundo simbólico? Esa parecía una tarea para humanistas. La sociología científica, al dejar el estudio de la cultura en manos de otras disciplinas, fue conformando una situación que podríamos llamar de discrepancia cómplice: los historiadores del arte y la literatura sostenían una estética idealista según la cual los fenómenos creativos no podían explicarse desde teorías que hablaban de determinaciones y regularidades sociales; los sociólogos veían con incredulidad esas pretensiones de la producción artística o no se daban cuenta de que lo que ocurre en el arte y la literatura es mucho más de lo que sucede entre un autor solitario y su obra, es decir, que la producción de bienes simbólicos es sintomática y expresiva de estructuras básicas de la sociedad.

En todo caso, el estudio de la cultura hegemónica no formaba parte de los objetos de investigación sociológica prioritarios en la modernización, ni daba puntos en la carrera por ser reconocido en una disciplina que se profesionalizaba velozmente en torno de objetivos "desarrollistas". En cuanto a las culturas populares, puesto que se las identificaba con rezagos destinados a evaporarse, era mejor dejarlas en manos de los antropólogos, con los cuales también se discrepaba acerca de su valor pero se hacía una distribución cómplice de territorios.

A fines de los años sesenta, sin embargo, comienza a escribirse estudios más o menos sociológicos de la cultura en los que se transgrede esa tendencia. Por una parte, la efervescencia política y social de esa década —nacida en parte del

descontento ante la frustración del desarrollismo— llevó a artistas y escritores a interrogarse no tanto por cómo eran las relaciones entre arte y sociedad, sino por cómo debían ser. En medio de esa bibliografía abrumadoramente voluntarista, algunos historiadores del arte y la literatura fueron situando las utopías y las consignas en descripciones sociológicas sobre las relaciones entre productores, intermediarios y públicos. Menciono como referencias, sin pretensiones de ser equitativo con los que escribieron, los textos de Antonio Cándido, Noé Jitrik, Françoise Perus, Adolfo Prieto, Angel Rama y Roberto Schwarz.

Del lado de la sociología, también surgieron estudios sobre procesos culturales. La influencia ascendente del marxismo redujo primero muchos trabajos a denuncias ideológicas que "explicaban" los bienes simbólicos por sus vínculos con la dominación económica y política: tanto en los textos orientados por la teoría de la dependencia como en los que luego surgieron bajo el estructuralismo marxista la dinámica interna de los campos culturales recibía poca atención. La ventilación renovadora del gramscismo y de la sociología de la cultura francesa (especialmente Pierre Bourdieu) favorecieron un tratamiento más complejo que reconocía lo específico de las culturas populares y de cada campo de producción cultural. Sin embargo, los estudios marxistas más cuidadosos con la diversidad empírica de los procesos simbólicos —que lograron contrarrestar el énfasis exagerado en la cultura como escenario de dominación— fueron, más que los sociológicos, los realizados por antropólogos. En la última década la elaboración antropológica del gramscismo italiano (Alberto Cirese, Lombardi Satriani, Amalia Signorelli) tuvo eco también en la sociología y los estudios comunicacionales. De hecho, la obra más importante como reformulación de la problemática de la dominación y la manipulación en términos de hegemonía cultural es la de un autor que trabaja en forma transdisciplinaria: Jesús Martín Barbero¹².

A diferencia de los autores marxistas, dedicados a cuestionar las contradicciones y los tropiezos de la modernización en los países dependientes y en las clases populares, algunos sociólogos de formación estructural funcionalista realizaron estudios sobre la cultura como expresión de la modernización. Sus investigaciones tienen, además, el interés de haber ensayado las herramientas "duras" de la sociología (encuestas, etc.) en el análisis de procesos simbólicos. ¿Por qué a ciertos sociólogos se les ocurrió explorar las leyes de las vanguardias artísticas, precisamente las obras que no querían someterse al mercado, los gestos que rehusaban ser acciones eficaces, experiencias destinadas a subvertir la regularidad social? Me acuerdo de los estudios precursores de Regina Gibaja, Martha F. de Slemenson y Germán Kratochwill —miembros del organismo que encabezaba la modernización de la sociología en la Argentina, el Instituto Di Tella— que buscaron descubrir la lógica de las relaciones entre artistas, difusores y públicos¹³. No

¹² Jesús Martín Barbero, *De los medios a las mediaciones, Comunicación, Cultura y hegemonía*, México, Gustavo Gili, 1987.

¹³ Regina Gibaja, *El público de arte*, Buenos Aires, Eudeba, 1964; Martha F. de Slemenson y Germán Kratochwill, "Un arte de difusores. Apuntes para la comprensión de un movimiento plástico de vanguardia en Buenos Aires, de sus creadores, sus difusores y su público", en J. F. Marsal (org.), *El intelectual latinoamericano*, Buenos Aires, Editorial del Instituto Di Tella, 1970.

¹¹ Véase una exposición crítica de este período en el opúsculo de Eliseo Verón, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1974.

es azaroso que esas primeras investigaciones sociológicas empíricas sobre el arte latinoamericano se hayan hecho en ese Instituto, una de cuyas ramas fue la avanzada de las ciencias sociales en los sesenta y setenta, mientras la otra agrupaba a las vanguardias artísticas de los mismos años en Buenos Aires. Estudié en otro lugar los nexos entre ambos movimientos innovadores y sus vínculos con el desarrollismo industrial en la Argentina, del que la fábrica de autos y electrodomésticos Di Tella —financiadora del Instituto— era también una avanzada¹⁴.

Estas investigaciones fueron aisladas. Tanto las inspiradas por el marxismo como las de corte estructural-funcionalista, señalaban un *campo de problemas* y reunían datos que ayudaban a entreverlo, pero no llegaron a configurar una subdisciplina, un área consistente de estudios dentro de la sociología hasta la década de los ochenta. En rigor, los análisis sociológicos del arte y la literatura son contribuciones a una sociología de la cultura, pero raras veces la cultura en su conjunto aparece como objeto de investigación o marco preciso de esos exámenes sectoriales.

Tres hechos, al menos, permiten decir que es en el último decenio cuando comienza a existir en América Latina la sociología de la cultura: a) la acumulación de investigaciones empíricas sobre diversos procesos culturales de un mismo país, con una clara definición del objeto de estudio y estrategias de conocimiento acordes con el desarrollo teórico internacional, reelaboradas en función de las condiciones propias de los países latinoamericanos; b) la dedicación a estudiar los procesos culturales de varias figuras destacadas de la sociología del continente (entre otros, José Joaquín Brunner, Sergio Miceli, Renato Ortiz, Oscar Landi, Gilberto Giménez); c) la inclusión de la problemática cultural como dimensión clave y específica en investigaciones de sociología política y urbana (Norbert Lechner, Guillermo O'Donnell, Sergio Zermeno, Roger Bartra). Algunos de estos autores (Bartra, Giménez, Ortiz) oscilan entre la antropología y la sociología; otros, luego de años de estudiar el Estado, los modos de producción y dominación, deciden dedicarse a la cultura por la necesidad de buscar claves complementarias a las explicaciones económicas y políticas.

El alto número y la calidad de los trabajos publicados en la última década me lleva a afirmar no sólo que por fin la sociología de la cultura existe, sino que es una de las ramas más dinámicas de las ciencias sociales en América Latina¹⁵.

Hacia una revisión conjunta de la investigación

1. A medida que fueron creciendo los estudios sociológicos

¹⁴ Néstor García Canclini, *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte*, México, Siglo XXI, 4a. edic., 1988, cap. 4.

¹⁵ Un lugar donde esto puede ser comprobado es el conjunto de estudios sobre *Innovación cultural y actores socioculturales* promovidos por CLACSO, que se publican en los tomos 7 y 8 de la obra *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?*, Buenos Aires, CLACSO, 1989, especialmente los textos de Gabriel Cohn sobre Brasil, Alberto Miró Quesada sobre Perú, Arturo Arias acerca de Guatemala, Lourdes Yero sobre Venezuela, Héctor Schmucler y otros respecto de la Argentina, Néstor García Canclini y Patricia Safa acerca de México y el de José Joaquín Brunner, Carlos Catán y Alicia Barrios, del cual comento una versión ampliada en las próximas páginas.

cos de la cultura y los antropológicos sobre modernización cultural, se observan convergencias. Ante todo, respecto del objeto de trabajo. Coincidiendo con otras disciplinas o tendencias de las ciencias sociales —la lingüística, la semiótica, los estudios comunicacionales— muchos antropólogos y sociólogos definen hoy *la cultura como el ámbito de producción, circulación y consumo de significaciones*. No se trata, por cierto, de una exclusividad latinoamericana, sino de la participación en un consenso internacional que abarca, fuera de nuestro continente, a antropólogos como Clifford Geertz, Edmund Leach y Renato Rosaldo, a sociólogos como Raymond Williams y Stuart Hall, a semiólogos como Umberto Eco y a científicos sociales difíciles de ubicar en una sola de estas disciplinas, por ejemplo Pierre Bourdieu y Howard S. Becker.

Esta definición sociosemiótica de la cultura permite aproximar, hasta cierto punto, el trabajo de varias disciplinas y establecer una plataforma común para estudiar problemas que hasta hace poco oponían a los investigadores. Se reduce la discusión acerca de si la cultura es expresión o reflejo de estructuras materiales, ya que se la concibe como un nivel específico y necesario de toda práctica humana. No se la disuelve en la totalidad social, ni se la vuelve el equivalente idealista del concepto de formación social, según ocurre cuando Ruth Benedict la entiende como la forma de una sociedad unificada por los valores dominantes. La cultura designa, en la actual perspectiva, la dimensión *simbólica* presente en todas las prácticas de todos los hombres, con lo cual a la vez que se afirma su imbricación en lo económico y social se crea la posibilidad analítica de distinguirla¹⁶.

2. No obstante, las divergencias entre sociología y antropología se renuevan cuando se trata de definir empíricamente el objeto de investigación y las maneras de conocerlo. Quiero encarar estas discrepancias a partir de un conjunto de estudios realizados en Chile por CENECA y FLACSO. No conozco ningún centro de investigación sociológica del continente que haya efectuado un relevamiento tan extenso de la cultura de un país —educación, teatro, literatura, artes plásticas, cultura popular, cultura política, etc.—, con unos quince investigadores trabajando en forma continua y en diálogo creativo con las tendencias internacionales. Voy a detenerme en el libro *Chile: transformaciones culturales y modernidad*¹⁷, que sistematiza gran parte de la producción de esos organismos. Al ser la obra más compleja y elaborada dentro de esta disciplina sobre un país latinoamericano, da la oportunidad de mostrar el grado de avance y reflexionar sobre las dificultades de una perspectiva estrictamente sociológica de la cultura.

Los autores parten de una definición semejante a la citada: entienden por cultura "los procesos de producción y transmisión de sentidos que construyen el mundo simbólico de los individuos y la sociedad" (p. 21). Para estructurar su estudio realizan dos operaciones. La primera consiste en discernir dos

¹⁶ Límite aquí por las restricciones de espacio una discusión que desarrollé en el primer capítulo de mi libro *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Nueva Imagen, 1989, 4a. edición.

¹⁷ José Joaquín Brunner, Alicia Barrios y Carlos Catalán, *Chile: transformaciones culturales y modernidad*, Santiago, FLACSO, 1989.

tipos de producciones culturales: una abarca los bienes simbólicos gestados en *campos específicos* o "subsectores" institucionalizados (el educacional, el de la ciencia y la tecnología, las industrias culturales, el artístico y el religioso); en otro nivel colocan a la cultura cotidiana, donde se expresan y cumplen "los efectos comunicativos" de los campos y se realizan las "interacciones situadas" entre los individuos y los grupos.

La segunda operación para organizar su análisis de la cultura chilena es caracterizarla como parte de la formación de la modernidad. Consideran que este proceso se inicia en los años veinte de nuestro siglo "y se amplía y profundiza con posterioridad a 1964". Los datos están ordenados para revelar los rasgos principales de la reestructuración moderna de los mercados simbólicos. También se dedica una sección del libro, en la que no puedo detenerme aquí, a la refundación autoritaria de la sociedad chilena promovida por el gobierno de Pinochet, pero la tendencia es no instalarse en la explicación convencional de los cambios por lo que hizo la dictadura. La obra diferencia convincentemente en qué medida las transformaciones son resultado de la censura comunicacional y el disciplinamiento de la vida cotidiana, pero llama la atención al proceso más largo y profundo de refuncionalización de los bienes simbólicos para el mercado, propia de la modernización: "nacimiento de circuitos de comercialización de las obras; diversificación de la producción para satisfacer demandas diferenciadas o segmentadas; imbricamiento de la cultura y la industria; investigación realizada por contrato; venta de proyectos directamente o a cambio de subsidios; uso generalizado de la publicidad para financiar empresas culturales; obtención de recursos públicos en competencia con otros grupos de productores; mediciones de audiencia y uso de instrumentos de exploración del mercado cultural (p. 67).

Nos interesa particularmente el modo en que los autores caracterizan la oposición entre tradición y modernidad. Sostienen que "la cultura tradicional se estructura en torno de comunicaciones orales (y más tarde escritas) que cubren espacios comunicativos relativamente personalizados y de proximidad social, sean simétricos (al interior de relaciones de clase y estamento) o asimétricos (en relaciones sociales de dominación). La producción cultural es un atributo de la posesión de capital social. Los circuitos más importantes de comunicación cultural son 'redes de distinción', al margen de los cuales la cultura cotidiana se estructura, básicamente, como una variedad de 'culturas populares' o subalternas. Entre aquellos circuitos y estas expresiones culturales subalternas no existe una interacción creativa. La producción cultural se halla débilmente estructurada y profesionalizada" (25). Lo propio de la modernidad sería sustituir esas formas de comunicación tradicionales por "una comunicación predominantemente institucionalizada que hace uso de medios tecnológicos crecientemente complejos" (25-26).

Hay aquí dos afirmaciones discutibles desde el saber antropológico. Una es que entre los circuitos "más importantes" de comunicación en las culturas tradicionales (suponemos que se refieren a la literatura, la música y el arte cultos) y las culturas populares tradicionales "no existe una interacción creativa". Es fácil encontrar en cualquier sociedad latinoameri-

cana múltiples interacciones y préstamos recíprocos entre la cultura de élites y la popular. En Chile desde la poesía de Neruda y Parra hasta el rock y la música urbana de Congreso o los Jaivas, pasando por los murales políticos y los teatros independientes, muestran una interacción frecuente y creativa entre los saberes y los repertorios icónicos de distintas clases. El descuido de estas interacciones pareciera corresponder a un estilo de conceptualización sociológica más sensible a las segmentaciones que dividen a las clases o los estratos que a los cruces y las hibridaciones interculturales.

La segunda afirmación refutable desde el enfoque antropológico es la que sostiene que "la producción cultural [tradicional] se halla débilmente estructurada". Por el contexto del libro, infiero que los autores entienden por estructuración fuerte la que existe en un sistema de campos claramente diferenciados, con instituciones modernas (educativas, científicas, empresas televisivas, etc.). Pero se sabe desde la antropología estructural funcionalista, y más aún desde la estructuralista, que toda cultura ordena los elementos que la componen en un sistema compacto, que cada elemento posee sentido en relación con los otros y según su posición en el sistema, y no puede ser cambiado sin generar alteraciones en el conjunto. No se necesitan "medios tecnológicos crecientemente complejos", ni una marcada división del trabajo, para que una cultura esté fuertemente estructurada. Esa estructuración se concreta y se reproduce a través de instituciones, como los ritos y las costumbres, quizá menos visibles que los aparatos institucionales o empresariales modernos pero no menos eficaces.

Es significativo que esta tensión entre lo tradicional y lo moderno sea presentada únicamente en el primero de los seis rasgos con que caracterizan a la actual cultura chilena (pp. 24-25) y que se haga de un modo unidireccional, evolucionista, como si todo consistiera en el paso de una etapa a otra que la supera. En el resto del libro no leemos nada acerca de la numerosa población indígena existente en Chile¹⁸, del significado y las funciones de las artesanías, los mitos y las fiestas comunitarias en la sociedad contemporánea. Por algunos estudios de CENECA, incluso de uno de los autores del libro que comentamos, Carlos Catalán, sobre el folclor en Chile, sabemos de la vitalidad de las culturas populares en ese país. Pero cuando se las alude en este volumen se informa que su "consistencia se ve crecientemente debilitada" por el avance de la escolarización y de las industrias culturales. Sólo ofrecerían, donde subsisten, "un repertorio de resistencias frente a los procesos de incorporación de la modernidad, capacidad que por un momento todavía puede generar la ilusión o el mito de la sobrevivencia de las culturas autóctonas" (33-34).

En otros tramos, el libro reconoce que la cultura de masas no es omnipotente: "la uniformación se ve cruzada por los fenómenos de diferenciación; la internacionalización no contrasta los regionalismos" (36). Pero no incluye en su modelo —que abarca amplia y minuciosamente las manifestaciones

¹⁸ El informe sobre grupos indígenas en América Latina del CADAC indica que en Chile había hace una década 616,500 indios, en su mayoría mapuches (cf. anexo al libro de Guillermo Bonfil Batalla, *Utopía y revolución*, México, Nueva Imagen, 1981).

culturales modernas— las formas tradicionales de existencia de las culturas populares. La cultura cotidiana que el modelo teórico, como dije, considera una de las dos formas básicas de existencia de lo cultural, es tratada en pocas páginas (59-63 y 184-193) y sólo a propósito de los cambios que le imprimió la dictadura, en relación con la política, con las industrias culturales y en ámbitos urbanos. Si bien se admiten tensiones entre lo local, lo nacional y lo internacional, las dinámicas locales y regionales de desarrollo cultural no son descriptas.

En suma, este paradigma sociológico para el análisis de la cultura ofrece una caracterización *macrosocial* de las formas modernas de producción, comunicación y consumo, las que se realizan bajo las leyes de mercado y alcanzan a públicos masivos. Da poca cuenta de cómo estas modalidades, sin duda hegemónicas, interactúan con la cultura cotidiana, y considera que las expresiones tradicionales de simbolización, ritualización y organización están destinadas a desaparecer. Su *metodología cuantitativa* —que reconoce “limitada”, pues “no ofrece por sí sola una explicación suficiente de los fenómenos estudiados” (97)— brinda un esquema estadístico del desarrollo global, incluyendo ocasionales referencias documentales y observaciones no sistemáticas de los significados que los procesos tienen para los sujetos. Los escenarios cotidianos no generan conocimientos que desafíen las interpretaciones construidas en el análisis macro. Las hipótesis y las líneas argumentales básicas se desarrollan desde la captación cuantitativa de las tendencias prevaletentes de la modernización.

3. ¿Qué ocurre si hacemos ahora el camino inverso: valoramos la producción antropológica latinoamericana sobre la cultura desde el modelo sociológico puesto en funcionamiento para analizar el caso chileno? Lo primero que salta a la vista es la casi total ausencia de estudios antropológicos acerca de lo que el libro de Brunner, Barrios y Catalán denomina —desde el título de una amplia sección— “el subsector más dinámico del campo”: las industrias culturales.

¿Por qué lo que sucede en espacios como la radio, la televisión o el video, y en otros tipos de producción industrializada y consumo masivo, debe ser territorio exclusivo de sociólogos y comunicólogos? Mi tesis inicial aquí es que la indiferencia de la antropología hacia estos procesos vertebrales, distintivos de las culturas contemporáneas, se debe a una equivocada visión del carácter de los mismos. La literatura antropológica suele mirar las industrias culturales como si sólo homogeneizaran a las sociedades y destruyeran las diferencias. Esta homogeneización se haría mediante la absorción de las culturas tradicionales y locales por parte de una codificación masiva y transnacional de los procesos simbólicos. Hay que decir que esta óptica fue la de los estudios tempranos sobre la comunicación, desde la posguerra hasta los años setenta, y persiste en concepciones sociológicas como la que acabo de exponer. Pero los trabajos recientes sobre comunicación masiva y sobre recepción del arte y la literatura revelan que la expansión de la llamada cultura de masas, lejos de eliminar las diferencias, multiplica las ofertas, facilita el acceso de públicos más amplios a repertorios de distintas culturas y propicia diversas apropiaciones e interpretaciones de los bienes culturales en relación con las tradiciones de las que provienen los re-

ceptores¹⁹. Existe, a la vez, una comunicación más fluida entre sistemas culturales y naciones —a veces estandarizada por la concentración transnacional de los poderes “massmediáticos”— y una diferenciación intensiva en el interior de este sistema transcultural.

La segunda tesis es que la reticencia antropológica ante la cultura masiva se origina en una actitud defensiva respecto de lo que se consideran objetos empíricos propios de esta disciplina más que en relación con lo que es su problemática teórica específica. Si pensamos que *lo distintivo del saber antropológico no es ocuparse de pueblos “primitivos” o de etnias y comunidades tradicionales sino estudiar las diferencias, la alteridad y las relaciones interculturales* mediante la generación de informaciones directas, las transformaciones de la modernidad no son tan amenazantes. Es cierto que en nuestro siglo se está produciendo una recomposición de las unidades empíricas de análisis que han sido objetos clásicos del estudio antropológico. No obstante, la reubicación —más que desaparición— de los pueblos, etnias y comunidades tradicionales en las sociedades contemporáneas implica otras formas de diferenciación, desigualdad e interacción intercultural. Es hacia esta recomposición de la *problemática* (no tanto de los objetos empíricos de estudio) que debiéramos dirigir en los próximos años una mirada antropológica —y sociológica— renovada.

Qué se estudiará en los 90 en sociedades posmodernas (en recesión)

Imaginar el horizonte de los estudios culturales en América Latina es aún más difícil que trazar este mapa precario de tendencias y cuestiones protagónicas. ¿Proseguirá la expansión de la sociología y la antropología de la cultura, la multiplicación de investigadores, centros y temas de estudio, en las condiciones deterioradas de salario y presupuesto que el ahogo económico impone al desarrollo científico? No se trata sólo de prever cómo podrán resolverse las incertidumbres generadas por la yuxtaposición de disciplinas y el resquebrajamiento de paradigmas. Los cambios de función de las ciencias sociales por la reestructuración neoliberal de las sociedades latinoamericanas (recesión, desempleo masivo, desplazamiento de los Estados por las empresas privadas) apenas comienzan a notarse en los temas prioritarios de investigación, las condiciones de financiamiento y competencia, las demandas de productividad y aplicación tecnológica del conocimiento. Si la dimensión y el carácter de estas transformaciones son difíciles de prever en las líneas más consolidadas de las cien-

¹⁹ Me refiero a investigaciones como las del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham (cf. de Stuart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis (eds.), *Culture, Media, Language*, Londres, Hutchinson, 1980); y los “cultural studies” ingleses y norteamericanos sobre audiencias activas (James Lull (ed.), *World Families watch Television*, Newbury Park, California, Sage, 1988). En América Latina pueden consultarse, además de los textos de Martín Barbero, Gibaja y Slemenson-Kratochwill antes citados, el estudio del consumo cultural en varias ciudades latinoamericanas que viene realizando el Grupo de Trabajo sobre Políticas Culturales de CLACSO, de próxima publicación.

cias sociales, aún más arduo resulta anticiparlas en la cultura, cuyo perfil es menos preciso y su utilidad "práctica" más dudosa.

Es posible que se reduzcan en los próximos años las tendencias proliferantes en temas y tendencias teóricas, así como las búsquedas experimentales que tuvieron auge en las investigaciones de los 70 y 80. El achicamiento de recursos financieros nacionales e internacionales, la reducción de vínculos con la producción de las metrópolis y con los países de punta en América Latina, desactualizará a muchos centros de investigación de países con desarrollo medio y a universidades pequeñas que en las décadas recientes se mostraron creativas. Sin hacer una lista demasiado deprimente, basta mencionar la disminución de representantes latinoamericanos en los últimos congresos de americanistas, de LASA y en otros eventos internacionales, los cortes a suscripciones de revistas extranjeras y hasta en la compra de libros nacionales, de becas de postgrado y dinero para trabajo de campo, la concentración de los fondos encogidos en instituciones e investigadores más "productivos".

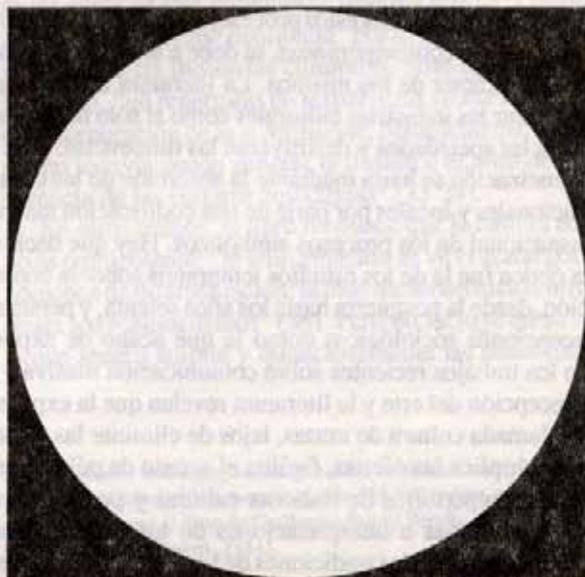
Puede preverse, sin embargo, que el mayor reconocimiento del valor social y político de la cultura logrado en las dos últimas décadas siga favoreciendo, al menos, dos tipos de investigaciones:

- a) las que se ocupen de la modernización del desarrollo cultural: nuevas tecnologías de telecomunicación y electrónica; producción, circulación y consumo de industrias culturales; formación técnica de recursos humanos para la administración cultural y recalificación de trabajadores en procesos de reconversión industrial; evaluación del papel de los organismos promotores de la ciencia y la tecnología; diagnóstico de conflictos interculturales en procesos de rápida transformación y en situaciones de frontera.
- b) las que se dediquen a modalidades tradicionales del desarrollo cultural, siempre que abarquen a conjuntos sociales numérica o cualitativamente significativos: relaciones entre educación y cultura; cultura política y nuevas formas de hegemonía; mujer y familia; etnias indígenas mayoritarias; religiosidad popular, especialmente grupos en rápida expansión; artes, artesanías y otras manifestaciones folclóricas de interés comercial o turístico²⁰.

Los estudios más avanzados sobre la cultura a los que nos venimos refiriendo llevan a esperar que los temas de a) no sean absorbidos únicamente por sociólogos, ni los de b) por antropólogos. Seguirá habiendo una inercia de cada disciplina en torno de uno u otros, pero imagino que cada vez la sociología incluirá más en sus fuentes la observación prolongada en el campo y la comprensión diferencial de las experiencias vivi-

das por los actores, mientras la antropología usará censos, estadísticas y buscará entender el significado macrosocial de los procesos. Probablemente ambos grupos profundicen, como está ocurriendo, el uso de instrumentos de otras disciplinas — semiótica, teoría del discurso, psicoanálisis — para entender los aspectos lingüísticos y las dimensiones menos manifiestas de las interacciones sociales. Sería lógico que el mayor interés de los poderes públicos y privados en la cultura, así como las inclinaciones internacionales a que todos los científicos sociales se vinculen con los recursos modernos, estimularan la inclusión de las nuevas tecnologías y la economía de la cultura en el curriculum de los estudiantes y en los programas de investigación. Pero estos vaticinios están aún tan lejos de lo que es la práctica actual de sociólogos y antropólogos en América Latina que se nos puede acusar de distraernos de nuestro tema.

Conviene aclarar que la propuesta de interrelacionar los conocimientos y los hábitos de trabajo de sociólogos y antropólogos no busca apenas superar un recorte artificial del mundo de la cultura. En otra época pudo creerse que la separación entre antropología y sociología correspondía a la existencia de modalidades separadas de desarrollo cultural: comunidades indígenas autosuficientes por un lado; por otro, mundos urbanos y circuitos masivos de comunicación. En un continente donde el 70% de la población vive en ciudades, formadas en gran parte por migrantes recientes que aún guardan creencias y hábitos campesinos, y donde, a la inversa, las relaciones económicas capitalistas, la cultura electrónica y a veces el turismo son presencias cotidianas para los que siguen en zonas rurales, lo tradicional y lo moderno ya no son concebibles como entidades independientes. Si tanto las culturas hegemónicas como las populares son ahora *culturas híbridas*, si en este sentido es innegable que vivimos una época posmoderna, tiempo de bricolage donde se cruzan diversas épocas y culturas antes alejadas, la tarea del investigador no puede ser elegir entre tradición y modernidad. Más bien se trata de entender por qué somos en América Latina esta mezcla de memorias heterogéneas e innovaciones truncas.



²⁰ Sobre la prospectiva de las investigaciones acerca de la cultura véanse los textos de José Joaquín Brunner, *Ciencias sociales y el tema de la cultura: notas para una agenda de investigación*, Santiago, FLACSO, 1987; y José Jorge de Carvalho, *O lugar da cultura tradicional na sociedade moderna*, Brasília, Fundação Universidad de Brasília, serie Antropología, Nº 77, 1989; y Jesús Martín Barbero, "Retos a la investigación de comunicación en América Latina", en *Procesos de comunicación y matrices de cultura*, México, G. Gili-Felafacs, s/f.

Revista de crítica literaria latinoamericana

Dirección: Antonio Cornejo Polar
Av. Benavides 3074, Urbanización La Castellana, Tel.
456353 - Lima - 18 Perú.

AMERICA

SAUL SOSNOWSKI

5 Pueblo Court Gaithersburgh
MD 20878 USA

Tarifas de Suscripción

Bibliotecas e Instituciones U\$S 21
Suscripciones individuales U\$S 30
Patrocinadores U\$S 30
(Excepción Año 1 N°s 1, 2 y 3 U\$S 25)

La Ciudad Futura

REVISTA DE CULTURA SOCIALISTA

Directores:
JOSE ARICO,
JUAN CARLOS PORTANTIERO
y JORGE TULA

Bartolomé Mitre 2094 - 1º piso - Buenos Aires

Noviembre 7 de 1991

DIARIO DE

1991

18
Información
crónica
ensayo

POESÍA



Editorial: El número anterior del Diario de Poesía estaba ya en prensa cuando, entre gallos y molinos, se movió en este pequeño país un encuentro latinoamericano de escritores organizado por la Subsecretaría de Cultura de la Nación, al cierre (sigue en pág. 2, col. 1)

Luis
Hernández



GIRRI



MONTALE



SEVERO
SARDUY

POESIA DEL
90

ENCUESTA Y
PANORAMA



La otra modernidad

**SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año)
U\$S 40**
CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOILOVICH
Bartolomé Mitre 2094, 1º (1039) Buenos Aires

REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL

DIRECTORA:
NELLY RICHARD

SUSCRIPCIONES INTERNACIONALES
1 año, 3 números, vía aérea

Nombre

Dirección

Ciudad

País

Teléfono

Personal U\$S 20 / Instituciones U\$S 30

Adjuntar cheque a nombre de Nelly Richard, Revista de Crítica Cultural, Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile

El concepto de ficción, por Juan José Saer	1
Periferias culturales y descentramientos postmodernos, por Nelly Richard	5
Contra la guerra	8
Una guerra necesaria	10
Errores y prejuicios, por Edward Said	12
Perplejidad, por Michael Walzer	16
El precio de la guerra, por Stanley Hoffmann	19
La invasión iraquí y la política, por Anders Stephanson	23
La posguerra y los intelectuales	26
La guerra del Golfo: representaciones pospolíticas y análisis cultural, por Beatriz Sarlo	28
Borges: la forma del ensayo, por Alberto Giordano	32
Los estudios culturales de los 80 a los 90, por Néstor García Canclini	41

